

El Presidente de la República habla a todos los españoles

"PARA NOSOTROS, LA SALIDA DE LOS INVASORES ES UNA CUESTION DE HONRA"

"Es absolutamente absurdo suponer que nadie ha tenido el pensamiento, ni el deseo, ni la intención de zafarse del conflicto nuestro interior provocando una conflagración europea"

Para las siete de la tarde de ayer estaba anunciado el acto en el cual había de pronunciarse su discurso para toda España el presidente de la República, don Manuel Azaña.

La radiación tuvo efecto en el histórico Salón de Ciento del Ayuntamiento barcelonés.

Minutos antes de dicha hora llegaron al edificio de la Corporación municipal el presidente del Consejo de ministros, doctor Negrín, y el Gobierno de la República; el presidente Companys y todo el Gobierno de la Generalidad; el presidente de las Cortes, señor Martínez Barrio; el alcalde de Barcelona, Hilario Salvadó, y el Ayuntamiento en su totalidad; el general Rojo; el jefe de la escolta del presidente Companys, señor Escotet; Serra Hunter, presidente del Parlamento de Cataluña, y gran número de diputados de las Cortes de la República y del Parlamento catalán.

Todos ellos se situaron en la planta baja del Ayuntamiento para recibir al jefe del Estado.

También se hallaban presentes nuestros camaradas Dolores Ibárruri, Manuel Delgado y Margarita Nelken, en representación del Partido Comunista; don Alvaro de Albornoz, ex presidente del Tribunal de Garantías; Carlos de Juan; Baeza Medina, presidente de la minoría parlamentaria de Izquierda Republicana; Puig Elias, subsecretario de Instrucción Pública; Vázquez Humasqué, subsecretario de Agricultura; Quero, subsecretario de Estado; Gasset, subsecretario de Comunicaciones; Darío Marcos, subsecretario de Obras Públicas; Elfidio Alonso, subsecretario de Transportes, y Aliseda, director general de Propiedades.

Don Pedro Vargas, presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales; generales Hernández Sarabia y Llano de la Encomienda; Mariano R. Vázquez, secretario del Comité Nacional de la C. N. T.; Amaro del Rosal, por la Ejecutiva de la U. G. T.; Fernández Clérigo, vicepresidente de las Cortes; Manuel Cordero, Belarmino Tomás y Lamóneda, por la Ejecutiva del Partido Socialista; Casaña, director general de Ganadería; Donosoro, director general de Montes; Prat, subsecretario de la Presidencia del Consejo; Martí Fedet, Teodomiro Menéndez, Fabra Ribas, ministro plenipotenciario de España en Berna, y otras personalidades, a más de una destacada representación del Ejército de tierra, mar y aire.

Llegada del Presidente

A las siete y quince minutos llegó al Ayuntamiento el señor Azaña.

La escolta presidencial, que rendía honores, presentó armas y la banda interpretó el himno nacional. La compaña muchedumbre que ocupaba la Plaza de la República tributó al jefe del Estado una entusiasta ovación.

El señor Azaña, que al descender del coche fue saludado por el presidente de las Cortes, por el del Gobierno de la República y ministros y por el señor Companys y consejeros de la Generalidad, revisó las fuerzas, que le rindieron honores, y pasó al Ayuntamiento con las personalidades que habían salido a recibirle y con su séquito, compuesto por el introductor de embajadores, señor Rivas Cherif; jefe del Cuartel Militar, general Masquelet; ayudantes y secretario particular.

En el hall de entrada el alcalde, Hilario Salvadó, hizo al señor Azaña

la presentación de los consejeros municipales.

El presidente pasó al despacho del alcalde, donde descansó breves instantes.

En el Salón de Ciento

A las siete y media penetró don Manuel Azaña en el Salón de Ciento, totalmente ocupado de personalidades de todos los Cuerpos y Organismos del Estado, diputados y representaciones de entidades políticas y sindicales.

La concurrencia recibió, en pie, al

jefe del Estado. Este ocupó el sillón central del estrado, teniendo a su derecha al presidente de las Cortes, señor Martínez Barrio, y a su izquierda al del Gobierno de la República, doctor Negrín. Los demás asientos del estrado ocupabanlos el presidente de la Generalidad, señor Companys, que tenía asiento a la derecha del señor Martínez Barrio; los ministros del Gobierno central y los consejeros del de Cataluña.

A las siete y treinta y cinco, se puso en pie don Manuel Azaña, y pronunció el siguiente discurso:

EL DISCURSO

Cada vez que los Gobiernos de la República han estimado conveniente que me dirija a la opinión general del país, lo he hecho desde un punto de vista temporal, dejando a un lado las preocupaciones más urgentes y cotidianas, que no me incumben especialmente, para discutir sobre los datos capitales de nuestros problemas, confrontados con los intereses permanentes de la nación.

A pesar de todo lo que se hace para destruirla, España subsiste. En mi propósito, y para fines mucho más importantes, España no está dividida en dos zonas delimitadas por la línea de fuego; donde haya un español o un puñado de españoles que se angustian pensando en la salvación del país, allí hay un ánimo y una voluntad que entran en cuenta. Hablo para todos, incluso para los que no quieren oír lo que se les dice, incluso para los que, por distintos motivos contrapuestos, acá o allá, lo aborrecen. Es un deber estricto hacerlo así, un deber que no me es privativo, ciertamente, pero que domina y subyuga todos mis pensamientos. Añado que no me cuesta ningún esfuerzo cumplirlo; todo lo contrario. Al cabo de dos años, en que todos mis pensamientos políticos, como los vuestros, en que todos mis sentimientos de republicano, como los vuestros, y en que mis ilusiones de patriota, también como las vuestras, se han visto pisoteados y destruidos por una obra atroz, no voy a convertirme en lo que nunca he sido: en un banderizo obtuso, fanático y cerril.

Incumbe a los Gobiernos dirigir la política, dirigir la guerra; los cuales Gobiernos se forman, subsisten o perecen según los vaivenes de su fortuna o de su popularidad, como las que aprecian los órganos responsables en los que se representa y por los que

se expresa la opinión pública. Y puesto a discutir sobre la política y sobre la guerra desde aquel punto de vista que he nombrado y que me pertenece por obligación, he procurado



Don Manuel Azaña, Presidente de la República, que es defendida por los españoles frente a los ejércitos de la invasión

rado siempre afirmar verdades que ya lo eran antes de la guerra, que lo son hoy, como seguirán siéndolo mañana. Seguramente estas verdades las hemos descubierto entre todos, cada cual a su manera: unos, las han descubierto por puro raciocinio; otros, las han descubierto por los implacables golpes de la experiencia.

Lo que importa es tener razón, y después de tener razón, importa casi tanto saber defenderla; porque sería triste cosa que, teniendo razón, pareciésemos como si la hubiésemos perdido a fuerza de palabras locas y de hechos reprobables. Es seguro que a la larga, la verdad y la justicia se abren paso; mas, para que se lo abra, es indispensable que la verdad se depure y se acendre en lo íntimo de la conciencia y se afiance bajo la lima de un juicio

respaldo y el seguro de una responsabilidad. El deseo y procurado siempre que todos lo hagan así. El derecho de enjuiciar públicamente subsiste a pesar de la guerra, salvo en aquellas cosas que pudieran perturbar considerablemente lo que es propio y exclusivo de las operaciones de la defensa. Y de esa manera, cada cual aporta su grano de arena a formar la opinión. Pero, más que un derecho, es una obligación imperiosa, ineludible, en todos los que de una manera o de otra toman parte en la vida pública. Es una obligación difícil de cumplir. ¿Cómo no va a serlo? Demasiado lo sé. Para vencer esa dificultad se recomienda mucho, como higiene moral, el ejercicio cotidiano de actos de valor cívico, menos peligrosos que los actos de valor del combatiente en el campo de batalla, pero no menos necesarios para la conservación y la salud de la República.

En esta tarea de aconsejar a la opinión, más exactamente, de poner a la opinión en condiciones de saber lo que conviene al país, no he regateado nunca mi parte; tampoco hoy. Pienso que, en España, amigos y enemigos están habituados a escucharme como a un hombre que nunca dice lo contrario de lo que siente. O a no escucharme, y por igual razón.

EL VERDADERO ASPECTO Y LA FASE DOMINANTE DE LA LUCHA

Con estas advertencias llamo en primer término vuestra atención sobre un hecho que todos conocéis: de todas las fases porque ha ido pasando este drama español, la que hoy predomina y absorbe a todas las demás es la fase internacional.

El drama español surgió aparentemente con los caracteres de un problema de orden interior de España, como un gigantesco problema de orden público. Todos los Gobiernos de la República se han esforzado en situarlo así, y porque no fuese más, y ya era bastante. Y la sinceridad de los propósitos y de las intenciones de todos los Gobiernos de la República, no puede ponerse en duda, aunque no sea más, si no hubiera otras razones, que por la consideración de su propia conveniencia, porque de que el drama español dejase de ser un conflicto nuestro, sólo mayores desventuras y calamidades y conflictos podrían venir. Pero el ataque a mano armada contra la República descubrió pronto su aspecto de problema internacional.

¿Lo descubrió porque unos grupos sociales o unas fuerzas políticas o las fuerzas armadas del Estado se revelaban contra el régimen establecido? No. Se revelaba esa fase, porque otros Estados europeos, principalmente Alemania e Italia, acudían decididamente, con hombres y material, en apoyo de los que atacaban violentamente a la República. ¿Y por qué acudían? ¿Por qué les prestaban este apoyo? ¿Acaso por pura simpatía política, o empujados por lo que se llamaría malamente una cruzada ideológica? ¿Por puro espíritu de propaganda? No. En el fondo, al Estado alemán y al Estado italiano les importa muy poco cual sea el régimen político de España, y si la República española se hubiera prestado a entrar en el sistema de política occidental europea que plantea

ba el Gobierno italiano y a prestarse a deshacer el «statu quo» actual y a servir los intereses de la naciente hegemonía italiana en el Mediterráneo, ¡ah!, es seguro que en Roma y en Berlín se hubiese declarado que la República española era un arquetipo de organización estatal. Les prestaba esa ayuda para incorporar a España, con todo lo que España significa, a pesar de su debilidad militar, al sistema que nace en Roma y que no me voy a cansar en definir, porque todos lo conocéis.

YA NADIE PUEDE PONER EN DUDA LA INVASION

Cuando los síntomas probatorios de esta situación aparecieron, y los divulgamos, y los dimos a conocer al mundo entero, no fuimos creídos. Se pensó, tal vez, que eran artículos para la exportación, trabajos de la propaganda, y yo mismo, allá por julio o agosto del 36, en las primeras manifestaciones públicas que hice para el extranjero sobre nuestra cuestión, lo dije así. Debieron creer que yo me había adscrito a los servicios de propaganda. Después, los gobiernos de la República, incesantemente, han llevado a todas partes las pruebas de este hecho; pruebas irrefutables que destruyeron la convencional actitud de fingir una duda, y todas estas pruebas fueron recibidas, o con una reserva desconfiada o una simpatía taciturna; pero ya nadie lo puede poner en duda, nadie puede aceptar la posición de la duda y ha sido preciso, para que estas dudas no puedan subsistir, ni siquiera como artículo de discusión, que los propios agresores confiesen la agresión, se facten de ella, expliquen sus fines, y no sólo esto, sino que conviertan la agresión en moneda de cambio y en materia de regateo y de contrato.

Delante de esta situación, ¿qué han hecho los gobiernos de la República? ¿Acaso declarar la guerra a Italia y a Alemania? No. Han ido con su derecho a las instituciones internacionales creadas para el mantenimiento de la legalidad. España, sobre todo con la República, había tomado en serio los propósitos, aunque no siempre los más todos, de la Sociedad de Naciones, y se había adherido a los principios que inspiran los planes de seguridad colectiva. Y aunque todos los españoles, por raro caso, estaban unánimes en mantener en nuestro país una neutralidad a todo trance y costa, España aceptó las limitaciones que a esa política de neutralidad contiene y contenía el pacto de la Sociedad de Naciones, con tal de sumarse a una obra superior de interés general.

La República inscribió en su Constitución los principios generales del pacto. La República se sumó a la política de sanciones cuando el ataque italiano contra Etiopía, secundando la política de los poderosos de la tierra, que entonces tenían la fortuna de que su interés nacional coincidiese con los dictados que rigen la vida moral de la Sociedad de Naciones. Cuando la política de sanciones fracasó por lo que todo el mundo sabe, la República española quedó expuesta, descubierta el costado, a las represalias del rencor. Pocas semanas después de decretarse la abolición de las sanciones y todavía vivo el conflicto de Etiopía, comenzaba la agresión italiana con-

Si los planes de los invasores se realizasen, durante dos o tres generaciones lo más fructífero del trabajo español iría a las arcas de Roma y Berlín

tra nuestro país. Y no sólo esto. España, lo mismo bajo la monarquía que bajo la República, se ha mantenido fiel al sistema de equilibrio y de «status quo» en la Europa occidental y en el Mediterráneo; equilibrio basado en la hegemonía británica y la libertad de comunicaciones marítimas de Francia con su imperio de África. No nos ligaba a este sistema ningún pacto, ni público ni secreto, ninguna alianza, ningún tratado. Pero era la consecuencia natural de nuestro estado interior, de nuestra posición en el mapa de Europa. Trastornarlo, habría supuesto un esfuerzo gigantesco en el orden militar, completamente desproporcionado a los recursos del país, y sin nada que ver con su conveniencia fundamental.

Tales han sido los crímenes de la República en el orden internacional. Cuando los Gobiernos de España fueron a presentar sus reclamaciones y sus alegaciones donde debían —y no sólo a Ginebra—, todos los proyectos propuestos o solicitados o requeridos por el Gobierno español fracasaron. Y ¿por qué? La tesis consiste en decir que el dar paso a las reclamaciones del Gobierno español, por justas que sean, habría producido la guerra general. Nunca he podido admitir la realidad de esta tesis. No se puede admitir, no en el orden teórico, sino en el orden de hecho tal como están situados los factores políticos en Europa; no se puede admitir que el mantenimiento sereno y digno de las obligaciones pactadas fuese a producir un conflicto internacional. Opinión que, dicha por mí, podía parecer interesante; pero en ella me acompañan eminentes estadistas extranjeros que han tenido sobre sí la responsabilidad del Poder en sus países durante los días más agudos de la crisis, y opinan lo mismo.

NUNCA HEMOS DESEADO UNA GUERRA GENERAL

Es, por otra parte, calumnioso y desatinado afirmar que el Gobierno, éste u otro, de la República ha buscado, ha deseado nunca una guerra general para disolver en ella nuestro problema nacional.

Sería una táctica equivocada atosigar a los demás, con los peligros que corren con una u otra política. Es impertinencia tratar de explicar a los demás en qué consiste su interés nacional. Ya ellos lo saben bien de sobra. Sería pueril creer que la política internacional de un país puede fundarse no ya exclusivamente, pero ni siquiera principalmente en la semejanza o diferencia de los regímenes políticos.

La política internacional de un país está determinada por datos inmutables o de muy difícil mudanza, y por debajo de los regímenes políticos hay valores de otro orden que la rebasan y que en realidad la subyugan. Me excuso de poner ejemplos del exterior que son bien palpantes y están en la noticia de todos. Basta volver la vista a nuestro país. La República ha hecho la misma política internacional que la monarquía y por iguales razones. Pero dentro de esto y dejando a salvo el interés nacional de cada cual como lo entienda, es innegable que existen contactos, repercusiones probables, interferencias que forman parte de aquel mismo interés nacional y que constituyen el terreno común para una inteligencia en favor de la paz y la protección de la independencia de cada uno.

Así entendido el problema, todo lo que los Gobiernos de la República han hecho sobre el particular no ha rebasado nunca los límites decentes que la discreción exterior impone. Y es absolutamente absurdo suponer que nadie con responsabilidad en la República española ha tenido el pensamiento ni el deseo, ni la intención de zafarse del conflicto nuestro interior provocando una conflagración europea. Contra semejante dislate militan muchas razones: meses hace que expuse algunas. Militan todas las razones de humanidad, de prudencia humana y de sabiduría de la conducta en la vida que hay siempre contra cualquier género de guerra; milita, además, que los españoles ya tenemos bastante, y aún de sobra, con la guerra que estamos sufriendo, y sobre eso una consideración de orden político bastante clara. Si por causa de la guerra de España hubiese en Europa una conflagración general, la causa de España quedaría relegada a muy segundo término y la solución que adviniera no tendría nada que ver, ni por casualidad, con los intereses fundamentales que nosotros representamos y defendemos. Es, por tanto, indispensable que se acallen las imaginaciones quiméricas que esperan o temían ac-

tos de desesperación del Gobierno de la República. En primer lugar, aquí nadie está desesperado, y en segundo término, si las dificultades creciesen, todavía sería desatinado remedio provocar una dificultad mayor y seguramente indomitable.

Los hombres de mi generación recibimos, todavía en la adolescencia, la impresión del desastre de 1893. Huella terrible que, en ciertos aspectos, ha dominado toda nuestra vida pública. Hemos pasado cuarenta años escarneciendo aquella política, sin piedad para ella, sin tomar en cuenta ninguna de las excusas posibles que un político encuentra siempre para justificar su posición, y sería demasiado a estas alturas que tuviéramos que someternos a la cruel burla del destino de cometer un dislate todavía más grande. Por mi parte, no podría resignarme a prestar una aparente aprobación, ni siquiera con mi muda presencia, a ningún acto de ningún Gobierno que pareciese inspirado, directa o indirectamente, en el propósito de convertir la guerra de España en una guerra general.

COMO LIMITAR LA GUERRA DE ESPAÑA

Las tesis que han prevalecido en el exterior, entre los que se ocupan de nuestro problema, en cuanto al problema europeo, consisten en afirmar que es indispensable limitar la guerra de España y extinguir la guerra de España. Se entiende por limitar la guerra de España tomar aquellas precauciones y aquellas medidas que corten el peligro de conflagración general salido de nuestro problema, y por extinguir la guerra de España la pacificación de nuestro país. He tenido ocasión de decir ya, meses hace, que limitar la guerra de España es obligación de los demás, porque no hemos sido nosotros quienes hemos extendido la guerra de España a los intereses de otras potencias; que incumbe a los demás limitar la guerra de España. Nosotros no tenemos medios de impedir que desembarquen en España los millares de hombres y los millares de toneladas de material de guerra de Italia y Alemania. Incumbe a los demás limitar la guerra de España; extinguir la guerra de España incumbe a los españoles; pero en los frentes y en la retaguardia los españoles agrupados en torno a su Gobierno de Unión Nacional hacen realidad el mandato de la Patria: ¡Resistir!

car estos o los otros puntos; pero, en el fondo del asunto, nuestra voluntad y la voluntad del Gobierno es de sobra conocida: que se vayan los invasores de España, y nos resignaremos a que se vayan los hombres que, voluntariamente y de verdad, han venido a defender la República, pero que se vayan la República y la paz de España habrían dado entonces un paso de gigante.

Fo no sé si se cumplirá o no, no tengo noticias de lo que ocurre en los recónditos despachos donde los diplomáticos cuchichean; pero, si de verdad se quiere alejar de Europa el peligro de la guerra y si de verdad se quiere pacificar a España, no hay sino cumplir a fondo, rápidamente — con lealtad el acuerdo de Londres.

Y añado, pensando no ya como español, sino como europeo, que es insigne locura, desvarío e irresponsabilidad aplastante, dejar que el porvenir de Europa esté pendiente de la suerte de las armas en la Península.

En rigor, si los españoles quisieran dar muestras de su carácter y de aquella altivez de que, con tanta frecuencia, y no siempre con razón, blasonan, el Comité de Londres no haría falta para nada porque serían los mismos españoles, por fin alumbraados acerca de en qué consiste su verdadero interés, los que harían reemprender el camino de su patria a los invasores de España.

El Comité de Londres, delante de un problema europeo presente y latente, toma los caminos, las determinaciones, propone los métodos que considera útiles para resolverlo o para evitar ese conflicto; pero el Comité de Londres

aprobado el año anterior, a pesar de todas las tardanzas y disquisiciones que puedan ponerse en su ejecución, ya estaría cumplido y España pacificada. Porque si hace falta limitar la guerra y extinguir la guerra, y para cada cual es un deber distinto, yo añado ahora que limitar la guerra de España, si en efecto se limita, es extinguirla, porque la guerra en España está única y exclusivamente mantenida por la invasión extranjera.

EL ACUERDO DE LONDRES

¿Qué vale el acuerdo de Londres? Es por de pronto de mala fe dudar de la actitud de España frente a ese acuerdo. En primer lugar, el Gobierno de la República no tiene que pedir permiso a nadie para aceptarlo o para rechazarlo; y en segundo término, el Gobierno de la República, que mantiene la tesis de que el conflicto español debe quedar reducido, como siempre lo ha mantenido, a un conflicto interno, no puede negar paso a las medidas que tengan el propósito de darle una más o menos remota realidad.

Es bueno que se sepa que, ya en septiembre de 1936 no faltó quien recomendase y señalase ese camino, sin resultado, y que desde entonces acá los Gobiernos, unas veces en Ginebra, otras veces en Londres o donde lo han podido hacer, han insistido continuamente, reclamando una solución a este caso. El Gobierno podrá hacer las salvaduras de principio, de realización, criticar o pedir aclaraciones. Modifi-



En los frentes y en la retaguardia los españoles agrupados en torno a su Gobierno de Unión Nacional hacen realidad el mandato de la Patria: ¡Resistir!

car estos o los otros puntos; pero, en el fondo del asunto, nuestra voluntad y la voluntad del Gobierno es de sobra conocida: que se vayan los invasores de España, y nos resignaremos a que se vayan los hombres que, voluntariamente y de verdad, han venido a defender la República, pero que se vayan la República y la paz de España habrían dado entonces un paso de gigante.

Fo no sé si se cumplirá o no, no tengo noticias de lo que ocurre en los recónditos despachos donde los diplomáticos cuchichean; pero, si de verdad se quiere alejar de Europa el peligro de la guerra y si de verdad se quiere pacificar a España, no hay sino cumplir a fondo, rápidamente — con lealtad el acuerdo de Londres.

Y añado, pensando no ya como español, sino como europeo, que es insigne locura, desvarío e irresponsabilidad aplastante, dejar que el porvenir de Europa esté pendiente de la suerte de las armas en la Península.

En rigor, si los españoles quisieran dar muestras de su carácter y de aquella altivez de que, con tanta frecuencia, y no siempre con razón, blasonan, el Comité de Londres no haría falta para nada porque serían los mismos españoles, por fin alumbraados acerca de en qué consiste su verdadero interés, los que harían reemprender el camino de su patria a los invasores de España.

El Comité de Londres, delante de un problema europeo presente y latente, toma los caminos, las determinaciones, propone los métodos que considera útiles para resolverlo o para evitar ese conflicto; pero el Comité de Londres

no se cura, ni tiene por qué, del prestigio y de la honra de los españoles. Y no se puede negar que el acuerdo del Comité de Londres es un baldón bochornoso para nuestro país porque viene a rectificar, a corregir y, si se puede, todavía a enmendar, la inconcebible locura de haber traído a la patria un poderío extranjero. Que sea necesario corregir desde fuera las faltas de otros españoles, aunque sean enemigos nuestros, me avergüenza.

EL ESPIRITU NACIO-NAL

A los españoles que han favorecido y aprovechado la invasión extranjera se les dice para consolarlos que esa invasión, con todas sus incalculables consecuencias, que todavía no se han puesto a luz del todo, es la piedra angular en que se ha de fundar el nuevo Imperio español. ¡Fantástico imperio! Si un imperio español fuese posible y deseable, que no lo es, no bastaría el decreto en una «Gaceta» oficial o en unas arengas políticas. ¡Y sería un singular imperio que, para nacer, comenzara echándose a los pies de sus amigos y valedores, dejándose allevar por ellos! Cuando los españoles de talla gigante fundaban imperios de verdad, no traían a los extranjeros a pelear contra su propio país. Cuando la Corona de España aspiraba y casi conseguía el dominio universal, los españoles iban a guerrear a la Lombardía y a Nápoles, saqueaban a Roma, ponían preso al Papa, sojuzgaban a los italianos, seguramente sin ningún derecho y con excesiva dureza, pero los sojuzgaban, y no se les ocurría traer a los italianos a España a matar españoles en las orillas del Tajo y del Ebro a título de la fundación del imperio español. (Aplausos.) Y yo me pregunto si a todos los colabores de la invasión extranjera o a los que la padecen — que hay muchos que la padecen —, cuando vean las ciudades arrasadas y los españoles muertos a millares por obra de las armas extranjeras, se consolarán de su dolor de españoles pensando: «Es el imperio que nace». ¡Triste consuelo! Caso como este no tiene semejanza en la historia contemporánea de Europa. Para encontrar algo que se le parezca hay que recordar las guerras civiles del siglo XVI y del siglo XVII, en que se capa de guerra oligiosa, se disputaban realmente el predominio político sobre el Continente. Entonces los españoles, soldados de un imperio, hacían en Francia exactamente el mismo papel que hacen ahora en España los alemanes y los italianos, pero a los ligeros católicos franceses que cooperaban con los ejércitos invasores de España en Francia no se les ocurría decir que estaban fundando un imperio francés, y entonces el sentimiento del patriotismo, la moral del patriotismo y los dictados de sentimiento nacional no estaban en el punto a que en la edad moderna han llegado; los motivos eran otros, y cuando tanto el poderío francés como cualquier otro de Europa se constituyó, se constituyó precisamente contra nosotros, no en favor de nosotros. El día que un rey francés, a costa de oír una misa, recobró su capital, el ejército español, que guarnecía París, abandonó la ciudad, tambor batiente, banderas desplegadas, y el rey Enrique que los veía salir, les dijo: «Señores españoles, encomendadme a vuestro amo, pero no volváis más».

Este sentimiento no estará en el alma de los españoles que se crean patriotas y que crean estar alentados por un espíritu nacional, cuando hace ya más de tres siglos un rey francés lo profirió pensando en la libertad de su pueblo? Nosotros sí lo sentimos, si lo pensamos.

UNA CUESTION DE HONRA

Para nosotros, la salida de los invasores de España es una cuestión de honra. En ninguna lengua del mundo se dice con tanta rotundidad: una cuestión de honra. (Muy bien.) Creemos que debe serlo para todos y, por tanto, una cuestión previa, porque ninguna nación puede vivir decorosamente ni tiene derecho al respeto ni a la amistad de las demás, si ha perdido la honra y la libertad.

Las otras fases por que ha ido pasando el problema de España, o están vencidas, o están agotadas. Me refiero, claro está, al pronunciamiento inicial y a la guerra civil de que aquel pronunciamiento fué señal. Es un hecho indiscutible que el pronunciamiento militar fracasó: fracasó a las cuatro y ocho horas, y estos dos años, en que el poderoso concurso de hombres y material — más importante, quizá, el del material que el de los hombres — de Alemania y de Italia, y la numerosa presencia de la mor-

ma, no han bastado para derrotar por la fuerza a la República, están probando que habría sido el pronunciamiento y de la guerra civil subsiguiente sin el auxilio exterior. Esto no es una afirmación o una condescendencia vana y puramente teórica, porque está preñado de consecuencias de orden político. La guerra civil está agotada, no porque hayan arriado las banderas ni porque hayan suscrito nuestras tesis o nuestros puntos de vista políticos sobre la mejor manera de gobernar a nuestro país; no, está agotada por efecto de la experiencia terrible de estos dos años.

EL FANTASMA DE LA «REVOLUCION BOL-CHEVIQUE»

En la base del ataque armado contra la República había, entre otros, unos errores que conviene señalar. Había, en primer término, un error de información, abultado y explotado por la propaganda: el error de creer que nuestro país estaba en vísperas de sufrir una insurrección comunista. Todos sabemos el origen de aquella patraña. Es un artículo de exportación de Alemania e Italia, que sirve para encubrir empresas mucho más serias. ¡Una insurrección comunista el año 36! ¡Cuando el Partido Comunista era el más moderno y el menos numeroso de todos los partidos proletarios; cuando en las elecciones de febrero los comunistas habían obtenido, incluso dentro de la coalición, diecisiete actas, que representan menos del cuatro por ciento de todos los sufragios emitidos en aquella ocasión en España! ¿Quién iba a hacer esa revolución? ¿Quién la iba a sostener? ¿Con qué fuerzas, suponiendo, que ya es suponer, que alguien hubiera pensado semejante cosa? La lógica hubiera prescrito que ante una amenaza de este tipo o de otro semejante contra el Estado republicano y contra el Estado español, que no era comunista, ni estaba en vías de serlo, de alto abajo, ni en los costados, todas esas fuerzas políticas y sociales amedrentadas por esa supuesta amenaza, se hubieran agrupado en torno del Estado, para defenderlo, hubieran hecho el cuadro en torno suyo, porque al fin y al cabo era un Estado burgués; pero, lejos de eso, lo cual prueba la falsedad de la tesis, en lugar de defenderlo, lo asaltaron. Un error, además, sobre el verdadero estado del país, que no en vano venía siendo trabajado, no ya desde la República, sino desde 1917, y si se me apura un poco, desde comienzo del siglo, por una profundísima corriente de transformación política. Y derivado de este error, otro todavía más grave: el error de suponer que el pueblo español, atacado por sorpresa, no habría ni podría ni querría defenderse. Estos errores sirvieron de base, de incentivo al móvil inmediato, al móvil inmediato confesable, que era defender los intereses, respetables sin duda, que se suponían amenazados por una revolución bolchevique. Y las pasiones que azuzaban esto, triste es decirlo, no eran sino el odio y el miedo que han cavado en España un abismo que se va colmando de sangre española; y el resorte original, la intolerancia castiza, la intolerancia fanática. El enemigo de un español es siempre otro español. Al español le gusta tener libertad de decir y pensar lo que se le antoja, pero tolera difícilmente que otro español goce de la misma libertad, y piense y diga lo contrario de lo que él opinaba.

LA GUERRA EN EL ORDEN ECONOMICO

Conjurados todos estos elementos, se produce el alzamiento y ataque a mano armada contra la República y en vez del triunfo fácil, del triunfo alegre para los agresores—penoso únicamente para los agredidos—estalla una calamidad nacional, que no tiene precedente en la Historia de España, con todas las consecuencias de orden político y económico, fácilmente previsibles y económico, fácilmente previsibles para cuando se produjera un ataque contra la solución de término medio que representaba la República. Y ya estáis viendo, ya están viendo el cuadro: el triunfo... en las nubes; cientos de miles de muertos; ciudades ilustres y pueblos humildísimos, desaparecidos del mapa; lo más sano del ahorro nacional, convertido en humo; instrumentos de trabajo, desaparecidos; la riqueza nacional comprometida para dos generaciones. Y aquellos que, con esta operación, deseandola, preparandola, sirviendola, pensaban poner a salvo esta u otra parte de su riqueza o de su interés, han averiguado ya que, merced a su operación,

(Pasa a la página 15)

Hacia la unidad más firme, amplia y segura de todo el pueblo

Por JOSÉ DÍAZ



El camarada José Díaz, jefe de nuestro Partido

¿De qué hablar al pueblo en este segundo aniversario de nuestra guerra de independencia nacional, sino de lo que ha permitido al pueblo aplastar, el 19 de julio de 1936, el levantamiento de los generales facciosos; de lo que nos ha permitido, en dos años de lucha heroica, resolver tantos problemas y tan difíciles, haciendo frente a la invasión de España organizada por dos grandes países imperialistas

con la complicidad y la ayuda de las capas más reaccionarias de la burguesía internacional? ¿De qué hablar sino de la unidad, instrumento y garantía de nuestra victoria?

Pero yo quisiera, en este día que no será de fiesta, sino de recogimiento y de exaltación patriótica, hablar de la unidad no solamente para celebrar lo que hemos logrado de positivo estrechando vínculos de acción común entre todos los sectores antifascistas, sino concretamente, teniendo en cuenta lo que necesitamos para vencer y lo que todavía nos hace falta.

Afirmo que, a pesar de los lazos que unen al Partido Socialista y al Comunista, a pesar de la existencia y del funcionamiento de un Comité Nacional y de una amplia red de comités

locales de Frente Popular, a pesar del pacto entre las dos centrales sindicales, la unidad de las fuerzas populares y antifascistas de España no es todavía suficiente. Y afirmo que ésta es una de las causas de la lentitud con que se resuelven muchos de los problemas que tenemos que resolver en la fase actual de la guerra.

Existen todavía muchos recelos injustificados entre organizaciones hermanas, y, lo que es peor, muchas veces los dirigentes de estas organizaciones no siguen, para eliminarlos, el método normal, que es plantear los problemas abiertamente a la organización hermana, pidiendo las aclaraciones y medidas necesarias. De esta manera se crea, sobre la base de los recelos, una incompreensión y tal

vez hasta una enemistad sorda, que los enemigos de la unidad aprovechan para sus maniobras de división.

Hay pactos que se suscriben con gran solemnidad, y a veces son olvidados en el momento de pasar a la acción, sobreponiéndose a su letra y a su espíritu un interés particular de grupo, local o personal.

Y también hay importantes problemas de política, a propósito de los cuales cada organización tiene en sus relaciones públicas con las demás organizaciones antifascistas, una posición clara y precisa, pero no se atreve a exigir de todos sus militantes, pequeños y grandes, que ajusten a esa posición todos sus hechos y todas sus palabras, extirpándose así para siempre la mala planta de la intriga y de la irresponsabilidad.

Yo sé que esto son residuos de tiempos pasados, más o menos lejanos, cuando España entera era dividida en capillas que encarnizadamente y sin ninguna orientación de principio luchaban las unas con las otras, rompiendo la indispensable unidad del pueblo frente a sus opresores. Sé que marchamos hacia la liquidación de estas cosas, porque lo quiere el pueblo, que desea la instauración en España de un régimen moderno de democracia avanzada. Y precisamente por esto llamo la atención de todos sobre la necesidad de acelerar la marcha hacia una unidad más firme, más sólida, más amplia, más segura de todo el pueblo.

Hacen muy bien los que hablan de la necesidad de que reine en el movimiento obrero y en la vida política del país una moral elevada. La lucha consecuente por la unidad, que es lucha contra las intrigas, los

trapicheos y la hipocresía política, es la verdadera lucha por la moral que todos juntos debemos llevar a cabo.

Prácticamente y como medida urgente para hoy, proponemos sólo esto: que todos los partidos, desde la dirección hasta el último de los militantes se comprometan en este día solemne a poner de acuerdo su actuación con la política de unidad de cuya imprescindible necesidad estamos todos convencidos, y que todos proclamamos. Es decir: puesto que tenemos una plataforma común, que son los trece puntos formulados por el Gobierno de la República, y programas prácticos de acción común inmediata, formulados por el Partido Socialista y el Comunista, por la U.G.T. y la C.N.T., y por el Frente Popular, que los diferentes comités de enlace y de Frente Popular se transformen de hecho en órganos de movilización de todo el pueblo para la realización de estos programas, bajo la dirección de los órganos del Gobierno de Unión Nacional. Que se proceda de común acuerdo contra todos los que intrigan contra la unidad, o de una manera u otra rechazan o sabotean el trabajo común. Y que no se deje ni uno de los problemas

que interesan al Ejército y al pueblo, sin estudiar, y sin hacer el máximo esfuerzo para resolverlo rápidamente, todos de acuerdo, dejando de una parte los intereses particulares de grupo, de categoría, de persona, poniendo por encima de todo el interés general, que es de vencer en la guerra lo más rápidamente posible.

Puede parecer que esto es pedir poco, pero en este «poco» está la llave de nuestra victoria, porque está la llave de la solución de todos los problemas que se plantean hoy a nuestro pueblo y a nuestro Gobierno. Sobre la base de esta colaboración estrecha y continua de nuestras organizaciones y nuestros militantes en todo el país y en todos los campos trabajaremos, socialistas y comunistas, para preparar y realizar el Partido Unico del proletariado; sobre esta base trabajarán las dos centrales sindicales para preparar la creación de la Central sindical única, que ya es la aspiración de centenares de millares de obreros. Sobre esta base se consolidará el Frente Popular, como inexpugnable fortaleza, y la clase obrera y el pueblo de España unidos marcharán con paso firme hacia la victoria.

1. Asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España. Una España totalmente libre de toda injerencia extranjera, sea cual sea su carácter y origen, con su territorio peninsular e insular y sus posesiones intactas y a salvo de cualquier tentativa de desmembramiento, enajenación o hipoteca, conservando las zonas de protectorado asignadas a España por los convenios internacionales mientras estos convenios no sean modificados con su intervención y asentimiento.

Consciente de los deberes anejos a su tradición y a su historia, España estrechará con los demás países de su habla los vínculos que imponen una común raíz y el sentido de universalidad que siempre ha caracterizado a nuestro pueblo.

A la clase obrera y todo el pueblo de España

Hoy, 19 de julio, se cumple el segundo aniversario de nuestra guerra de independencia. El Comité Central del Partido Comunista de España, saluda a los héroes caídos en estos dos años de lucha titánica y a los que siguen defendiendo abnegadamente la libertad y el porvenir de la patria.

La solemne conmemoración de hoy se realiza en una situación que es justo calificar de difícil. Los invasores arrecian su fuego contra España e intensifican sus ataques en todos los terrenos. Nunca como ahora, frente a todas las dificultades, frente a todos los peligros, ha sido tan firme y elevado el estímulo de continuar la lucha ardientemente y de llevarla hasta sus últimas consecuencias de victoria. Nuestra consigna de hace dos años: ¡No pasarán! es también la de hoy.

Durante estos dos años el pueblo ha tenido que soportar duras pruebas hasta crear un fuerte Ejército, que muestra su capacidad con su heroica resistencia y que destrozará a las fuerzas invasoras.

¡La unidad sigue siendo y lo será siempre nuestra preocupación esencial porque es el arma del triunfo de pueblo español! La unidad de socialistas y comunistas, la unidad de la clase obrera, que a lo largo de todos los meses de lucha ha sabido ser vanguardia y ejemplo para todos los amantes de España; la unidad de todos los antifascistas en el Frente Popular, que garantiza la realización de una política de guerra y de resistencia hasta la victoria; la unidad de todos los españoles que sientan la emoción, el orgullo y la firmeza de su españolidad alrededor del Gobierno de Unión Nacional, afirman la fé en la victoria de todos los que sentimos la justicia de la República y las reivindicaciones de la clase obrera.

¡Firmes en vuestros puestos, combatientes de España! ¡Unidos todos los obreros, los antifascistas, todos los españoles! ¡Adelante por la independencia de España.

Por el Comité Central,
El Secretariado

Las tropas españolas resisten

AYER SE LUCHÓ EN LEVANTE CON GRAN DUREZA

Nuestros soldados rechazan todos los ataques de los invasores

FRENTE DE LEVANTE. — Las tropas españolas rechazaron, en las últimas horas de ayer, los ataques de los invasores a las posiciones del noroeste del Ragudo.

Hoy se ha luchado con gran dureza, resistiendo las fuerzas españolas la presión enemiga.

La artillería italiana actuó intensamente sobre nuestras líneas. La aviación extranjera ha bombardeado la carretera Segorbe-Sagunto, ininterrumpidamente, durante cuatro horas; las zonas de Bejis-Torás y sud-este de Pina. También agredió los pueblos de Algimia y Almonacid.

FRENTE DEL CENTRO. — En las inmediaciones del Palacete de la Moncloa fué volada una mina, que causó al enemigo duro quebranto.

Una contramina rebelde hizo explosión, originando muchas bajas y daños en sus propias filas.

DEMÁS FRENTE. — Sin noticias de interés.

Nueva salvajada de la aviación extranjera

Durante la jornada de ayer, la aviación de los invasores bombardeó repetidamente Sagunto. También fué agredido Alicante por cinco trimotores «Savola», ocasionando víctimas en la población civil.

A las 8:46 horas de hoy, diez trimotores italianos bombardearon Badalona, y, poco antes de mediodía, cinco trimotores «Savola» han agredido, desde gran altura, Castelldefels y las inmediaciones del hospital de Sitges, hiriendo gravemente a dos niños.

19 de Julio de las mujeres antifascistas de Cataluña y España

Ciento cincuenta toneladas de víveres repartidas entre los trabajadores de la producción

En este segundo aniversario de nuestra contienda por la integridad territorial de España, la consigna de atención a las fábricas se ha repetido con doble entusiasmo en las filas de las mujeres antifascistas. Se ha repetido en forma de nuevos repartos de víveres, que han sido al propio tiempo el abrazo entrañable del proletariado internacional, generoso y permanentemente a nuestro lado, y el saludo caloroso de nuestras mujeres castellanas y catalanas: «Las Mujeres Antifascistas de España y de Cataluña saludan a los héroes de la producción».

Caravana de solidaridad

Cuarenta camiones, engalanados con consignas y con banderas unitarias y de solidaridad, han llevado en la mañana de ayer lunes, día 18, el presente que los proletarios y masas democráticas de todo el mundo envían a nuestros trabajadores. Banderas de Cataluña, de la República; banderas de todos los países que tienen presente cómo se defienden sus libertades en nuestras trincheras, cómo se crea el material de la resistencia en nuestras fábricas, adornaban los camiones, que en magnífica caravana de solidaridad han desfilado por las calles barcelonesas. Entre las banderitas internacionales y enseñas republicana y catalana la consigna fundamental de todos los españoles: «Resistir hoy para vencer mañana» (Negrín); un recuerdo a aquellos que nos prestan su constante ayuda: «El Comité de Coordinación de Ayuda a la España republicana, la Oficina Internacional pro Infancia y la Oficina Internacional Sanitaria ayudan a nuestro pueblo».

A las siete de la mañana la caravana de la solidaridad salió del domicilio de las Mujeres Antifascistas de Cataluña y de España y recorrió las calles de Cortes, Paseo de San Juan y Paseo de Gracia hasta la Diagonal. Vítores entusiastas, dirigidos a los obreros de la producción, se escuchaban al paso de los camiones.

Algunas mujeres comentaban con sus vecinas, en los balcones y a las puertas de las casas:

—Es algo formidable el trabajo de estas mujeres...

—El otro día le dieron a mi chica su lote, en la fábrica. Cada día le corresponde a una casa. A mi Paquita le dieron un bote de leche, azúcar, tocino y una lata de carne.

—Y ahora dan leche a los hijos de los que trabajan en las fábricas. Un vecino de mi casa, que tiene tres chicos, le dan leche para los más pequeños.

21.000 raciones repartidas

El reparto de ayer lunes, 18 de julio

del año 1938, ha sido un reparto especial. La distribución en fábricas ha ascendido a la cantidad de ciento cincuenta toneladas, divididas en veintinueve mil lotes, que han sido distribuidos entre los trabajadores de treinta fábricas.

Naturalmente, no es la primera vez que los obreros de estas fábricas han sido visitados por las Mujeres Antifascistas de España y de Cataluña. Las caras de las mujeres portadoras de la solidaridad internacional son ya bien conocidas entre nuestras obreras y obreros, que las saludan con efusión.

—Eh, compañera, la de Madrid, ¿cómo te va desde la última vez?

—¿Qué traéis hoy, camaradas?

Una mujer de alguna edad, una vieja «noyera» pregunta si se va a repartir leche:

—Porque yo ya estoy para sopitas, ¿sabéis?

—Oye, ¿y aquel tocino tan rico que trajisteis la otra vez?... Tenía trozos que eran tálamo de jamón.

—Bueno... Que haya formalidad. Vamos, a vuestros sitios, y dejar paso a estas compañeras, que tienen prisa.

—Sí, que desde aquí tenemos que ir a muchas fábricas más.

Se descargan los víveres, de lo que se ocupan varios obreros de la fábrica.

Al hacer la entrega de víveres, una compañera, en representación de las Mujeres Antifascistas de España y de Cataluña, se dirige a los obreros, que la escuchan con más emoción que en otras ocasiones:

La ayuda de la U.R.S.S.

—El reparto de hoy es especial, porque especial es la fecha en que se verifica. En este día toda nuestra atención está concentrada en vosotros, trabajadores heroicos de la producción, y en nuestros combatientes, porque con ellos forjáis la resistencia, base de la victoria y del porvenir de todo el pueblo español. En este día, también, al haceros entrega de estos lotes de víveres, recordamos la solidaridad que nos vienen prestando durante estos dos años las masas populares de todos los países del mundo, con el gran país de la Unión Soviética a la cabeza... Nosotras sabemos cómo respondéis a esta solidaridad admirable, y que seguiréis respondiendo, superando vuestro esfuerzo cada día, y abriendo con vuestra abnegación las perspectivas del triunfo...

Se escuchan vítores a la U.R.S.S., a los obreros de todo el mundo, y al Gobierno de Unión Nacional.

Y la caravana de la solidaridad continúa hacia otras fábricas.

L. C.

¡Aquí está España, española de la zona invadida!

Dice Jesús Hernández desde Valencia

Valencia, 18. — Esta noche, a las diez y media, Jesús Hernández, comisario general de la Agrupación de Ejércitos de la Zona Central, ha pronunciado un discurso por radio, dirigido al pueblo y a los soldados de España.

Comenzó resaltando la emoción que vive en estos momentos Valencia y toda la región levantina, por ser Valencia la plaza más codiciada por los invasores; pero ahora —dijo— el ejemplo de Madrid late hoy en el corazón tradicionalmente liberal de Valencia, que se dispone a cerrar las puertas de la ciudad con llaves de heroísmo, que ni se quiebran ni se rompen.

Valencia en pie

Valencia se enciende en la decisión de no ser botín de los invasores, y los hombres, las mujeres, los ancianos, las criaturas, en las piedras de Valencia, en los cauces y en sus arroyales, en sus plazas, en sus calles y hasta en sus barracas, tiene que grabarse la decisión de resistir. ¡Que en todas partes palpite el mismo espíritu de resistir!

Los partidos y organizaciones deben lanzarse en la vanguardia heroica a esta movilización absoluta, a forjar esta capacidad de resistencia. Tenemos las condiciones precisas para resistir, el número y calidad indudablemente superiores, a lo que tenemos hace dos años. Tenemos un glorioso Ejército regular, forjado de las entrañas del pueblo. Mientras el pueblo conserve su confianza y su unidad, conservará la garantía de vencer, cada día más firme en una sola palabra: resistir!

El enemigo habrá podido alcanzar parte de nuestro territorio, arrasar poblaciones, pero no ha conseguido someter nuestra voluntad de luchar ni sobornar nuestro cariño a la patria, traficada y vendida por unos miserables.

La escuela de la guerra

Aprendimos en la escuela de la guerra, con lecciones de sangre, que era preciso regularizar nuestro Ejército, abanderarlo bajo el supremo pabellón de la independencia nacional y mantenerle política y culturalmente a la mayor altura. Para llegar a esto necesitamos resistir; para que mañana podamos tener dispuesta la acción definitiva de la victoria, necesitamos más que nunca resistir.

La patria se defiende desde todos los ángulos en que está encendido el fuego. Nuestros frentes son eslabones de una cadena de hierro y de sangre perfectamente engranados y flexibles, y la perfección del engranaje ha de multiplicar la eficiencia de nuestras armas. ¡Resistir!

Cómo se puede y debe resistir

La orden de resistir alcanza a todos los soldados y a todos los frentes. Resistir no es aguardar pasivamente el momento del ataque enemigo. Resistir en la guerra es un problema vivo que se traduce en constantes acciones locales, en golpes de mano, en vivas, en ataques, en operaciones parciales, en asaltos de audacia. Resistir es no sólo dejar vivir al enemigo. Ejemplo de esa resistencia viva es la acción de nuestros guerrilleros en Porcuna. Resistir es fortificar con la perspectiva de duras batallas. Si hace un año hubiéramos fortificado Levante, los invasores no amenazarían Valencia.

Resistir, para la retaguardia, es acelerar el ritmo de nuestros trabajadores y muy especialmente en las obras de fortificación, impedir la vida al emboscado, al cobarde y al saboteador. Resistir es salir al paso de todos los malos españoles. Resistir es acre-

2. Liberación de nuestro territorio de las fuerzas militares extranjeras que lo han invadido, así como de aquellos elementos que han acudido a España después de julio de 1936 y con el pretexto de una colaboración técnica, intervienen o intentan dominar en provecho propio la vida jurídica y económica española.

El general Miaja saluda al pueblo soviético

“Nunca se habían sentido el Ejército y el pueblo español tan fuertes como ahora”, dice en su mensaje

Moscú, 18. — El general Miaja, en su saludo al pueblo soviético, dirigido con motivo del segundo aniversario de la lucha de independencia de España, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«Nunca se habían sentido el Ejército y el pueblo tan fuertes como ahora». Miaja recuerda los días heroicos de noviembre de 1936, cuando fué rechazada la ofensiva fascista sobre Madrid, e indica la defensa heroica de Levante.

«Todo el Ejército —dice el general— apoya al Gobierno legal de España, y actualmente, en el día del segundo aniversario de la lucha, confirma de nuevo su convicción inquebrantable de vencer y su promesa de luchar hasta el fin, hasta el aniquilamiento del enemigo. En noviembre de 1936 y en todas las etapas de la lucha por la independencia de la República española, hemos visto y vemos en la U. R. S. S. una amiga poderosa y fiel. Los soldados españoles han sabido apreciar la solidaridad de sus hermanos soviéticos en esta lucha y manifiestan de nuevo su gratitud hacia el Gobierno y los pueblos de la U. R. S. S., a los que saludo con todo mi corazón, como español y como soldado.

Sabemos que podemos contar también en el porvenir de nuestra lucha con esta solidaridad magnífica de la U. R. S. S., que defiende la causa de España con dignidad y decisión que le honran y que llenan nuestros corazones de un sentimiento de eterna gratitud. Que sepa todo el mundo que el Ejército español vencerá, y que España —hoy más que nunca— está llena de vida y de convicción de que arrojará a los invasores y restablecerá su independencia y su libertad.»

Otro saludo del teniente coronel Lister

El teniente coronel Enrique Lister ha enviado, por medio de «Pravda», un saludo al pueblo soviético, en el cual dice:

«Venceremos a los enemigos del interior y del exterior. Al aplicar la justicia soviética en vuestro gran país contra el centro de los derechistas trotskistas, contra los agentes del fascismo, estabais apoyados por los trabajadores del mundo entero, y todos los pueblos han podido comprender mejor quiénes son sus peores enemigos.» —A.I.M.A.



Barcelona, 16 de julio. — Los soldados que libertó el pueblo, al asaltar los cuarteles, desfilan frente al Palacio de la Generalidad vitoreando a la República

centar nuestra producción de guerra con el esfuerzo de nuestros obreros, héroes de esta batalla de sudor que a veces terminó con sangre, como se ha registrado con los obreros gloriosos de Sagunto. Resistir es crear una atmósfera vigilante de guerra, incorporar a las valientes mujeres españolas al trabajo, utilizando el entusiasmo enardecido de las mujeres que piden un puesto en la lucha.

Una guerra de independencia

Luchamos por España y cuanto ella representa en la civilización humana. ¡Qué saben de España quienes la traicionaron y la vendieron y quienes destruyeron sus riquezas y quienes hacen correr la sangre de sus hijos! Nosotros sí, porque no la traicionamos y luchamos por hacerla más rica y más feliz.

Nuestra guerra es una guerra de españoles que luchan por su independencia contra los ejércitos de conquista de dos países extranjeros. Aquí está España, españoles de la España invadida; y aquí estamos y está en el día de nuestra victoria la garantía del trabajo, de la cultura y del bienestar para todos los españoles que habrán sabido librarse de la vergüenza histórica de una sumisión transitoria e in-

dependencia nacional y el derecho a no ser esclavos en su tierra. Por esto, para que todo siga siendo España, ¡resistir!

Tenemos inagotables recursos para resistir. El enemigo tiene prisa y como Valencia es la presa más codiciada, acumulará para ello toda su fuerza, forzará a sus máquinas y a sus hordas, pero vosotros debéis resistir. ¡Todos a defender Valencia!

Toda España se apresta a luchar para que Valencia no sucumba, porque Valencia no puede ser desgajada de nuestra patria. Hace dos años que no nos la pudieron quitar y no nos la quitarán hoy. Todo el Ejército español suma su gloria a la gloria de los combatientes de Levante. —Febus.

LOS COMBATIENTES DE LEVANTE PROMETEN A NUESTRO PUEBLO SEGUIR RESISTIENDO

Valencia, 18. — Los combatientes del frente de Levante han dirigido a los valencianos y españoles todos un documento, prometiendo luchar y resistir seguros de la victoria definitiva.

Se recomienda en este documento a los obreros que produzcan hasta el agotamiento todo aquello que precisa a nuestro Ejército; a los campesinos que no dejen un palmo de tierra sin cultivar; y a los españoles en general, que construyan trincheras para que el invasor no adelante ni un paso más.

Nosotros —termina diciendo— os prometemos formar la barrera infranqueable donde se aplaste definitivamente al enemigo. —Febus.

A los dos años de guerra DE INDEPENDENCIA

Por DOLORES IBÁRRURI

Bien lejos estaban de pensar los iniciadores de la sublevación contra el Gobierno legítimamente constituido y contra la República, que la lucha que ellos comenzaban, sirviendo de instrumento para la realización de los planes del fascismo alemán e italiano, iba a ser de tanta duración.

Dos años de guerra, de resistencia heroica, hablan al mundo con el lenguaje del sacrificio, de la voluntad inquebrantable del pueblo español de no aceptar, cueste lo que cueste, que España deje de ser una nación democrática y libre, para transformarse en un inmenso campo de concentración o en una colonia italoalemana.

Pretendieron que el 18 de julio de 1936 marcara en la Historia de España un hito como señal de una nueva etapa en la historia de la nación española.

Lo han conseguido, sólo que a la inversa de cómo esperaban; el sentimiento patriótico que malos gobernantes habían hecho casi disminuir en el alma de nuestro pueblo ha renacido de manera espléndida, maravillosa, y hoy más que nunca, el amor a la patria, el orgullo de sentirse españoles, es más vivo que jamás lo fuera, lo mismo en la España que lucha en defensa de la República y de la democracia, que en la España que soporta dolorida y avergonzada, la presencia, el robo y el pillaje de los ejércitos invasores alemán e italiano.

Pensaron matar la libertad, aniquilar la democracia; y la defensa de la democracia y de la libertad, es el afán cotidiano de nuestros soldados, de nuestros obreros, de nuestras mujeres, de todo nuestro pueblo.

Y al fragor de los combates, los comunistas, los socialistas, los anarquistas, los republicanos, todos los antifascistas llevan, no la bandera de su propio ideal, —al que no han renunciado sin embargo— sino la bandera de la República, que es la bandera de España, que es la bandera de la independencia nacional, de la libertad y de la democracia.

Y ni los mercenarios del Tercio, ni los bárbaros marroquíes, ni los ejércitos fascistas que Italia y Alemania han enviado a España, ni su poderosa aviación, ni la cantidad de artillería y armas mecánicas que los países totalitarios emplean contra nosotros, han conseguido abatir el ánimo de nuestro pueblo, ni quebrantar su decisión de continuar la guerra hasta el fin victorioso para la República.

Y esto que, para cada uno de los que queremos a España libre y grande, es un motivo de satisfacción y de orgullo, porque nos sabemos parte de un pueblo capaz de tantos sacrificios y de tanto heroísmo, no nos hace, sin embargo, ser los optimistas infantiles que piensan que solamente por tener razón, por ser justa nuestra causa, y porque es muy heroico nuestro pueblo, podamos ganar la guerra.

La guerra se hace en diversos frentes, y no es menos peligroso el frente de la intriga, de la maniobra, que el frente de batalla donde los hombres se encaran a diario con la muerte.

A medida que el enemigo comprende que la resistencia de nuestro pueblo no puede ser quebrantada por la fuerza, recurre a otros procedimientos que pueden a veces dar resultados, cuando la vigilancia de las masas populares no es lo profunda que debiera ser. Y al volver la vista al camino recorrido y pararnos un poco en un pasado no muy lejano, vienen



con fuerza a nuestro pensamiento las palabras de advertencia, de un ardiente llamamiento a la unidad de todo el pueblo ante la invasión japonesa, de nuestro hermano, el Partido Comunista chino: «La dificultad más grande de los momentos actuales —dice a su pueblo el Partido Comunista chino— no es tanto la escasez de material bélico, ni que los japoneses hayan avanzado en el interior del país, sino en el hecho de que los usurpadores japoneses, además de la invasión armada, tratan de conquistar la China por las fuerzas de los mismos chinos y en que los traidores, los espías, los bandidos trotskistas aumentan de todas maneras sus provocaciones, con objeto de minar la unidad de nuestras fuerzas nacionales, sobre todo si se tiene en cuenta que la cohesión de nuestras fuerzas no ha alcanzado todavía el nivel necesario.»

Esta táctica de los países conquistadores, consistente en buscar puntos de apoyo en el interior del país que quieren someter, es una vieja y conocida táctica, que fracasa solamente a la medida que el pueblo está vigilante y no se deje sorprender por argucias o sentimentalismos hábilmente empleados por los agentes del enemigo que, fingiéndose amigos, realizan una labor derrotista y traidora. Y hoy, al cabo de dos años de guerra, de torturas infinitas, de sufrimientos y de privaciones, cuando el cansancio abruma a los faltos de fe, a los que desprecian el esfuerzo sobrehumano del pueblo que lo ha levantado todo, cuando todo se había derrumbado, la provocación y el derrotismo pueden encontrar campo propicio para desarrollarse, y hay que evitarlo con la vigilancia atenta de todos los antifascistas.

Con la cierta ilusión de la victoria fuimos a la lucha el 18 de julio; con esta fe inquebrantable nos hemos mantenido cuando los sucesos nos eran adversos y cuando se hundían en el desaliento muchos que parecían fortalezas.

Al iniciarse el tercer año de guerra, recogemos la consigna del jefe del Gobierno, que es todo un programa, y con la misma confianza de los primeros tiempos, decimos interpretando y expresando la voluntad de nuestro pueblo: ¡Resistiremos y venceremos!!!

3. República popular, representada por un Estado vigoroso que se asiente sobre principios de pura democracia y ejerza su acción a través de un Gobierno dotado de la plena autoridad que confiere el voto ciudadano emitido por sufragio universal y que sea el símbolo de un Poder ejecutivo firme, dependiente en todo tiempo de las directrices y designios que marque el pueblo español.

ESPAÑA VENDIDA E INVADIDA MAPA Y CIFRA DE LA EXPOLIACION EXTRANJERA

Cuando aparecieron los primeros uniformes, los primeros puñales y las primeras camisas negras en la calle de las Serpientes, a los señores se les iban, de gusto, las manos hacia el aplauso. El gozo les reventaba por los ojos de la traición.

—Míralos. Los tenemos ya con nosotros.

—Ahora verán los «rojos» lo que es bueno.

—Estos, éstos son los que van a salvar a España.

En los barrios obreros las casas —las pocas casas— que aún no tenían por habitantes un recuerdo espantoso y una maldición, cuajaban entre imprecações su opinión clarividente.

—Ya no son los amos los señores.

—Tendremos que echar antes a los extranjeros.

Como siempre, era el pueblo el que sentía la patria antes que el bolsillo. Aguzaba políticamente los sentidos, sin saberlo, y veía en el horizonte una inmensa estrella apuñalada, sangrante, sobre la que caían cuervos de turbio vuelo.

Traición y venta de España

En la Plaza Mayor de Salamanca, en el Espolón de Burgos, a la misma hora, las mismas escenas y, consiguientemente, las mismas reacciones diferenciadas. Y en Málaga más tarde. En Málaga la invasión ya no se puso antifaz. Los italianos entraron en la ciudad en formación militar. Como dueños y señores. Precedidos de sus tanques. Seguidos de sus baterías. El día anterior buques de guerra alemanes habían cooperado a la operación cerca del puerto. Y aviones con marca italiana y germana bombardearon las filas interminables de evacuados en la carretera de Málaga a Almería.

Lo mismo que en Málaga entraron en Asturias y Santander. Lo mismo, no. Con un cinismo redoblado, con una insolencia que arrancaba lágrimas de coraje a los pocos españoles decentes que quedaron.

Lo primero que hicieron al entrar fue clavar su bandera en la torre más alta. En los lugares más visibles. La bandera italiana.

Pero lo que nosaban los españoles honrados es que en el año 1934 unos miserables disfrazados de patriotas y unos militares con la espalda temblorosa de Annual fueron a subastar a España a una sala del Palacio Venecia.

Penetración y coloniaje

Ahora España está en manos de los que la compraron. La España de Franco, el cabecilla felón, que ya no puede defenderla aunque quisiera.

La penetración comenzó en forma militar, como una ayuda a la insurrección contra la República. Pero eso era sólo el ardor para ulteriores objetivos. Como la agresión a España es el primer paso, el estribo para atacar a Francia e Inglaterra. Hoy la penetración llega a todas las actividades, a todas las zonas de producción. Italia y Alemania están instaladas militarmente en España —en la Península, en Baleares, en Marruecos, en Canarias— pero además lo están en lo

que concierne a la industria, a la agricultura, al comercio.

Puede decirse que la organización de la vida en la zona invadida corresponde exactamente al carácter típico de una colonia. Más aún. La España dominada por el fascismo es a estas horas el país europeo donde más acentuadas se dan las formas del coloniaje.

Los salarios, el campo, las industrias

Los salarios han descendido hasta un límite extremo. No son ya jornales o haberes devengados por un determinado trabajo: son la soldada miserable que arroja el amo al esclavo. Como consecuencia, el hambre atenaza a las clases obrera y media, y a no ser por los castigos y los fusilamientos que se prodigan de continuo, las protestas subirían por sobre los fragores de la guerra. A veces así sucede. Hay un ejemplo reciente: la

huelga de campesinos de Córdoba, cazados a tiros por la guardia civil y enviados a primera línea de fuego por el delito de pedir pan.

El campo está usurpado, detentado en muchas regiones por los extranjeros. En Andalucía son muchos los pequeños propietarios y colonos que han sido desposeídos de sus tierras y entregadas éstas a campesinos llegados de Italia. Los que todavía pueden explotar sus propiedades están esquilimados por los impuestos, cada día crecientes, y las exigencias económicas de la guerra.

Los intereses extranjeros radicados con anterioridad al 18 de julio en terreno fecundo sufren la intervención de los dirigentes y cabecillas, instigados por la codicia de sus valedores germanoitalianos. Esto lo saben bien, entre otros, los capitalistas británicos, cuyas acciones en Riotinto apenas si les producen otra cosa que preocupaciones políticas.

(Pasa a la página 10)



Un aparato italiano, derribado; un tanque alemán, detenido en la Casa de Campo; moros prisioneros (Fotos Walter)



LOS DOS AÑOS DEL EJERCITO POPULAR

Salió literalmente de la nada

Yo quiero desapastrarme. Resumir como si fuera un testigo neutral la historia del esfuerzo titánico que un pueblo en guerra, el pueblo español, ha tenido que realizar durante dos años de lucha inintermitente para construir sobre la marcha, simultáneamente con la pelea, un ejército regular.

Ha sido una obra tan difícil y tan dura, una empresa de tal magnitud, que tal vez no sea bien comprendida por los que ven de lejos el desarrollo de la guerra española.

Es como si el terreno defendido por los españoles no hubiera tenido ciudades, y en dos años se hubiesen visto obligados a levantarlas. Se vieron en la necesidad de improvisarlo todo y de conseguirlo todo. No es fácil que se produzca un caso igual.

Yo ruego a los historiadores que toman sus notas y acartan o no acartan su barba seria; a los agredidos militares que han visto al nacer a la vida militar un ejército ya construido; a los observadores, que fijen su atención en este caso de voluntad formidable.

Hace dos años —dos años de invasión, dos años de martirio de una patria— los generales instrumentos de Roma y Berlín se levantaron con todo el ejército. España quedó inerme, y sobre todo sin ninguna fuerza regular. Hasta los caballos que desembarcaron los rebeldes en un gran número de miles y tabores representaban una fuerza disciplinada y perfectamente equipada frente a las primeras milicias gubernamentales.

Cómo aparecen los primeros contingentes combativos, y cómo se demuestra ya que no se trata de una guerra civil

Unos hombres, unos albañiles, unos metalúrgicos, unos panaderos, unos dependientes de comercio, unos maestros de escuela, algunos empleados —el «palsanaje» de que se habla— con desprecio en los medios castrenses— pidieron armas para contender con los militares que, con una seguridad de medios refinada en cobardía, se sublevaron.

El Gobierno no pudo declarar con toda crudeza la situación de absoluta inferioridad bélica en que se hallaba, y un observador extranjero al corriente de ella decía: «Si el Gobierno no tiene una ayuda energética internacional, es imposible que haga frente a la sublevación». Las ayudas francamente intervencionistas e invasoras las tuvo el enemigo. Y el Gobierno solo, con el ejército que iba formando, las tuvo que combatir también.

Los primeros hombres que caían, que peleaban con tanto desconcierto como coraje en los días heroicos de sol y gritos de la Sierra; los que se reunían en grupos para irradiar de Barcelona hacia los frentes aragoneses; los escopeteros que se echaron a los montes en Andalucía y Extremadura, no tenían nada que ver con la realidad de un ejército.

Sin embargo, a estos grupos heterogéneos se les vio comenzar a clasificarse en algo como batallones, elegir sus jefes sobre la marcha. Así fue el principio de las milicias.

La columna organizada con los soldados y obreros del Puente de Vallecas; los dieciocho grupos de diez hombres, con un responsable cada grupo, que organizaron Checa y Dolores Ibárruri en los primeros combates serranos, son balbuceos de una acción militar. El único regimiento con sus compañías de acero, deja ver la posibilidad de una disciplina y cohesión de los milicianos.

Si se hubiera tratado de una guerra civil, frente a nuestros llamados batallones de «Octubres», «Pablo Iglesias», «Pastorías», «Tierra y Libertad», etc., se hubieran alzado partidas con nomenclatura opuesta: batallón «Gil Robles», «Calvo Sotelo», etcétera, y con alzamiento de guardias de seguridad se hubiera combatido como en todas las guerras civiles.

4. La estructuración jurídica y social de la República será obra de la voluntad nacional, libremente expresada mediante un plebiscito que tendrá efecto tan pronto termine la lucha, realizado con plenitud de garantías, sin restricciones ni limitaciones, y asegurando a cuantos en él tomen parte contra toda posible represalia.

La reorganización de cada día y los hombres que nadie en el mundo hubiera creído ya utilizables para nada

La gran ofensiva desde Extremadura, las operaciones de Talavera, tuvo que soportarlas el Ejército republicano en plena pugna para unificar las milicias. El armamento era todavía muy incompleto, grande la penuria de automáticas y escasisima la preparación militar. La técnica de la fortificación, inexistente.

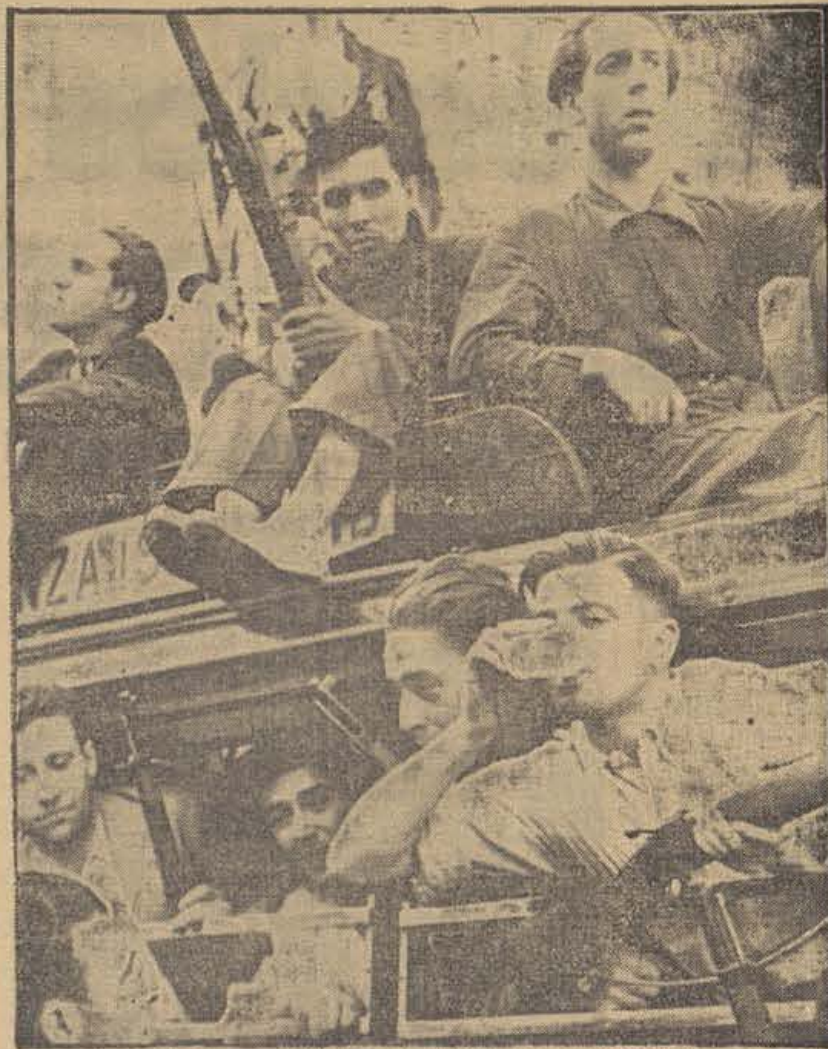
Cuando yo vi aparecer los primeros trinchereros italianos y alemanes en Andalucía, tuve el convencimiento de que los dos países totalitarios iban a hacer a España una guerra a todo evento. La actuación de las fuerzas aéreas, constantemente desde Talavera hasta Madrid, sin enemigo en el cielo ni en la tierra, fue la primera eficacia intervencionista.

Los milicianos desorientaban sus esfuerzos ante la ofensiva, que iba tomando proporciones de guerra moderna militar. Las milicias republicanas que pulularon en torno a Toledo eran aún fuerzas dispersas, con los efectos cada vez más vivos de su falta de cohesión.

Lo admirable, señores historiadores, es que el Gobierno y las enti-

dades obreras no decaen. El enemigo está en Getafe, el enemigo está en Cuatro Vientos y se siguen reorganizando las milicias. Cada día una nueva reorganización. Las puntas de hombres acosados, rotos, con llagas en los pies, sin conciencia estratégica de lo que ocurría, eran organizadas otra vez. Nadie en el mundo hubiera creído que servirían ya para nada. Cualquier Estado Mayor de cualquier parte hubiese dicho que aquellos restos de fuerzas sólo eran un despojo de moral en derrota y que se imponía resignarse por no poderlos aprovechar. Pues aquellos hombres fueron los mismos que se clavaron en las puertas de Madrid y que después se distribuyeron por el Ejército Popular y ensotaron sus unidades. En la defensa de Madrid, la reacción popular más estúpida que se conoce rebasó todas las cabalas militares y en ella comenzó a formarse el Ejército Popular. La República no sólo supo hacer aquella defensa heroica que comenzó con aire típico de barricada, sino que entre un cerco de divisiones y artillería siguió organizando su problema militar.

Las primeras brigadas mixtas persiflan ya la militarización. Y el grillo, la consigna de militarización, de mando único en el Ejército prende en las conciencias de todos con más o menos remora, que quiere decir



MADRID. — SALIDA DE LOS PRIMEROS MILICIANOS

con más o menos falta de visión de la defensa.

En el Jarama se inicia el gran es-

tilo de guerra europea. Nuestros hombres dan sensación de ejército y hasta de ejército poderoso.

Han aparecido cascos iguales, han aparecido atuendos uniformes, han aparecido ametralladoras y tanques; pero, observadores imparciales que leáis estas notas, sabéis qué esfuerzo representa todo ello, qué tenacidad inaudita de la República española.

La técnica alemana fracasó allí frente a los tanques y las brigadas —cuya sola existencia era asombrar— españoles.

El gran triunfo español sobre las divisiones del duce en Guadalajara fue una demostración del adelanto y de la eficiencia del Ejército republicano. Actuaron magníficamente todas las fuerzas. Las de aviación —otro proceso incomparablemente heroico, el logro de la aviación española— operaron con exactitud matemática. Pero se demostró que el Ejército español carecía de reservas, de movilidad de reservas. Aunque era ya un ejército temible. El más formidable, señores agregados militares, de los ejércitos con unos meses de edad y que hayan salido de la nada.

En Brunete vuelve a demostrar una gran capacidad de ataque, y al resistir el contrataque, una virtud de resistencia que sobrepasa los límites físicos de lo verosímil.

Porque la táctica del adversario es decididamente la del totalitarismo. No intenta la reacción proporcionada a los medios que ofenden. En Roma, Berlín y Burgos hay la consigna de duplicar, triplicar, decuplicar los efectos razonablemente precisos. No importa el lujo de material ni el derroche multimillonario de proyectiles.

En las operaciones de Aragón, utilizaron elementos coordinativos, se hizo patente la difícil complejidad de un ejército moderno, aunque mostrase España allí un gran estilo de ofensiva. Se toma Belchite, se pelea de un modo magnífico, pero luego se encuentra la muralla.

El Ejército español consigue la victoria de Teruel: victoria en que las operaciones del cerco de la ciudad, matemáticamente logradas, son lo más admirable. Pero la muralla llega después. El cuartel italiano está asediado. La guerra contra el Ejército que ha sacado España no se sabe de dónde es ya la guerra contra una potencia. La muralla tiene que engrosarse. Se vuelcan para la reconquista elementos diez veces superiores a la resistencia posible del objetivo. Y se provoca por razón odiosa de peso y volumen una de esas curvas, de esas depresiones en que el Ejército español queda reducido a la defensiva heroica y tiene que incorporarse nuevamente con su inenarrable vitalidad.

Le dieron una pistola, después un fusil, después le pusieron un casco...

Levante es otro caso así. Yo les digo a los historiadores y a los agredidos —a quienes no ha atraído la gran lección que había aquí— y a los observadores que es muy laborioso encontrar una realidad más gloriosa que estos dos años de historia del Ejército Popular de España haciéndose y luchando contra la invasión. Ni una realidad más vergonzosa para

(Para la página 10)

Las razones históricas del comisariado en el seno del Ejército Popular

Por ENRIQUE CASTRO

Subcomisario General de Guerra

Dos años de vida han permitido al Comisariado de nuestro Ejército, a este gran puñado de hombres —continuidades de las gloriosas tradiciones de aquellos delegados de las primeras columnas— escribir en bronce un balance que nos presenta ahora un Ejército políticamente unido y militarmente capaz, donde el heroísmo individual de los primeros tiempos se ha transformado en heroísmo colectivo. Un Ejército que sabe por qué y para qué lucha; que en los combates por la victoria y después de la victoria misma será siempre fiel a los principios democráticos de nuestro país y guardián celoso de nuestras fronteras.

España, cuando la sublevación se produjo, tenía un pueblo cargado de desolación para impedir que la riqueza nacional fuera hipotecada y hacer frente a quienes pretendían pisotear nuestro derecho a una vida de libertad e independencia. Había que organizar militarmente a este pueblo; pero había que garantizar también que las nuevas fuerzas armadas fueran capaces de pelear no sólo contra la potencia del enemigo surgido de la ayuda de Italia y Alemania sino cosas igualmente de pelear venciendo las dificultades interiores. Las condiciones históricas existentes en nuestro país imponían que al igual que fuimos capaces de convertir obreros, campesinos e intelectuales en jefes militares, que al igual que hubo que hacer tanquistas, anti-tanquistas y aviadores de hombres que hasta entonces nada de la guerra ni de los elementos de combate entendían, había que sacar también hombres que comprendieran el carácter de nuestra lucha y que supieran hacerle comprender a los combatientes de nuestro Ejército.

Hombres de temple firme y sana conciencia, depositarios de la confianza de todo el pueblo, que fueran los fomentadores de una consecuente vigilancia antifascista y propagadores y defensores tenaces de la política del Frente Popular; agitadores fogosos y organizadores que desconocían el cansancio y el desaliento, que agruparan a los combatientes en torno a los objetivos marcados; y a un mismo tiempo valerosos y ejemplo de disciplina y fidelidad al deber militar.

El Comisariado General de Guerra nació, pues, como una necesidad de nuestro pueblo para asegurar su independencia. Necesidad impuesta por estas razones:



Primero: La tralación de la mayor parte de los generales y oficiales del Ejército anti-popular y anti-democrático que existía en España.

Segundo: La llamada de las grandes masas del pueblo bajo la bandera de las fuerzas armadas de la República, poniéndose por primera vez en condiciones especiales de régimen militar, con lo cual se creaba el nuevo Ejército en una situación en la que los sentimientos anti-militaristas de las masas estaban extensamente desarrollados como consecuencia del odio al viejo régimen.

Tercero: Las grandes masas campesinas llegadas al Ejército en una escala sin precedentes en nuestra historia estaban carentes de desarrollo político, además eran analfabetos en su mayoría por razón de la política de las clases dominantes del viejo régimen.

De esto se desprendían:

a) Que frente al levantamiento y la tralación de la mayoría de los jefes y oficiales que arrastraron por el engaño y el terror a muchos soldados, la España democrática carecía de un Ejército.

b) Que para impedir el triunfo de los traidores ayudados por Italia y Alemania no eran suficientes los grupos heroicos, pero sin organización militar; era imprescindible un Ejército con sus cuadros, su disciplina y su técnica, factores que encontraban al principio resistencia en las masas y que sólo con un trabajo político consecuente se podían vencer.

c) Que la perspectiva de una guerra larga obligaba a las movilizaciones e incorpo-

ración al Ejército de docenas de militares de campesinos atrasados políticamente, sobre los que era necesario un intenso trabajo para hacerles comprender el carácter de nuestra guerra, las conquistas sociales obtenidas, que se consolidarían con nuestra victoria, para asegurar su participación activa y consciente en la lucha.

d) La desconfianza de las masas hacia los Mando militares leales, poniendo en peligro toda acción eficaz, imponía la tarea de asegurar sobre la base de un trabajo político el cumplimiento de las órdenes y el reconocimiento de la autoridad de los jefes.

e) La necesidad de una fuerte vigilancia política para evitar que los enemigos del pueblo emboscados pudieran ayudar al movimiento subversivo realizando una actividad de disgregación en el seno del nuevo Ejército.

Había que crear, pues, para hacer frente a una situación difícil, una organización potente. Había que unir a los combatientes hacia una misma finalidad, única manera de lograr que todas las energías se concentraran a un tiempo contra los enemigos de nuestra Patria y asegurar simultáneamente que en el desarrollo de la lucha no hubiese ningún motivo que rompiera la unidad de los combatientes. Y el pueblo español logró todo lo que se proponía.

Ha atravesado el Ejército Popular por situaciones verdaderamente difíciles que permitieron que los titulares, de la prensa franquista, italiana y alemana, hablaran de nuestro próximo fin y que muchos lo creyeran. No conocían nuestro Ejército ni a nuestro pueblo. Sólo después de ver cómo en el frente del Este, un Ejército roto se convertía en el plazo de un mes en un Ejército capaz de atacar, comprendieron la fortaleza de nuestras unidades de combate: vieron nuevamente recetarse, teniendo siempre en cuenta la situación en cada momento, lo sucedido el 16 de julio, cuando la inmensa mayoría de un Ejército sublevado, que de antemano daba por segura la victoria, tuvo que inclinarse ante la voluntad de un pueblo donde cada hombre y cada mujer se sintió soldado.

La perspectiva de nuestra guerra es larga. Para vencer, nuestro pueblo ha dado cuanto tenía y lo ha puesto en manos de militares profesionales que se alzaron contra la tralación y de jefes y comisarios surgidos en el calor de los combates. Todos ellos, bajo la dirección de nuestro Gobierno, hicieron posibles las victorias de Madrid, Guadalajara, Brunete, Belchite y Teruel. Fueron artífices de un Ejército que atacó victoriosos. Son artífices de un Ejército al que atacan fuertemente pero que, a pesar de todo, resiste y desgasta al enemigo. Serán artífices de un Ejército que atacará mañana sin descanso, hasta que nuestro pueblo se desprenda y arroje de su Patria la garrá odiosa de los enemigos de nuestra independencia.

Y en los nuevos combates, la figura de gendaría de los comisarios aparecerá al frente de nuestros combatientes, mostrando les el camino que traza la voluntad del pueblo: luchar para vencer y vivir en una España próspera, libre e independiente.

La unidad y la disciplina en el Ejército Y LA FUNCION DE LOS COMISARIOS

(Del informe de Jesús Hernández al Pleno del C.C. del Partido)

Reproducimos a continuación un extracto del informe pronunciado en el último Pleno de nuestro Comité Central por el camarada Jesús Hernández:

«Camaradas: Está bien claro para nosotros que hoy no es posible plantear dentro de nuestro Partido ningún problema que no tenga una relación directa, inmediata, con la situación política que hoy vive nuestro país, y por lo tanto, con la situación militar.

¿Qué es lo que en todo el informe de nuestra camarada «Pasiónaria» se nos trazaba como línea general de nuestra actividad? La unidad.

La unidad, no solamente debemos entenderla nosotros en las relaciones con las demás fuerzas antifascistas de la retaguardia. Cuando nuestro país está en guerra, cuando llevamos 22 meses de lucha tan violenta y tan intensa como la que se desarrolla en España, nuestro problema esencial está en los frentes.

La unidad en el Ejército

La unidad dentro del Ejército, no se expresa con la misma facilidad o en la misma forma que podemos desarrollarla en la retaguardia. Allí, quizás por las mismas circunstancias, es más difícil el trabajo; por eso para los comunistas debe merecernos doble preocupación y atención esta unidad de nuestro Ejército.

La unidad para nosotros dentro del Ejército—lo ha destacado perfectamente en su informe la camarada Ochores—significa que seamos capaces de trabajar con todos, de entendernos con todos y de saber hacernos amigos, camaradas de todos, de los anarquistas, de los socialistas, de los republicanos, de gente sin Partido, de los mandos profesionales, de los de milicia y de los comisarios.

La declaración del Gobierno es la base sobre la que se quiere realizar y se tiene que realizar la unidad de todos los españoles. Y esta unidad hay que saberla oír dentro del Ejército, no importa con quién, siempre que sea un antifascista.

Un defecto que hay que corregir

Con muchísima frecuencia se produce el caso de cuando se va a trasladar a un mando militar de un frente para otro, o porque toma el mando en otra unidad, su preocupación es única y exclusivamente la de llevarse los cuadros que con él han estado, afirmando que se llevan perfectamente bien, que hacen un trabajo muy comprometido. Pero plantéase el problema de que tienen que ir a otras unidades a trabajar con mandos que no comulgan con su propia ideología, que no piensan o tienen el mismo concepto que él sobre lo que es nuestro Ejército, su disciplina y su moral, sobre cómo tenemos que trabajar a nuestros soldados, etc., eso todavía cuesta trabajo.

En este defecto general también incurren algunos camaradas nuestros, contribuyendo con ello a la formación de pequeños cotos cerrados de Partidos u organizaciones. Y claro, el que entre militantes de un mismo Partido u organización haya buen acuerdo, no es un problema del otro mundo. A corregir este defecto general, debemos dedicar una gran atención. Cuando nuestro Partido de una directriz, cuando traza una trayectoria o señala tareas se las dice a las comunistas para que las hagan comprender a los que no lo son, para que las fuerzas de los millares de militantes, de los que nos hablaban «Pasiónaria» y Checa, sean la fuerza motriz que allí donde se encuentren, en no importa que medida, en que ambiente, en que medio político, impulsen la realización de las tareas por parte de todo el pueblo.

Si no entendemos bien este problema, si es que todos nuestros camaradas, fundamentalmente nuestro Comité Central, no mete dentro de la cabeza de los camaradas encargados del trabajo político, militar, y de los mandos, de los comisarios afiliados al Partido que la función del Partido es hablar y trabajar con todos, fundamentalmente a los que no están dentro de nuestro Partido, difícilmente vamos a poder realizar la obra y la misión que el Partido nos ha enco-



mendado. Si en efecto queremos desarrollar dentro del Ejército, la política que aconseja nuestro Partido sin crear dificultades, sin ahondar diferencias, hay que mejorar nuestro trabajo, partiendo de este criterio de que nuestra obligación está en trabajar con todos, absolutamente con todos.

Un ejemplo

Tomemos un ejemplo, siempre dentro de esta línea de unidad que es indispensable realizar en el Ejército, cuando se pide a los mandos una relación para ascensos o cuando es necesario llevar mandos inferiores a categorías superiores, el único criterio que debe imponerse es el de la mayor capacidad. Si el más apto, si el que reúne mejores condiciones, es comunista, pues se asciende al comunista. Pero si las reúne el anarquista si es el más apto, el más capaz, o lo es el socialista, el republicano o el sin partido, deben ascender el sin partido, el republicano, el socialista o el anarquista.

Podríamos decir a algunos mandos y comisarios que se preocupasen más de los problemas de los soldados, de si comen o no comen, si hay rancho caliente o no; que se ocupasen de si tienen papel, de si reciben las cartas que les escriben, de la infinidad de problemas pequeños que preocupan a los soldados.

Podríamos decirles también que viviesen con más intensidad la vida de la trinchera, que vivan más cerca de los soldados, que conozcan aquello que les inquieta o les preocupa en un momento determinado y que ellos mismos se ofrezcan para dar solución a los problemas de estos compañeros. Que hagan la vida en los puestos de mando un poco más cerca, sin vivir a 60, 70 o 100 kilómetros de donde están sus fuerzas, ya que cuando el jefe de la unidad está tan lejos se producen hechos como los de Levante donde estamos haciendo unas fortificaciones y hemos tenido que reconocer con un poco de vergüenza que el responsable de la fortificación vivía a 60 kilómetros del lugar que se estaba fortificando. Cuando el responsable vive a 60 kilómetros, el capitán a 30, el teniente a 25 o a 20 y el cabo vive a 10 y se quedan los fortificadores solos, sin responsable, sin saber si se trabaja o no y como se trabaja.

El trabajo del Partido en el Ejército

Para corregir estos defectos, deben trabajar los comunistas en primera línea. Es necesario hacer observar que nadie debe entender que la política del Partido puede ser ir a estar hablando continuamente del marxismo leninismo a cada camarada que está luchando.

El trabajo del Partido dentro del Ejército tiene fundamentalmente a corregir sus debilidades, a hacerle fuerte y nadie podrá criticar esta función de los comunistas.

Unido a esto no solamente está ya lo que indicaba de preocuparse de las necesidades de los soldados, sino corregir la falta de crítica de algunas penas de amigos donde desaparece toda responsabilidad e impera la alegría en el trabajo, porque la falta que uno comete queda siempre tapada por la familiaridad y sin su correspondiente correctivo. Si queremos justamente poner disciplina dentro del Ejército tenemos que hacer, con nuestro ejemplo, que se exijan severas responsabilidades a todos los que no cumplen con su deber.

Nosotros partimos del principio de que en el Ejército la disciplina tiene que ser una disciplina militar; no cabe otra clase de interpretaciones. Pero dentro de esta disciplina militar hay una cosa para todos nuestros militantes que debe ser perfectamente comprendida. Hay dos formas de hacerse obedecer: bien por la autoridad que ejercen los galones que se llevan en la bocamanga, bien por la confianza y la seguridad que se da a los que tienen que obedecer... Ninguna de estas dos formas debe usarse asladamente. La autoridad del mando hay que hacerla respetar en todo momento, pero siempre también se debe procurar que el mando sea el mejor amigo, el más fiel compañero de no importa quién, del que esté a su lado, del que tiene que trabajar con él, y es así como conseguiremos inspirar fe y seguridad en los mandos que colaboran con él, que los soldados vean en él el mando militar, pero al mismo tiempo, el mejor camarada.

Todos estos casos diversos, variados, deben ser una constante preocupación de la dirección de nuestro Partido. Hay otros hechos que también se producen con mucha frecuencia y que son extremadamente peligrosos. Hay por ejemplo en una unidad mandos mejores y peores. ¡Ojalá fueran todos buenos, que no hubiera necesidad de escoger! Pero la tendencia general es que cuando hay que hacer un movimiento, una operación o situar estas líneas aquí o allá se escoge siempre entre una y dos divisiones a los mandos que se creen siempre los más seguros, diciendo «este es el mejor, este siempre ha sido el mejor». Y de esta forma el peor sigue siendo siempre el peor.

¿No sería mejor que se examinase siempre la convivencia de utilizar a lo que hay de utilizable dentro de cada unidad en vez de hacer una división entre buenos y malos y relegar a éstos? Sería conveniente y utilísimo que de cuando en cuando, entre dos o tres buenos se pudiese uno de los otros, se les enseñase a trabajar en las trincheras, en el campo, dentro de las unidades, pero con cariño, con atención, para que no sientan la desilusión de que siempre se les deja relegados como poco aptos, como un trasto inútil. Porque así tenemos el hecho que se está produciendo en nuestro Ejército, de que contamos con una cantidad enorme de hombres y tenemos un puñado de unidades, exclusivamente un puñado reducidísimo de unidades que tienen el título de su bravura y combatividad y tienen siempre que romperse el alma en los fre-



EN EL JARAMA, DURANTE LAS DURAS BATALLAS DE ENERO (Foto Walter).

tes como si los demás soldados y los demás hombres no sintieran la necesidad de batirse. Hay que buscar la mejor manera de utilizar a todos estos camaradas, y es en el ambiente de abnegación y de heroísmo donde mejor podrán forjarse.

La función de los comisarios

Veamos ahora lo que se refiere a la función de los comisarios. En efecto tenía razón nuestra camarada Dolores, tenían razón los compañeros que han criticado esta burocratización en que ha caído la actividad de los comisarios.

Hay muchos comisarios de División, de Brigada, de Batallón que vienen trabajando en este ambiente de burocratización, que no conocen ni a los que con ellos vienen trabajando, a lo más modesto de las unidades que es el delegado de la compañía, que es el hombre que vive con los soldados. Un comisario que no conoce bien a sus colaboradores que no conoce a sus soldados, pierde la razón de su existencia.

Hay otros que no ponen a contribuir su iniciativa para ayudar a resolver las dificultades en que se desenvuelve nuestro Ejército. Necesitados que nuestros consejeros tengan iniciativa para ayudar a resolver problemas como el que se ha planteado aquí, de la fortificación, sin poner como pretexto el no tener picos ni palas. En algunos frentes no había picos ni picos y se han creado talleres que pro-

ducen picos y palas y con ellos se hacen fortificaciones. Lo mismo se puede hacer en otras partes con mayor o menor intensidad.

Una forma de luchar contra esta burocratización del comisariado, podría consistir en la organización de una especie de buzón o cuaderno de consultas donde cada uno de los soldados pudiera preguntar a su delegado de compañía o a su comisario aquellos problemas que se le ocurran. Por que al tener que contestar el comisario o delegado de compañía en charla abierta a todas las preguntas que le han hecho los soldados se establece una vida política más intensa y se tendrá que terminar con lo que venía ocurriendo, que llegaban nuestros comisarios como los pregoneros a dar una Conferencia y se iban sin saber si habían convencido o no.

Es decir, se había llegado a un relajamiento de la autoridad del comisario y se debe terminar con esto introduciendo el derecho de los soldados a discutir y que los comisarios discutan con los soldados. Será una forma para que el comisario tenga que preocuparse de todos sus problemas.

Yo he querido llamar vuestra atención sobre algunos aspectos vivos de cuál debe ser nuestra norma de conducta dentro del Ejército sin olvidar que ésta es la línea de nuestro Partido.

«El informe de nuestra camarada «Pasiónaria» se ha dedicado un máximo de atención a los problemas de tipo militar; sin resolverlos no nos sirve para nada todo lo demás que hagamos.»

A los dos años de guerra

por el teniente coronel Francisco GALÁN



El teniente coronel GALÁN, en las jornadas de Somosierra

La curva de este ejército ¿podemos considerarla ascendente? No, el ejército de Franco describe una curva descendente. Su demagogia fué descubierta fácilmente y las fuerzas invasoras llegadas a España pusieron de manifiesto el carácter de la lucha que llevan contra «el pueblo español».

Nadie piensa ya que se trate de una guerra civil viéndolo guerrear en territorio español a moros, italianos y alemanes. Nadie piensa en una lucha religiosa desarrollada por mahometanos y nazis anticatólicos. Nadie piensa en un mañana de unidad política si no se atreven a definir el

Estado que ha de agruparles (si los carlistas quieren rey, los falangistas lo rechazan). Nadie piensa en un mañana de paz, si el propio general Kindelán afirma, al dictado de sus amos los extranjeros, que la aviación de Franco puede arrasar las poblaciones francesas del Mediodía. Nadie piensa en un mañana de trabajo, de justicia social, si los hombres del trabajo son maltratados y muertos por el simple hecho de militar en organizaciones sindicales con fines revolucionarios.

¿Puede afirmarse lo mismo de nuestro ejército, en continua superación, tanto en el terreno político como en el orgánico, tanto en su aspecto administrativo como en su armamento, tanto en el entrenamiento de sus unidades como en la capacitación de sus mandos; puede dudarse de la dirección ascendente que su vida describe?

Mientras el ejército invasor camina hacia el desprecio de todos, el nuestro se abre camino con su generosidad, abnegación y disciplina. Mientras la curva es descendente en el ejército faccioso, ascendente lo es en el nuestro. Mientras los invasores hablan con menosprecio de Franco, nosotros acogemos a todos los españoles de un lado y otro dispuestos a salvar la integridad nacional del despotismo invasor.

El 19 de julio, fecha memorable para todos, no sólo ha de servir de tope para hacer balance de nuestro trabajo, sino para marcarnos tareas nuevas a fin de acelerar el ritmo ascendente de nuestro desarrollo, arma la más eficaz para acelerar también el ritmo descendente de nuestros enemigos. Y esas tareas no pueden ser otras que las ya trazadas con tanto acierto por nuestro Gobierno de Unión Nacional y que se condensan en esa consigna que el mundo entero ve cómo el Ejército Popular la ha convertido en hechos múltiples de heroísmo indomito.

Resistir, resistir, para atacar y vencer.

5. Respeto a las libertades regionales, sin menoscabo de la unidad española. Protección y fomento el desarrollo de la personalidad y particularidades de los distintos pueblos que integran España, como lo imponen un derecho y un hecho histórico, lo que, lejos de significar una disgregación de la nación, constituye la mejor soldadura entre los elementos que la integran.

El carácter de nuestra lucha y la colaboración en ella de todas las fuerzas nacionales

En el Pleno que el Comité Central del Partido Comunista celebró en mayo pasado en Madrid, nuestro camarada Vicente Uribe, miembro del Buró Político, pronunció un magnífico informe, que permanece inédito para nuestros lectores.

A continuación recogemos diversos párrafos de este informe:

Sobre el carácter de nuestra lucha

«Yo quiero acentuar el aspecto capital del informe de Dolores.

«Yo tengo la impresión, compañeros, que, por nuestra parte no tenemos todavía la claridad necesaria acerca del carácter de nuestra lucha en el período actual. Hablamos del carácter de nuestra guerra, de sus particularismos actuales como guerra de independencia para echar de España al invasor y mantener en nuestro país un régimen de libertad y de democracia. Pero en las intervenciones de los camaradas del Comité Central y de los secretarios de los Comités provinciales no me parece que se ha pa-



El camarada Vicente Uribe, ministro de Agricultura

rado suficientemente la atención sobre lo que en el terreno político esto debe significar para nosotros y para todo el pueblo español.

«El informe de Dolores habla de forma muy particular de este carácter de nuestra guerra en este período. El Buró Político ha llamado la atención sobre el particular también y el documento del Gobierno comienza con la afirmación rotunda y categórica de que el Gobierno de la República lucha por echar de España al invasor y por mantener la independencia y la integridad territorial de nuestra patria.

«Que nadie piense que afirmaciones de esta naturaleza constituyen invenciones o posturas con fines propagandísticos para esconder tras de ellas segundos propósitos. Está claro que si tal convicción existiera habría de repercutir—y no favorablemente para nuestra causa—en la actuación política de quienes la mantuvieran. Por eso, compañeros, es necesario penetrarse íntimamente de la exactitud de esa afirmación en cuanto se refiere al carácter de la guerra; y en el interés de demostrar efectivamente este carácter, yo voy a dar algunos elementos de juicio.

Mirada a la zona invadida

«El primero y más fundamental, es que echemos una mirada hacia lo que es hoy la España fascista, que régimen económico, que régimen político imperan, y quién dirige allí efectivamente en el terreno económico y en el terreno militar.

«El imperialismo fascista alemán e italiano domina hoy indiscutiblemente la zona española que no está sometida a la jurisdicción de la República.

«Franco y sus cófrades son los cayos del fascismo alemán e italiano. En el terreno económico son Alemania e Italia quienes mandan.

«Para nadie es un secreto que los productos agrícolas de aquella zona salen en grandes cantidades para abas-

tecer a Alemania e Italia. Las materias primas, los minerales, el cobre y otros productos los llevan Alemania e Italia a sus países respectivos para su política de guerra. Porque han logrado en España, abriéndoles como les han abierto las fronteras y el paso los traidores, las materias primas que el imperialismo encuentra dificultades para agenciarse en otro sitio. En el terreno financiero y económico, ellos han instalado toda una serie de empresas en esa parte del territorio nacional que explotan en beneficio de los imperialistas alemanes e italianos, saqueando al pobre pueblo español que está bajo su dominio. Hay infinidad de colonos italianos en algunas zonas de Andalucía a quienes les han entregado parte del terreno para explotar nuestro suelo como si esa zona andaluza fuera absolutamente igual que Abisinia. Prácticamente ese territorio nacional está siendo explotado por los fascistas extranjeros, exactamente igual que en un régimen colonial.

«En el terreno político lo que allí existe como titulado gobierno no es ni mucho menos un organismo dueño de sus determinaciones ni dueño de sus acuerdos; es un grupo de marionetas que lo único que hacen es cumplir las órdenes de sus amos Hitler y Mussolini.

«Así pues la zona fascista es una colonia de Italia y Alemania. Si fuéramos vencidos, si la República fuera vencida, toda España sería una colonia de Italia y Alemania. Se implantaría aquí un régimen de tipo fascista colonial, se haría desaparecer a España como nación libre e independiente, nuestro país sería un juguete en las manos de estos elementos para su política de guerra, para su política de invasión y de ataque a la democracia internacional y para su política, también, contra el proletariado internacional, contra la Unión Soviética. ¿En qué consiste pues el carácter de nuestra guerra? Luchamos para echar de España a los extranjeros fascistas. Este es el carácter de nuestra guerra. Luchamos para echar de España al imperialismo fascista que ha buscado y que busca con sus elementos militares traídos a la zona fascista, la dominación de nuestro país, su desaparición como entidad política, nacional e independiente.

Los golpes militares sufridos

«No nos han derrotado. Esperamos que no nos derrotarán, pero no podemos negar, compañeros, que el golpe que nos han dado ha sido serio; y por esto habremos visto en el informe de Dolores, a la par que esta apreciación perfectamente exacta de las características de la guerra actualmente, una crítica seria, fuerte, de todas nuestras debilidades, de nuestros errores, de nuestros defectos.

«Debemos tener en cuenta que en nuestra situación, en las condiciones en que hoy nos encontramos en el terreno militar no nos podemos permitir el lujo de sufrir derrotas. Hemos de poner a contribución todo el esfuerzo nacional para impedir que en ningún frente el fascismo extranjero pueda colocarnos en situaciones tan difíciles en el terreno militar como las producidas por el derrumbamiento del Frente del Este. Y es que no es posible. Porque compañeros—y de esto habló muy bien Dolores en su informe—podemos encontrarnos cuando queramos darnos cuenta, con que ya no tenemos territorio que defender. Y esto hay que impedirlo. Para ello ha-

Del informe del camarada Uribe, ante el Comité Central del Partido

mamos la atención de todos los mandos, comunistas y no comunistas. El destino de nuestro país está en nuestras manos.

ducido estos ataques

El trabajo del Partido

«¿Qué es lo primero que necesitamos para eso, compañeros? Lo primero que necesitamos es que el Partido corrija sus defectos. Hemos insistido muchísimas veces en decir que la guerra no la podemos ganar sólo los comunistas; que no es posible, que vamos a ganar la guerra todos juntos, siendo todos activos, movilizándolo todos los recursos humanos y económicos del país. Yo he oído aquí algunas afirmaciones que francamente no me han agradado nada.

«Lucha. Lo que nos interesa no es sólo que los comunistas sean fuertes, sino que lo sea todo el mundo, porque así podremos llevar adelante la guerra, y estar orgullosos de esa magnífica actividad, sensibilidad de que ha dado prueba el Partido en este último período. Esto es algo fundamental. Nuestro trabajo tiene que conseguir que junto a nosotros desarrollen la misma actividad social, política y militar todos los elementos de la nación: los republicanos, los socialistas, los anarquistas, los elementos sindicales, los ciudadanos, incluso, que no estando educados en ninguna ideología política particular sienten la necesidad y tienen la voluntad de luchar por la independencia de su país. Poco nos puede servir que, siendo nosotros muy activos, corramos tanto que dejemos a todos los demás muy atrás. Necesitamos correr, sí, necesitamos marchar muy de prisa, no tenemos mucho tiempo ya, pero necesitamos ir todos juntos. Y el esfuerzo capital de nuestro Partido debe ir hoy dirigido, orientado, a que todo el mundo sea activo con nosotros en la resolución de estos problemas capitales que la situación militar y económica coloca frente a nosotros. Por esto, lo que se dice en el informe de la actividad de nuestro Partido debe servir para que todos los compañeros vean de cara los defectos de su trabajo, las debilidades de sus conductas, sobre todo en el terreno de la unidad activa que es el aspecto capital a resolver. Me parece que los camaradas no han recogido como deberían esta invitación que, a través del informe, se hace a los hombres más responsables de nuestro Partido para que vean de verdad qué es lo que necesitamos cambiar en nuestra actuación, en nuestra actividad.

Nuestro programa

«No hay duda de que la guerra de



UN TREN CON LOS PRIMEROS MILICIANOS DE JULIO, QUE VAN AL FRENTE

independencia exige un esfuerzo sobrehumano, para que todos los factores que puedan entrar en la acumulación de estas energías nos den el máximo rendimiento.

«El Gobierno ha publicado su programa. En el terreno social y económico se hacen concesiones a otras fuerzas, a fuerzas que política y socialmente no son proletarias, pero que representan mucho en el terreno nacional y a quienes nosotros tenemos que hacer estas concesiones tanto por nosotros como por ellos. Es necesario que esta conclusión de orden político sea efectivamente comprendida por el Partido para que pueda ser comprendida por todo el pueblo.

«El programa del Gobierno significa un conjunto de coincidencias fundamentales de todas las fuerzas de la nación.

«Durante mucho tiempo nosotros hemos preconizado un programa de Frente Popular, un programa de todas las fuerzas de Frente Popular que fuera el lazo de unión efectiva para dar inmediata satisfacción a las aspiraciones de todas las capas populares dentro de las circunstancias actuales, con el fin de poder realizar esta eficaz unidad nacional. Unidad nacional alrededor de algo concreto que permitiera al país lograr conquistas y guardadas en la lucha por la independencia nacional. De esta forma podríamos realizar esta movilización general que nos dé lo que necesitamos en estos momentos.

«Hay que ver las cosas desde el punto de vista de la situación real. Y desde este punto de vista, lo que necesitamos principalmente es un programa efectivo, un lazo de unión eficaz, porque incluso las más caras aspiraciones del proletariado no podrán ser jamás llevadas a la práctica sin la independencia nacional. Todo lo que nosotros podamos esperar, todo lo que nosotros podamos desear para nuestro país está subordinado al ganar la guerra, a arrojar al invasor, y a crear este régimen de libertad, bajo la bandera de la República y de la unidad de todas las fuerzas nacionales.

«Por esto no se puede decir: «Ahora es damos un poquito para quitarnos mañana», sino por el contrario hay que dar garantía, en este período histórico, a estos hombres de que sus intereses, el interés nacional están asegurados y que pueden sinceramente prestar su colaboración para arrojar de nuestro país al fascismo invasor y al imperialismo extranjero.

«El trabajo práctico en esta dirección, por parte de las organizaciones del Partido debe ofrecer resultados inmediatos. Porque tenemos necesidad

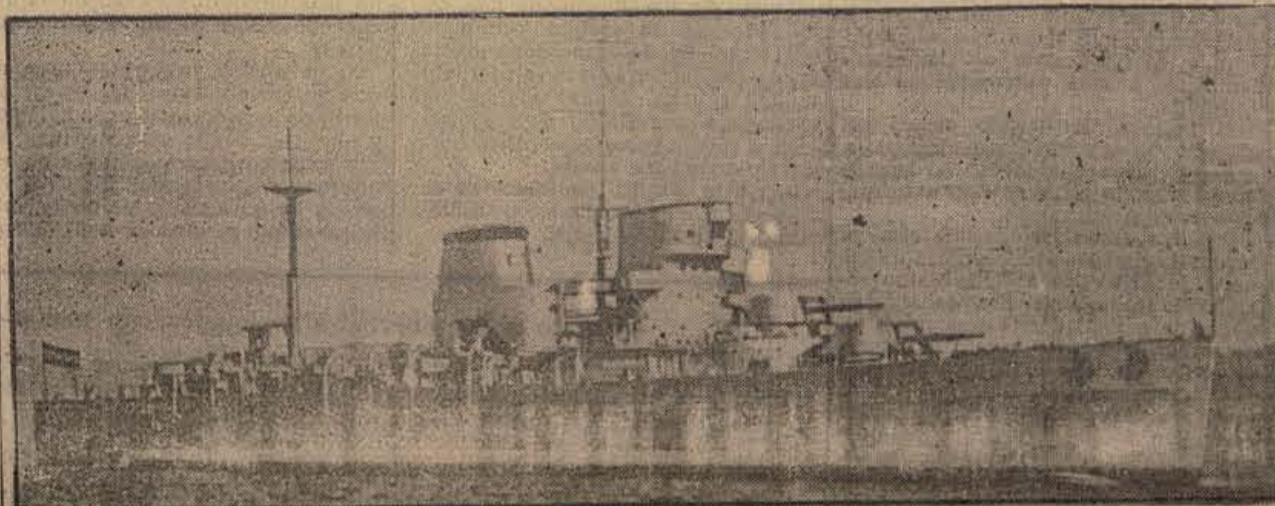
y queremos que la unión de todos dé el resultado que la guerra exige.

«Ya sabemos que en el terreno económico, en algunos casos hay diferencias que pueden producir roturas más o menos graves entre las capas sociales de la población, pero tenemos que estar dispuestos, con vistas a la defensa de la República y al interés de la guerra por la independencia nacional, a crear las condiciones precisas para incorporar de una forma activa a la lucha, a toda una serie de elementos que, por no haber seguido sin duda con ellos una política adecuada a las circunstancias, no han dado, ni dan en el terreno económico, en el terreno político, en el terreno de la colaboración con todas las fuerzas, la ayuda y el esfuerzo que podrían dar. «Nosotros tenemos que ver la forma de lograr la colaboración más amplia de todas las fuerzas nacionales.

La política militar

«Voy a terminar, camaradas, diciendo que en el terreno de la política militar, factor que lo decide todo, el Gobierno y el Ministerio de Defensa Nacional están bien orientados. Al lado de defectos que se han señalado en nuestro Ejército, por cuya corrección debemos luchar todos juntos, hay un progreso que nos ha costado mucho tiempo conseguirlo: Y es que se inicia una política de formación de reservas, de acumulación de energías para aumentar la potencia de nuestro Ejército, con la firmeza, con el sentido de responsabilidad correspondientes a estos momentos. En el frente y en la dirección de la política militar hay hombres que creen en el triunfo—cosa que no siempre hemos tenido—que creen en el triunfo, que piensan en vencer, es decir dispuestos a dar los pesos necesarios para llegar a la victoria. Y en estas orientaciones acertadas que corresponden a la política militar necesaria para la República, el Partido, sus militantes, sus afiliados, allí donde se encuentren han de prestar la máxima colaboración, para que sean eficaces y salven los obstáculos; para evitar que el enemigo o gente que no comprende cometan atentados que dificulten el camino de esta política militar. Un factor de colaboración en esta política es la disciplina de nuestros militantes en el Ejército; deben ser no sólo los más disciplinados sino efectivamente disciplinados, capaces y responsables de su misión. Que todos nuestros camaradas tomen nota de la intervención de Dolores y de otros compañeros para lograr que se realice totalmente la unidad de nuestro Ejército: que cualquiera que sea la organización o partido en que estén adscritos los mandos o comisarios, veamos en ellos sobre todo, naturalmente comprobada su lealtad militar, los hombres a quienes la República y el pueblo da una responsabilidad en cuyo ejercicio tenemos que ayudarles; que su designación no es algo personal, ni privativo de Partidos y organizaciones, sino que se hace en nombre de todo el país, en nombre de la patria.

«Los coletazos de sectarismo que todavía se dan por ahí, deben ser aniquilados y de esta forma, compañeros del Comité Central y del Partido, cualquiera que sean las dificultades del porvenir, sabremos vencerlas, y de esa forma podremos lograr el triunfo y la independencia de nuestra patria.»



EL CRUCERO «BALEARÉS», HUNDIDO POR LA FLOTA REPUBLICANA

"La Internacional Comunista os asegura que hace todo lo que está en su poder para que el proletariado mundial cumpla su deber para con sus hermanos españoles"

Saludo a nuestro Partido y a todo el pueblo de España

Al Comité Central del Partido Comunista de España

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista os envía a vosotros y a todos los que luchan por la causa de la libertad y de la independencia de la España republicana, calurosos y fraternales saludos del Ejército de millones de hombres del Partido mundial del proletariado revolucionario.

Dos años hace ya que el pueblo español sostiene una lucha heroica sin precedentes contra los generales traidores a su patria y contra los invasores fascistas italianos y alemanes, que quieren destruir su independencia nacional. Con voluntad indomable, con valor heroico y con decisión, el pueblo español lucha contra el fascismo bárbaro, en defensa de su libertad, por liberar a su país de los conquistadores extranjeros.

La lucha de España es la lucha por la causa de toda la Humanidad, por la paz, por la democracia y por el progreso en todo el mundo. En las trincheras de España se está librando una gran batalla, cuyas consecuencias tienen una importancia histórica mundial. Dos años de resistencia tenaz del pueblo español han desbaratado los planes de rapina de los fascistas provocadores de guerras y han asado un sensible golpe a su política de incendiarios de guerras. Dos años de resistencia tenaz del pueblo español han reforzado enormemente la voluntad de resistencia de las masas populares contra la agresión fascista en los demás países y han producido un gran ascenso en el movimiento antifascista democrático.

La lucha es dura, el enemigo es de una crueldad bárbara. El pueblo español se halla frente a un adversario técnicamente mejor equipado. La lucha contra este enemigo exige la concentración de todas las fuerzas del pueblo español. En la unidad de su clase obrera, en la consolidación general del Frente Popular, en la estrecha unión alrededor del Gobierno legítimo de la República, en el reforzamiento constante de su Ejército Popular y en la movilización de todas las fuerzas del pueblo para la organización victoriosa de la resistencia, posee el pueblo español la garantía decisiva para la victoria de su justa causa.

Con profunda indignación y repugnancia denuncia la Internacional Comunista a los que bajo la máscara hipócrita de la «no intervención» bloquean a la España republicana y contemplan indiferentes los terribles destrozos del país, de sus lugares de cultura y el asesinato en masa de niños y mujeres indefensas, ayudando con su política a la barbarie. La Internacional Comunista denuncia a la camarilla fascizante de los conservadores

ingleses y a sus aliados en el campo de la reacción francesa, como corresponsables de la agresión fascista, de los terribles sufrimientos y de las innumerables víctimas del pueblo español.

La lucha decisiva contra la «quinta columna» del fascismo, contra los traidores a la causa de España y contra los derrotistas cobardes y capituladores, que sostiene la clase obrera española con ejemplar energía, cuenta con el apoyo entusiasta de los trabajadores de todo el mundo. La liquidación definitiva de las bandas de espías trostkistas del P. O. U. M., será una de las condiciones más importantes para la victoria sobre los fascistas incendiarios de guerras.

El mundo entero es testigo de cómo el pueblo español defiende su patria, su libertad, su indepen-

dencia, la democracia y el progreso contra el fascismo. Si a esta defensa han contestado los fascistas provocadores de guerras, en su rabia desesperada, con la multiplicación de sus fuerzas de intervención, el deber de los partidos y organizaciones del proletariado mundial es, más que nunca, prestar al pueblo español su firme solidaridad y activar su apoyo unánime. Todas las fuerzas de la democracia que debían ver en el heroico pueblo español también al defensor de sus propios intereses, tienen el deber de apretar más aún sus filas para ayudar al pueblo español. Porque, como ha declarado el camarada Stalin, en su telegrama al camarada José Díaz: «La liberación de España del yugo del fascismo reaccionario no es un asunto particular de los españoles, sino la causa común de toda la Humanidad avanzada y progresiva».

En el segundo aniversario de la lucha heroica, la Internacional Comunista os asegura que hace todo lo que está en su poder para que el proletariado mundial cumpla su deber para con sus hermanos españoles, para asegurar y acelerar la victoria del pueblo español sobre el látigo de la Humanidad: el fascismo.

COMITE EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El secretario general,

JORGE DIMITROF

"Para ayudar al pueblo español son necesarias las acciones concretas de las fuerzas sociales y, particularmente, la acción unida del proletariado internacional"

Extracto de un artículo de JORGE DIMITROF

Moscú, 18. — En un escrito con motivo del segundo aniversario de la lucha heroica de España, y que publicaremos íntegramente, Jorge Dimitrof recuerda el origen de la guerra del pueblo español y la participación de Alemania e Italia. Refiriéndose a la iniciación de las operaciones militares de los intervencionistas fascistas, dice lo siguiente: «Es necesario tener la inaudita hipocresía



para negar la presencia de las tropas intervencionistas en España, la destrucción de las ciudades españolas, los asesinatos de mujeres y niños, el hundimiento de barcos mercantes por los aviones italianos y alemanes;

y para afirmar que en España no hay más que una lucha interior entre los mismos españoles

La camarilla de los conservadores ingleses y de sus aliados, el partido de la reacción francesa, juntamente con los agresores fascistas, tienen gran parte de responsabilidad en los horribles sufrimientos y en el sacrificio de las víctimas innumerables del pueblo español.

Estos dos años de lucha en España han hecho aparecer considerables fuerzas nuevas, que han mostrado su decisión inquebrantable de llegar hasta el fin y de obtener la victoria sobre los fascistas. El factor decisivo en todos los éxitos del pueblo español pertenece al Frente único proletario y popular. El Partido Comunista de España, iniciador del Frente Popular, después de muchos años, lucha consecuente y obstinadamente por la unidad del proletariado español, por la unión de todas las fuerzas del pueblo contra la reacción y el fascismo. Toda la marcha de la lucha del pueblo español contra los invasores ha confirmado de manera irrefutable la exactitud de la política del Frente Popular. Sin este Frente el pueblo español habría estado desde hace mucho tiempo desorganizado interiormente, aplastado y oprimido por los conquistadores fascistas.

La lucha heroica del pueblo español tiene una considerable significación internacional. Los trabajadores de todos los países encuentran numerosas y rotundas lecciones en los acontecimientos de España y, ante todo, la que los comunistas recuerdan constantemente: «No retraséis la lucha contra el fascismo, no desdéis el peligro fascista. Hay que oponer al fascismo las fuerzas de la clase obrera unificada y de las más amplias masas unidas en el Frente Popular antifascista».

Mucho tiempo antes de la rebelión, el Partido Comunista de España recomendó que se destituyeran a los generales reaccionarios, que se armase al pueblo y se tomaran otras medidas eficaces para la defensa de la República. Y ahora, cuando el Partido Comunista de Francia ha desenmascarado a los «cagoulards» y otros conspiradores fascistas, cuando los comunistas de Checoslovaquia han descubierto las intrigas de los agentes hitlerianos; cuando los comunistas de Inglaterra denuncian la política de Chamberlain, ante los ojos de los trabajadores debe surgir el ejemplo de España.

A continuación Dimitrof habla del apoyo de la clase obrera y de los antifascistas del mundo entero a la lucha del pueblo español y particularmente

de la solidaridad de los pueblos de la U.R.S.S. y del papel de las Brigadas Internacionales en la lucha contra las tropas fascistas, y dice: «Sin embargo, la clase obrera y antifascista de los países burgueses no ha podido proporcionar todavía al pueblo español lo que es más necesario: el derecho a comprar libremente los medios necesarios para su defensa; no han obtenido el levantamiento del bloqueo de la España republicana, no han podido vencer la política nefasta de no-intervención, no han obtenido el cese del apoyo directo e indirecto prestado a los intervencionistas fascistas por las potencias decisivas de la Europa occidental. La clase obrera de los países capitalistas no ha cumplido todavía hasta el fin su deber con el pueblo español. El pueblo español durante estos dos años ha hecho mucho más por la defensa de la causa de la paz universal y del progreso, de lo que han hecho hasta ahora los trabajadores de los países capitalistas por el sostenimiento del pueblo español. Muchas veces se ha dirigido la Internacional Comunista a la II Internacional y a la Federación Sindical Internacional, proponiéndoles una acción común. Y cada una de estas veces los representantes de estas últimas han hecho declaraciones de solidaridad con el pueblo español, han pronunciado palabras de aprobación contra el bloqueo de España republicana.

a consentir en organizar actos comunes del proletariado internacional, los únicos que pueden dar los resultados positivos necesarios. Para ayudar verdaderamente al pueblo español, son necesarias las acciones concretas de las fuerzas sociales, y particularmente la acción unida del proletariado internacional. La sangre vertida por el pueblo español lanza a otros pueblos a la lucha contra el fascismo, sobre los campos de la inmensa China, en el lejano México y en el campo mismo de su enemigo mortal, en los propios países fascistas. Como conclusión, Dimitrof recuerda las palabras de Stalin, que dice que la liberación de España es la causa común de toda la Humanidad avanzada, y añade:

«Realizar esta obra común significa en la situación internacional actual, no sólo ayudar al pueblo español, sino erradicar el paso a la ofensiva internacional del fascismo bárbaro, salvaguardar la paz general».

Dentro de algunos días publicaremos íntegro el artículo de Dimitroff. — A.I.M.A.

En 19 de julio de 1938

Por ANTONIO MACHADO

En el segundo aniversario de la sublevación militar con que dió comienzo la llamada guerra de España, los leales al Gobierno legítimo de la República española tenemos una plena conciencia de nuestra posición y de nuestra fuerza. Luchamos contra los traidores de casa y los ladrones de fuera; contra pandillas de militares, dispersos y mediatizados, que ya no pueden llamarse españoles, aunque antes lo fueran, porque la traición desnaturaliza, y contra las fuerzas armadas (no menos viles, aunque mucho más poderosas) que el racismo alemán, el fascismo italiano y el hambre mora han introducido en España, con el auxilio de un pequeño pueblo servil y de la hipocresía diplomática, imperante en las esferas conservadoras de las democracias del Occidente europeo. Luchamos contra todos ellos, sin ánimo de rendirnos, seguros de la victoria, seguros, sobre todo, de merecerla. La guerra ha entrado en su tercera

fase. Primero, la traición; después, la invasión ocoarada y disfrazada; hoy, la guerra descarada contra la independencia de una nación.

Nuestro problema único es la defensa del territorio español y del destino de nuestro pueblo. Estamos seguros de que los hombres de la España invadida, los que sufren más directamente el yugo de Italia y de Alemania, no han de renunciar a ser españoles. Porque España ha perdido, como otros muchos pueblos, albergar la traición de algunos de sus hijos, pero no ha sido nunca un país de traidores. Porque suponemos que esta convicción ha de abrirse paso en sus conciencias, los tenemos nuestros brazos leales, en este solemne día 19 de julio de 1938, y los llamados a luchar, como nosotros, al lado del Gobierno legítimo de España, sin otro título que el de españoles, contra la invasión extranjera.

España, ejemplo de unidad frente al fascismo

Declaraciones de Franz Dahlen, secretario general del Partido Comunista alemán

«Hitler ha obtenido la victoria entre nosotros porque la clase obrera estaba dividida, porque ha podido derro-

tar a sus adversarios dispersos, uno tras otro; pero la pequeña España, aunque en condiciones terriblemente desfavorables, hace frente desde hace ya dos años a dos grandes potencias fascistas. Les hace frente sobre la base de la unión de todos los partidos y organizaciones antifascistas del Frente Popular; sobre la base de un frente único de lucha, cada vez más fuerte y sólido, de los comunistas y los socialistas. Tales son las enseñanzas que queremos sacar de la conmemoración de este segundo aniversario de la lucha heroica del animoso pueblo español, que ya ha sacrificado mucho por su propia libertad y por su independencia, al mismo tiempo que por la paz del mundo, y que orgulloso y seguro continúa convenciendo a los demás de su victoria». — A. I. M. A.

FRONTON NOVEDADES

Hoy, tarde, a las 3.45. A. Pala: AZURMENDI — IZAGUIRRE 1

Noche, no hay función.

SOLOZABAL — I. NAMUNO

Detalles por carteles.

7. El Estado español garantizará la propiedad legal y legítimamente adquirida dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección a los elementos productores. Sin merma de la iniciativa individual, impedirá que la acumulación de riqueza pueda conducir a la explotación del ciudadano y sojuzgue a la colectividad, desvirtuando la acción controladora del Estado en la vida económica y social. A este fin se impulsará el desarrollo de la pequeña propiedad, se garantizará el patrimonio familiar y se estimularán todas las medidas que lleven a un mejoramiento económico, moral y racial de las clases productoras.

La propiedad y los intereses legítimos de los extranjeros que no hayan ayudado a la rebelión serán respetados y se examinará, con miras a las indemnizaciones que correspondan, los perjuicios involuntariamente causados en el curso de la guerra. Para el estudio de estos daños, el Gobierno de la República creó ya la Comisión de Reclamaciones extranjeras.

LOS DOS AÑOS DEL EJERCITO POPULAR

(Viene de la página 8)

ra los que pretenden contribuir con su complicidad diplomática, eficiente, bárbaramente injusta, el acoso brutal de ese ejército.

¡Dos años! ¡Dos años! Ese combatiente español que ahora tiene no importa qué grado y está no importa en qué brigada sabe bien lo que han sido. Le dieron una pistola con cuatro balas en la Casa del Pueblo tal día como hoy; después le entregaron un fusil en el quinto regimiento; en el Jarama le pusieron un casco sobre la altura de los ojos y le dieron una bayoneta muy aguda. Y le hicieron olvidar la palabra miliciano. Ha visto caer a las camaradas día por día hasta horrorarse los primeros en la niebla de un «enfrentamiento» lejano. Ha visto conquistar sus ascensos a los camaradas, conocer todas las penas, todas las penas y las dificultades y las glorias. El sabe cómo se amasan y se amulan el entusiasmo, el dolor, el tesón invencible, el amor a la gran obra entrañable cuando en un acto solemne se grita: ¡Viva el Ejército Popular!

Entre nosotros

El hecho glorioso de la existencia de nuestro Ejército no quiere decir que no tengamos en él nada que superar. Todavía tiene defectos, y los tiene grandes. No hemos logrado rebasar la como paradoja doctrinal que nos dificultaba la disciplina. Falta aún disciplina en el Ejército. Hay que aumentarla hasta toda su tensión rigidamente militar. Nadie tiene la culpa de que esto sea preciso, como nadie entre nosotros la tiene de que se nos quiera robar la patria sin ninguna justificación. Falta todavía capacitación en muchos mandos, que no han comprendido bien el problema que nos ha planteado en este aspecto el gran enemigo técnico que tenemos enfrente. El Comisariado, la creación magnífica de nuestro Ejército, no ha llegado a la perfección. No como entidad ni

en cuanto a su dirección responsable. En este sentido tiene en su haber lo mejor de nuestros dos años de resistencia. Pero todavía hay comisarios muy buenos, buenos, mediocres y malos. No debe haberlos más que buenos. El comisario tiene que ser el hombre saturado de responsabilidad. Que sienta en su cerebro y en el gesto de sus acciones y en su sangre el peso de la responsabilidad. Y otras deficiencias de índole técnico y material a las que no negamos en casi ninguna ocasión su condición de inevitables.

Todo ello no aminora, ni niega, ni empaña, ni rebaja esa obra tan emocionalmente nuestra, gigantesca, para el asombro del mundo, glorificada de banderas y hombres, que es el Ejército Popular español.

Con sus dos años sangrientos, sudorosos, alegres y grandes de defensa de la tierra. Cubriendo con su gran cuerpo único—desde el que lleva un palo de camilla hasta el general en su Estado Mayor—las trincheras de la patria.

Clemente Cimorra

Barcelona, 19 de julio de 1938.

UNA ACLARACION

Hemos recibido, para su publicación, la siguiente nota:

Algunos periódicos, al dar publicidad, en el día de ayer, a la condena impuesta por los Tribunales al comisario Juan Hierro Arcos, se limitaron a consignar su primer apellido. El hecho se presta a lamentables confusiones, que ya he comenzado a tocar.

Como hombre de Partido y como miembro del Comisariado General, me interesa hacer constar que no se trata de mí, que continúo desempeñando las funciones de mi cargo al lado del Secretario general del Comisariado de Guerra hasta que mis superiores jerárquicos dispongan otra cosa.

Barcelona, 17 de julio de 1938.

ANTONIO HIERRO MURIEL

8. Profunda reforma agraria que liquide la vieja aristocrática propiedad semifeudal que, carente de sentido humano, nacional y patriótico, ha sido siempre el mayor obstáculo para el desarrollo de las grandes posibilidades del país. Asentamiento de la nueva España sobre una amplia y sólida democracia campesina, dueña de la tierra que trabaja.

(Viene de la página 5)

En Bilbao—uno de los centros industriales más codiciados—los alemanes se han apoderado de todo. Toneladas y toneladas de hierro salen para los puertos hitlerianos. Las más importantes fábricas de toda Euzkadi están bajo el dominio de los agentes del «führer». Pasajes puede considerarse en estos momentos como un puerto alemán por donde las tropas invasoras se surten de material sin que se altere la no intervención y por donde salen día a día las riquezas españolas.

Todo sale de la España sojuzgada. Todo lo roban y se lo llevan los agresores. Las naranjas, el aceite, el vino, los minerales, los objetos artísticos, los frutos, las hortalizas. A veces los cereales. Las últimas noticias de la Andalucía invadida acusan la falta absoluta de pan.

El hambre fascista de Alemania e Italia ha encontrado en el suelo espléndido de aquella España infortunada un formidable botín.

Otros aspectos de la invasión

La invasión ha tendido una red de actividades y propagandas en toda la zona.

Los italianos, por medio de una policía especial, ejercen un riguroso control en los puertos y carreteras. La Gestapo ha establecido unas oficinas, y sus agentes, que se infiltran en todas partes, realizan libremente sus tareas características. Hay que destacar el tono subrepticio, de dominio «guero y duradero», que los alemanes imprimen a su labor. Mientras los italianos han ido acumulando soldados y oficiales, ellos han llenado el territorio de técnicos. Los técnicos hitlerianos están en las fábricas, en los talleres, en las oficinas, en la artillería, en tanques, en aviación. Son el Estado Mayor de la retaguardia. Un Estado Mayor que, como los otros Estados Mayores del frente, también italianos y alemanes, prepara para el futuro la desaparición total de España como nación y aun como pueblo.

En muchas escuelas se obliga a aprender el idioma italiano, y en toda el territorio circulan tarjetas con las efigies de Hitler y Mussolini.

El desprecio de los invasores por los españoles lo llevan hasta el extremo

España vendida e invadida

de vivir separados de estos en algunas ciudades. Ahí está el caso de Sevilla. En Sevilla, la barriada de Heliópolis está totalmente habitada por italianos y en ella no puede residenciarse un solo español.

Ese desprecio toma también formas violentas. Son frecuentes las reyertas—en lugares de diversión y aun en plena calle—entre soldados españoles y extranjeros, y particularmente entre oficiales. Muchos de ellos han sido fusilados por responder adecuadamente a las insolencias, los desprecios y las provocaciones de los militares extranjeros. Y hasta algunos jefes falangistas participaron de las sanciones cuando protestaron de estos crímenes.

En hoteles y comercios se podría trazar la estadística más indignante del paso de los invasores. Especialmente de los italianos. Los alemanes, por regla general, son más inteligentes y precavidos en su trato con los elementos indígenas. Los italianos suelen marcharse sin pagar de todas partes y cuando alguien protesta le responden con injurias o actitudes violentas.

Los españoles sufren en su carne y en su dignidad, no sin rebelarse algunas veces, la complicidad y la cobardía de unos traidores que ya no pueden ser más que muñecos de su obra criminal.

El estallido patriótico

Contra todo este panorama de ignominia, contra este monstruoso crimen perpetrado sobre el suelo glorioso de España, se han sublevado muchos ánimos y muchas gentes de aquella zona a lo largo de estos dos años de guerra.

En Granada, poco antes del verano de 1937, estalló una sublevación en un cuartel. Era el primer chispazo contra la intromisión de los oficiales extranjeros. Durante varios días se luchó duramente. Tuvieron que ser enviados a la ciudad andaluza abundantes contingentes de moros para reprimir el golpe. Los propios aviones fascistas volaron más de una vez sobre la ciudad bombardeando el cuartel. La rebelión fue sofocada, pasando por las armas a todos sus mantenedores.

En Málaga, más tarde, se produjo otra



Tal vez sea, esta transformación de nuestras mujeres, una de las características de esta guerra que más convenga subrayar. Ahora bien: ¿Es exacto el término «transformación»? Más justo sería decir «afioración». Salida a la superficie de valores ignotos, que permanecían latentes y distimulados bajo la estrechez obligada de los quehaceres cotidianos en la existencia ordinaria de la mayoría de las mujeres. Pero, desde el primer día, desde la primera hora, se pusieron a tono con los imperativos que imponía la necesidad apremiante, sin dilación ni vacilación posibles, de aplastar a los traidores que pretendían vender las libertades del pueblo y la independencia patria a los enemigos internacionales de aquél y al invasor. Años y años de recato doméstico, de horizonte limitado por los intereses y afectos del hogar; años y años, sobre todo, de

ideal pacifista que repudiaba por igual cualquier coyuntura que convirtiera al hijo en hombre que mata, desvanecieron sus huellas en unos minutos y dejaron lugar a un presente en que la mujer, igual que sus compañeros, había de vivir para preocupaciones de orden general, y de dar a la guerra toda su fe, toda su voluntad, todo su entusiasmo. Si, tal vez sea este, el fenómeno que mejor diga al mundo la razón de nuestro pueblo, y su derecho a tener razón por encima de todas las razones.

Desde la primera hora, a la altura de su misión! Los primeros tiros disparados por los insurrectos, hicieron crecer hasta el puesto que hoy ocupa, por encima de diferencias de ideologías y partidos, la figura-símbolo de nuestra «Pasiónaria»; y, al mismo tiempo casi que su voz, desde la emisora madrileña, llamaba al pueblo a las armas, cual nueva transposición, a la realidad viva, del verso inmortal de la Marsellesa, ante las verjas del Parque de Artillería en que quien estas líneas firma presidia a la destrucción de estas armas, agolpábanse por igual ciudadanos de ambos sexos, por igual decididos a no ser esclavos. En aquella semana inmediata al 19 de julio,



MUCHACHAS DE BARCELONA, ACOMPAÑANDO A LOS SOLDADOS QUE LLEGAN DEL FRENTE (Foto Walter)

ses de la insurrección y a medida que los invasores han ido irrumpiendo en ciudades y pueblos españoles. Aquellos fusilamientos en masa de Badajoz. Las «razzias» de moros en los barrios malagueños. La «caza» de obreros en Sevilla. Los asesinatos intencionales de Galicia. Las brutales represiones del Norte. Las búsquedas dramáticas de hombres por los caminos y los pueblos de Castilla. Las ciudades de Aragón y Cataluña destruidas y ensangrentadas. Las poblaciones arrasadas por la metralla de los aviones. Todo ese paisaje siniestro de pesadilla que pesa como una losa gigante en el corazón de cada español.

Todo ese paisaje de desolación que se condensa en esta cifra espeluznante: 600.000 asesinados.

Entre ellos, muchos falangistas que, sintiéndose españoles al fin, pudo en ellos más el grito de dolor de la patria desgarrada, vejada, y se levantaron contra los expoliadores. No sería excesivo citar entre ellos el caso del ex general Yagüe, encarcelado—y se dice que asesinado—por un discurso que era toda una condenación de la existencia de tropas extranjeras en la península. Y, desde luego, como exponente máximo, la rebelión y fuga de más de mil presos del fuerte de San Cristóbal, de Pamplona, la mayoría de ellos acrobata a balazos en las montañas cercanas a la frontera francesa por los esbirros de Martínez Anido.

En España, antes del 18 de julio del 36, había una inmensa mayoría partidaria de la República democrática y de su forma de Gobierno. Hoy, esa mayoría se ha enriquecido considerablemente. En la zona invadida, muchos de los que vieron con simpatía el golpe de Franco, anhelan volver al régimen republicano. Librementemente conducido por los españoles.

Pero hace falta que esas ansias se concreten y se canalicen en beneficio de la causa popular. Hace falta que cada español de la otra zona se levante cada mañana con la decisión de oponer una dificultad a los invasores. Para ello, tienen nuestro ejemplo. Nosotros les tendemos los brazos desde aquí. Saltamos el obstáculo de las trincheras y nos sentimos exclusivamente españoles. Españoles, patriotas ante el poder extraño. Hermanos en un mismo ideal y una idéntica sed de independencia.

Con una bandera tremolante en los muros: los trece puntos del Gobierno de Unión Nacional.

en la Casa del Pueblo madrileña, herido de los fervores patrióticos de los trabajadores, ¡cuántas veces no hubimos ya sin voz y sin fuerzas después de noches y días cuyo ajetreo sucediese intermitentemente, de sostener el enfado de las compañeras a quienes con el gesto antes que con palabras decíamos que los fusiles y las pistolas eran sólo para los hombres! Y luego, en la Sierra, ¡cuántas milicianas no subieron llorando de rabia los camiones en que las hacíamos volver a retaguardia! El Ejército que aún no era ejército, porque aún no había cuajado, aquel quinto regimiento que había de ser norte de la constitución del Ejército Regular, vio caer un número infinito de compañeras que supieron como sus hermanos y sus novios, arriesgar la vida y ofrendarla por la causa de la libertad. No es cosa de procurar aquí recordar nombres: cualquier nomenclatura, por su parquedad, constituiría una imperdonable injusticia. Mas el heroísmo de una Paquita Solano, flor de diecinueve años fusilada por los rebeldes a su entrada en El Espinar; de una Lina Odena, gloria imperdible de nuestras juventudes, copada por el fascio en los frentes granadinos; de una Antonita Portero que, en Trilque, y a los diecisiete años, murió como ejemplo de comisarios y de militantes bolcheviques, es representativo del sacrificio de innumerables compañeras en los mismos campos de batalla. Y ¿cómo no recordar lo que ha supuesto de abnegación consciente de entrega total a un ideal, la conducta de tantas enfermeras que, por no abandonar a sus heridos fueron, como las del hospital de Toledo, cosidas a bayonetas, o como las del hospital de Sigüenza, estrechadas contra los guijarros de la calle desde los balcones del último piso?

El fascismo, fruto y simiente de barbarie, y la guerra totalitaria, necesaria al fascismo para seguir esclavizando pueblos, tienen fatalmente que cebarse con preferencia en los seres que les parecen más débiles, y una mujer, combatiente o enfermera, es para sus horras presa codiciada que conviene sustraer a su vesania. Poco a poco, la contribución de la mujer a la lucha quedó apartada de los frentes. La formación del Ejército Regular y la organización de la producción de guerra dieron otros cauces a su heroísmo. Las jóvenes que, como aquella Luisa Lebel del Batallón Margarita Nelken núm. 4, que se pasó toda la jornada—¡la terrible jornada!—de Olías, yendo y viniendo de las avanzadas con herido; a cuestras, hubieron de percatarse, de que la retaguardia brindaba ancho campo a su voluntad de ayudar a vencer. Al contrario principalmente de nuestro Partido, y de la clarividencia organizadora de sus mujeres, orientadas por «Pasiónaria», la consigna de la incorporación de la mujer al trabajo se impuso como lema imprescindible de victoria. ¡Cuán lejos los tiempos en que el horizonte del hogar era barrera punto menos que infranqueable! ¡Cuán remotos los tiempos en que se creía que la mentalidad femenina, por regla general, sólo pequeños problemas y cuestiones personales o familiares abarcaba! Talleres; participación de la mujer en cuanto significa espíritu organizador; amparo de refugiados, de la infancia; comedores; ayuda a los frentes: son múltiples, son incontables, las ramas de la actividad social en que nuestras mujeres secundan, refuerzan y facilitan la empresa gigantesca de dejar nuestra patria libre de invasores.

¿Que no es nueva en ellas la manifestación del sentimiento patriótico? Ciertamente, y no hay apenas página de nuestra Historia que no lo patentice. Mas ahora no se trata ya sólo de recordar a una Mariana Pineda o a una Agustina de Aragón, sino de constatar lo que pudieran llamar «el gesto esporádico por la labor silenciosa, anónima y perseverante. Aquellas compañeras que el 7 de noviembre, cuando salíamos de lanzar por la Radio nuestro llamamiento a la resistencia, nos rodearon en la Gran Vía para asegurarnos que en efecto tendrían agua hirviendo y gasolina preparadas, no eran sólo madrileñas decididas a luchar hasta su último aliento por impedir la entrada al invasor, sino trabajadoras decididas a no escatimar esfuerzo porque a nuestros combatientes nada les faltara.

¡Dos años ya desde la traición de un puñado de generales y latifundistas! En estos dos años, las mujeres de España, que han sabido realizar el máximo sacrificio, el de disimular su angustia al ver partir hacia el frente a los seres más queridos, han sabido también demostrar al mundo asombrado que, de un salto se han colocado a la cabeza de la actividad femenina. Y su constante y estrechísima identificación con las necesidades de la lucha—lo mismo su aportación a la producción que su solicitud hacia el soldado, que la firmeza y energía con que salen al paso de flujos y depresiones—es una de los factores determinantes de la resistencia de un pueblo empeñado en ser libre, y en avanzar libremente por una ruta de Progreso y de Cultura, hacia sus propios destinos.

R.

"Socialistas y comunistas anhelan la creación del Partido Unico"



El camarada Manuel Delgado, del Buró Político del Partido Comunista, nos ha dicho: —Es indudable que a los dos años de guerra el proceso de unidad de los dos grandes partidos, se ha acelerado. Al año de guerra la unidad se imponía como uno de los factores fundamentales para el desarrollo de la política de guerra que exigían las circunstancias. La dirección del Partido Socialista acogió con satisfacción la propuesta del Buró Político del Partido Comunista, producto de las resoluciones del Pleno del Comité Central celebrado en julio de 1937. Esta propuesta, dirigida en forma de carta, fué discutida y aprobada en línea general por el Comité Nacional del Partido Socialista, y sobre ella se elaboró el programa de unidad de acción que ha servido desde agosto del 37 como base del trabajo conjunto.

Desde este momento, las relaciones entre los dos partidos han mejorado considerablemente. El Comité de enlace de los dos partidos llenó de esperanza a los militantes socialistas y comunistas, que anhelan el momento en que la idea de la unidad tome fisonomía real con la creación del Partido Unico de la clase obrera. El Comité de enlace representaba un gran paso en este camino, pero la situación de nuestro país exigía más y exige más. Se precisa de la fusión de los dos partidos.

En este sentido, el Comité Nacional de Enlace, inmediatamente después de su creación comenzó a trabajar. Durante algunas reuniones, se discutió lo que debía servir de base para elaborar el programa del Partido Unico. Con ello se respondía al ambiente general en los militantes de ambos partidos y a la convicción de ambas direcciones. Tanto un partido como el otro consideraba que el Comité de enlace no significaba más que un paso en el camino de la unidad. Por eso el camarada González Peña, al

CAMARADAS

Las dos casas estaban en el barrio de Argüelles, frente a un cuartel. Una de ellas —Círculo Socialista del Oeste— metida en unas viejas callejuelas. La otra —Radio Oeste del Partido Comunista— en la calle de Blasco Ibáñez, junto a un palacete aristocrático con jardín, desde donde se disparó, entre palmeras y magnolias, contra los obreros.

La puerta del Radio se abría muchas veces durante la noche. Llegaban los hombres con trajes azules, pantalones de yeso y gorras de taxistas.

—¿Todavía no? Todavía no. Los militares seguían encerrados en los cuartos de banderas. En todo Madrid, en toda España miles y miles de trabajadores, como éstos, velaban el sueño de la República.

Dentro del Radio se tumbaban los camaradas en los largos bancos amarillos. Un hombre que trabaja ocho horas y hace guardia todas las restantes, se tiene que dormir de vez en cuando. A veces los nervios fallaban. Eso le ocurrió a aquella compañera que se irguió de pronto, gritando:

—¿Que se subleven ya! ¿Que se subleven ya!

Los del Radio cruzaban muchas veces durante la noche al Círculo Socialista.

—¿Qué? Nada. Aguardando.

Socialistas y comunistas hacíamos corro en torno a un viejo obrero de Artes Elancas. El nos miraba de un modo paternal, bajo las dos bombillas de cinco bujías:

—Me he pasado la vida diciendo que los militares no eran de fiar.

En seguida comenzaba a contar algo. Casi siempre episodios de la huelga del diecisiete.

—Yo estaba en Cuatro Caminos. Nos zurraron con los de La Cierva, hasta que no pudimos más. Estábamos allí todos los socialistas. No se han visto nunca tantos hombres valientes reunidos.

Al amanecer los comunistas volvían a su Radio.

—Si sabéis algo, avisadnos con un compañero.

Aquella noche fué. Por la tarde se habían recibido las primeras noticias del levantamiento en África. Ya estaban todos allí en el Círculo

lo y en el Radio, con sus voces caientes que pedían armas. No había armas; se les daban consignas para que las pudieran encontrar.

Aquella noche todo fué distinto. La puerta del Radio, siempre cerrada, se abrió de par en par y por los balcones asomaron las frases rotundas y la luz. La calle también era otra. Algo gordo sucede en Madrid cuando decenas de taxis se alinean frente al Radio y al Círculo Socialista del Oeste. Todos los taxistas de Argüelles habían recalado allí. ¿Dónde iban a ir con su herramienta? También llegaban algunos con sus largos coches de lujo forrados de piel. El «Dogge» de la señora y el «Chrysler» de uno de los cabezas de Falange. Negros grupos de hombres taponaban la calleja donde estaba el Círculo. Dentro, el humo se había tragado las diez bujías.

Sobre una mesa zumbaba una radio: «A las siete de la tarde han caído en Barcelona los últimos reductos de la sublevación. Goded ha sido detenido por un guardia de Asalto. En toda Cataluña la situación puede darse por totalmente dominada.»

Gritaban los panaderos de la calle de Blasco Ibáñez, los taxistas de la Glorieta de Bilbao, los albañiles de la Plaza de España: ¡Viva Cataluña! El viejo de Cuatro Caminos explicaba alegremente:

—¡También allí debe de haber sido buena!

Llegó Ogier Prefeicelle, con su sonrisa de estudiante bajo el cabello blanco.

—Yo también traigo buenas noticias. De la Escuadra, de Asturias... El pueblo se levanta en todas partes. A ver qué pasa en Madrid.

Varios compañeros lograron imponer silencio y Ogier leyó los telegramas.

—¡Armas! ¡Que nos den armas!

—Las Milicias ya están dispuestas. ¡Y encontraremos más armas! Mientras tanto, ¡todos aquí!

Ogier vino con nosotros al Radio.

—¿Tu carnet?

—Partido Socialista.

—Pasa.

Cuatro paredes, una bandera y muchos hombres. Ogier comunicó las noticias y un camarada se subió sobre una mesa.

—Los marinos de la Escuadra se han apoderado de los barcos y se ofrecen entusiastamente al Gobierno.



EN EL PATIO CENTRAL DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA LOS FUSILES SON REPARTIDOS AL PUEBLO (Foto Walter).

prologar en unión de nuestra camarada «Pasionaria» el programa de unidad de acción, declara:

«Acaso haya quien crea —o que, sin creerlo, lo diga— que aquí termina lo que nos proponíamos en orden a la unidad. Conviene consignar claramente que éste es un programa de unidad de acción, en gran parte ya logrado, y no hay que confundirlo con las bases de fusión orgánica que hemos comenzado a perfilar para acometer, seria y oficialmente, la trascendental obra de dotar al proletariado español de lo que tanto anhela: el Partido Unico».

Claro está que el hecho de haberse paralizado el trabajo del Comité de Enlace en la elaboración del programa del Partido Unico, sugiere esta pregunta:

«¿Por qué se paralizó esta discusión?» En honor a la verdad debemos declarar que, por parte del Partido Comunista, no hay nada que impida continuar con ritmo acelerado los trabajos de unidad por la creación del Partido Unico. Cada día estamos más convencidos de lo que significaría para la unidad de todo el pueblo español la fusión del Partido Socialista y el Comunista. Nuestro ejemplo tendría una enorme repercusión en la unidad internacional del proletariado. Que quede bien claro que por parte del Partido Comunista no hay el más mínimo obstáculo. Para este hecho histórico, en el Partido Comunista no cuentan las pequeñas diferencias, ni algunos roces que desgraciadamente se dan como consecuencia de la existencia de los dos partidos.

"En esta hora no hay más que una España fuertemente unida"



En la encuesta que recientemente ha realizado la Agencia A.I.M.A., el camarada Ramón Lamóneda, secretario del Comité Ejecutivo del Partido Socialista, ha contestado, entre otras cosas, lo siguiente:

«En la España leal al Gobierno de la República no hay más que un pueblo enervorizado en la lucha por la libertad, la independencia del país y por la consolidación de las instituciones democráticas.

En la España que dominan los fascistas conviven en pugna dos Españas: la tradicional y opresora y el sentimiento del pueblo, contraído por el terror, pero alerta para aprovechar cualquier circunstancia propicia y hacerse presente en la gran lucha que sostenemos por nuestra independencia y nuestra libertad. Entre la España republicana y la oprimida por el fascismo existe una absoluta identificación de propósito y de fines políticos concretos. Los españoles podrán reñir entre sí, pero no toleran la invasión y el dominio extranjero. Quedan excluidos de la denominación de españoles los generales, condes y marqueses, degenerados en sus sentimientos patrióticos que, por satisfacer odios y ambiciones de clase, no tuvieron inconveniente en abrir las puertas de la nación a los invasores extranjeros. El pueblo odia tan profundamente a estos renegados españoles como a los extranjeros que los humillan y dominan. En resumen, en esta hora dramática no hay más que una España estrechamente unida congregada alrededor de su Gobierno, teniendo como bandera los trece puntos que constituyen su programa para luchar hasta obtener la victoria.»

9. El Estado garantizará los derechos del trabajador a través de una legislación social avanzada, de acuerdo con las necesidades específicas de la vida y de la economía española.

J. IZCARAY

Cataluña en la lucha contra el enemigo común

Por JUAN COMORERA

En la madrugada del 19 de julio de 1936, las guarniciones militares de Cataluña se sublevaron contra el pueblo. En las calles de Barcelona obreros y pequeños burgueses, guardias de Asalto y núcleos de la guardia civil, hicieron cara a los militares traidores y les infligieron la primera gran derrota. En dos días de lucha encarnizada, fué aniquilada la sublevación, muertos o encarcelados sus jefes y a su cabeza el traidor Goded, la figura más representativa del siniestro Estado Mayor fascista.

La gloriosa jornada del 19 de julio catalán fué decisiva para la República. La victoria de los militares traidores sobre Cataluña habría significado necesariamente, la derrota rápida de la República. Dueños los militares de Aragón y de Cataluña, dueños del Pirineo y de los grandes puertos mediterráneos, hubieran resuelto a su favor la larga crisis de Valencia y ahogado en mayor o menor tiempo los núcleos de resistencia en la meseta y en el Norte. La victoria de Cataluña, el encarcelamiento de Goded, la noticia de su caída dada por el mismo desde el micrófono de la Generalidad, desarticuló los planes rebeldes, encerró en los cuarteles a los sublevados de Valencia, decidió la jornada del 20 en Madrid, aseguró para la República la frontera pirenaica y el dominio del litoral mediterráneo: creó las condiciones de nuestra lucha que era, a pesar de todo, triunfal.

Cataluña, fuerte y firme, contenta con su régimen autónomo, orgullosa y fiel a la República que reconoció sus derechos históricos, pueblo de proletarios y de campesinos curtidors en las luchas por la libertad y por una humana ordenación económica, no regateó su sangre en esa primera jornada. Los militares traidores han comprendido y se vengán asesinando a nuestros niños, a nuestras mujeres, a nuestros viejos, desarrollando un plan sistemático de destrucción de nuestras plantas industriales, prometiéndonos para el día de su imposible triunfo el aniquilamiento de nuestra personalidad nacional y física de catalanes.

Vencidos los militares traidores, Cataluña se organizó febrilmente para la lucha contra el enemigo común. A los pocos días de la sublevación, sus columnas de milicianos avanzaban ya sobre Zaragoza, y emprendió la expedición a Mallorca, intuición genial del pueblo en armas, que no fué comprendida por quienes viven siempre de espaldas al mar y que ahora, dadas las características internacionales de nuestra guerra, habrán comprendido ya todos. Empezó a transformar su industria de paz en industria de guerra. Tomó en sus manos la vida económica del país, abandonada y sabotada por los financieros de la traición, y la salvó de un colapso que parecía inevitable y que, de producirse, habría tenido para la República graves consecuencias. Señaló el camino a seguir por la España antifascista, creando el Partido Único del proletariado, el primer Comité de Enlace de las sindicales y demás fuerzas obreras, el primer Gobierno de unión antifascista. Resolvió por sí misma, con esfuerzo gigantesco, y pérdida de vidas preciosas, las dificultades interiores, aniquilando el más importante y temible núcleo trotsquista de España. Venció con sus propios medios, con la movilización de todas las fuerzas constructivas del país, la siniestra provocación de mayo, las incomprendiones que dificultaban la formación del Ejército Regular Popular con mando único y disciplina de acero. Liquidó las maniobras equívocas de los agentes de Mussolini amañados de separatistas. Estableció su vida económica rectora y de producción de todos los núcleos sociales del país. Y con su trabajo perseverante y abnegado, se pudo llegar a la reorganización de la industria de guerra, a la regularización del comercio internacional, y a la normalidad de relaciones con el Gobierno de la República.

Cataluña en ese segundo período salvó por sí misma y para la República, todo lo que substancialmente es hoy la garantía máxima de nuestra victoria sobre los militares traidores y sobre las hordas invasoras de Hitler y Mussolini.

La voluntad de lucha y de victoria de Cataluña no ha disminuido su valor efectivo en el período tercero y decisivo de nuestra lucha. Normalizada la vida toda de la República, creado nuestro heroico Ejército Regular Popular, conviniendo en el mismo territorio los Gobiernos de la República y de la Generalidad, entrados ya en el período más duro

y de mayor dolor, Cataluña es ejemplo de disciplina, de serenidad. No regatea nada. Su vida, como la vida de todos los pueblos hispánicos, va unida a la victoria militar. Por eso Cataluña luchará hasta el final, negándose a todo pacto, a todo compromiso, a cualquier tregua; que, fuese como fuese, fatalmente acabaría en compromiso, es decir, en capitulación. Cataluña sabe bien que acabada la guerra por capitulación, ella sería la primera sacrificada. Los trabajadores y campesinos de Cataluña que han podido construir dentro de una Cataluña recobrada históricamente, un sistema económico más humano, saben que acabada la guerra por capitulación, ellos serían con Cataluña, aniquilados.

Cataluña ha dado todo a la causa común. Cataluña, estrechamente, indisolublemente unida a todos los pueblos hispánicos en lucha por su independencia, continúa en la trinchera de la libertad más firme que nunca, más abnegada y serena que nunca. Ninguna maniobra le hará apartar de su camino. Ni las maniobras de aquellos que desconociendo adrede la verdad histórica, subestimando la aportación decisiva de Cataluña a la lucha contra el enemigo común, ni las otras que apoyándose en egoísmos e incomprendiones, manejan el espejismo de una absurda e imposible liberación parcial, unilateral.

El 19 de julio de 1936, Cataluña contestó «Presente» a la voz de la República traicionada por sus generales, vendida por sus generales al fascismo italo-alemán.

El 19 de julio de 1938, dos años después, herida ya en su propia carne, sometida a la prueba del mayor dolor que los azares de la guerra la reservaban, contesta «Presente» a la voz de España que resiste heroicamente las últimas acometidas del fascismo internacional y que en el ardor y en el fuego terrible de la lucha de hoy se prepara para ajusticiar a los traidores y para echar al mar a las hordas invasoras.



EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA UNIFICADO VISITA A LOS CATALANES QUE DESDE EL FRENTE DE MADRID, DEFIENDE LA INDEPENDENCIA Y LA LIBERTAD DE CATALUÑA Y DE TODA ESPAÑA (Foto Walter)

Madame Tabouis afirma que la victoria de España es la de la libertad

«Todos los patriotas franceses saludan con emoción intensa el segundo año de lucha de España por su libertad. El pueblo francés sabe perfectamente que si la República española no obtuviera la victoria, la libertad

sufriría en el mundo entero la más espantosa derrota. Nadie duda en Francia del éxito final del Gobierno republicano, que nunca ha sido más fuerte que ahora en el interior y el exterior.» — A. I. M. A.

10. Será preocupación primordial y básica del Estado el mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.

UNIDAD Y VARIEDAD

CATALUÑA EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

UN MOMENTO SIMBOLICO



COMPANYS, PRESIDENTE DE CATALUÑA. — EN LA FOTO UNA ESCENA DE LA VISITA DEL SEÑOR COMPANYS A LOS FRENTE. EL PRESIDENTE ABRAZA AL CAMPESINO, DEFENSOR DE LERIDA. (Foto Mayo)

La unidad nacional española, cuyos sillares se labraron lentamente durante la guerra contra los árabes, se halló al final del siglo XV y en el primer tercio del XVI, con dos tendencias políticas formadas ambas al calor de acuciosas circunstancias. La Reconquista, comenzada casi simultáneamente en el siglo VIII en diferentes lugares del Pirineo, fué creando Estados cristianos, tan soberanos unos respecto a otros, que muchas veces guerrearon entre sí. En estos, la diversidad de razas pobladoras de nuestro suelo y las particulares influencias por cada uno de ellos recibidas, ocasionaron la aparición de modalidades distintas en usos y leyes, cantos y juegos, instituciones de cultura y formas políticas. Esta variedad se fué matizando con siglos y gestas en organización social, género de vida y variedad idiomática propios en cada comarca.

Pero capas vivas, aunque soterradas, de españolidad común unían a todas ellas. En la entraña de su arte, de su política, de sus costumbres, de su estilo de vida, palpitaban la misma fuerza creadora, el mismo anhelo encendido de libertad, idéntica finura y calidad exquisita de humana convivencia. Y a más de esta médula común, a los pueblos hispanos los juntaba la religión cristiana, en oposición al mahometismo profesado por el invasor. Y de fuera, agentes varios actuaron de trabazón entre las regiones todas: las influencias de las culturas franca, italiana, flamenca y renacentista, y el arte románico y el ojival, que llegaron a todos los lugares y produjeron las maravillas de nuestros monasterios y catedrales.

Diversidad y unidad juegan en nuestro pasado histórico, y en el presente, papel de capital importancia. Monarquías extrañas a nuestro carácter y a nuestra patria no supieron resolverlas en acoplamiento constructivo. Pudieron superarnos sin llegar al centralismo robusto alcanzado en Francia por Luis XI y Federico I, ni quedarse en el mosaico de las repúblicas italianas.

Pudo subordinarse la variedad regional a una unidad eficaz y necesaria para empresas de Libertad, de Historia y de Cultura. Pero aun así, surgiendo a veces con aire dramático el conflicto entre estas dos corrientes, y a pesar de que minorías incomprendivas y estridentes pretendieron — y pretenden — acusar distinguidos incompatibilidades ar-

cuando de arribada forzosa llegó a Barcelona, trajo el general sus tropas diezmadadas y la moral deshecha. Y en el curso de esta guerra creció la españolidad catalana y habló la vieja voz interior del pueblo español en sitios y guerrillas, en entusiasmo y tesón.

Como entonces, el trueno de julio del treinta y seis puso en pie a Cataluña. Como entonces, el pueblo lucha reavivando pasadas hazañas. El pueblo catalán, unido a los demás pueblos de España, alcanzará la victoria, y alcanzada ésta, no habrá de temer por sus libertades. España será lo que el pueblo español quiera. Y el pueblo español es Castilla, y Galicia, y Euzkadi... y Cataluña. Y no podrán mermarse libertades a estos pueblos que llevan el anhelo de libertad en el collar de su corazón.

En este concierto de pueblos libres, la unidad imprime una fortaleza, dilata los ideales y redobla la común riqueza. Y la variedad, plasmada en normas de convivencia respetuosa y cordial, permitirá el desarrollo perfecto del genio español, aun en sus más atrevidas singularidades.

Luis ALAMINOS

La visita a Barcelona de los periodistas extranjeros

Gabriel Peri envía por intermedio de «Frente Rojo» un saludo del pueblo francés al de España

A las ocho de la tarde de ayer llegaron a Barcelona los representantes de la Prensa extranjera que habían sido invitados especialmente a visitar la ciudad por la Asociación Profesional de Periodistas con motivo del segundo aniversario de nuestra lucha.

La Comisión la formaban los periodistas Gabriel Peri, Harmel, Juan Luis Favre, Roland Buvard, Edith Thomas, Finger, Lisa Lindbask, Juan Bautista Ruska, Punter, Knut Anderson, Wilker y Schafer, todos ellos pertenecientes a los periódicos que con mayor entusiasmo siguen nuestra causa fuera de España.

Gabriel Peri, al constar, a uno de nuestros editores que acudía a recibirle, el entusiasmo con que el pueblo francés sigue nuestra lucha y la admiración que allí despierta la heroica resistencia de nuestros soldados. El proletariado de Francia sabe que esta resistencia es también la suya frente al enemigo común y que por ella se combatirá con la política de vacilaciones y contemporización con el fascismo. «Frente Rojo», Gabriel Peri — del que mañana publicaremos unas interesantes declaraciones — envía un saludo cordial a los heroicos combatientes de la República española.

La batalla de los trabajadores en el frente de la producción

También la producción constituía y constituye un frente de lucha. Por eso el 19 de julio de 1936, al mismo tiempo que los militares sublevados salían a la calle para intentar aplastar al pueblo, la mayor parte de los propietarios y directores de industrias, abandonaban sus puestos y se colocaban del lado de los fasciosos. Se pretendía que la economía de la República sufriera una paralización total que la imposibilitara en absoluto.

Pero lo mismo que en el terreno militar, también en el terreno económico se equivocaron los fasciosos. Alejados de siempre del pueblo, desconocían la gran capacidad de éste y nunca pensaron que todas aquellas fábricas, que aquellos talleres, iban a ponerse en movimiento y a producir para las necesidades más perentorias.

Frente a la agresión, los trabajadores empuñaron las armas para defender sus libertades amenazadas, y los instrumentos de trabajo para seguir produciendo. Las fábricas no se paralizaron. La dirección técnica de la industria, en la mayoría de los casos, se suplió con la buena voluntad y con los conocimientos rudimentarios de los mismos trabajadores. Estos, con su intuición, comprendieron, desde el primer momento, la importancia que para la lucha tenía que las máquinas no se pararan. Nadie podrá censurar este acto de los trabajadores. Por el contrario, es preciso reconocer no ya la justicia, sino la formidable labor por ellos iniciada y desarrollada. Y si para argumentar la crítica se pretende hablar de algunos ensayos de los primeros tiempos, no hay que conceder demasiada importancia. Los obreros, que se encontraban con todo el aparato económico destruido, intentaban soluciones que creían justas y lógicas. Después, al darse cuenta de la improcedencia, han sido los primeros en rectificar. Y ahí están las fábricas y los talleres trabajando cada vez con ritmo más acelerado.

Ningún observador imparcial podrá dejar de reconocer los progresos que en el orden de la producción se han hecho. ¿Qué existen deficiencias? ¿Que todavía no se ha llegado al pleno rendimiento? Desde luego; pero los progresos alcanzados y las posibilidades, permiten asegurar que no ha de pasar mucho tiempo sin conseguir resultados verdaderamente satisfactorios. Para ello contamos con los deseos y el entusiasmo de los obreros. Y esto es lo importante. Los trabajadores pusieron en marcha las industrias abandonadas, y hoy llevamos camino de que nuestra economía responda a las necesidades de la guerra.

Es indudable que en la obtención de estos resultados, ha jugado de una manera decisiva el progreso alcanzado en la unidad de los trabajadores. Aquellas rencillas entre sindicatos, que dificultaban el camino, impidiendo la utilización de todas las energías, han desaparecido en gran parte. Hoy, los trabajadores de la U.G.T. y los de la C.N.T., discuten los problemas conjuntamente en sus comités de enlace y esto permite que la acción sea más intensa y que no se pierdan, estérilmente, los esfuerzos. Por eso el aumento y mejora de la producción está ligado al estrechamiento de las relaciones entre una y otra Central sindical. Y todo cuanto se haga por que la unidad sea más firme, ha de influir en los resultados de nuestra industria. No es casual ni mucho menos, que una forma de lucha de los enemigos del pueblo español, sea el sabotaje de la unidad sindical de los trabajadores.

Comprendiendo esto los trabajadores, van a conmemorar este 19 de julio, en muchas fábricas, haciendo verdaderas jornadas de unidad. Celebrando asambleas después de terminada su tarea, en donde se van a manifestar sus anhelos unitarios.

Pero aun nos queda camino por recorrer. Todavía no la dirección de órganos económicos, hay algunas gentes que no comprenden, no sienten el problema creado por la guerra, están burocratizados. Todavía existen incomprensiblemente industrias innecesariamente ineficientes; aún existen máquinas paradas de gran utilidad en la producción de

Hombres y hornos de Sagunto

La crisis

Quizás fuese una repercusión de la depresión mundial, agravada involuntariamente, por una falta de capacidad en la dirección y, luego, voluntariamente, un plan de sabotaje a la República. Los patronos españoles, siempre ineptos, se hacían más ahora: no querían producir para la República, no querían dar trabajo a los obreros.

Hasta cinco mil obreros habían llegado a juntarse en la enorme nave junto al Mediterráneo. Era un modelo de fábrica. Había técnicos y capital extranjeros, mano de obra y cuadros especializados españoles. Habían venido de los cuatro vientos: del Norte, del Sur, de Cataluña. Muchos habían traído a sus familias. El paisaje levantino, el aire de un mar rizado y luminoso, suavizaban la dureza de las ocho horas frente a los hornos, junto a las laminadoras. Junto a la fábrica, se habían levantado casitas alegres y frías.

El pueblo se ensanchaba y cobraba una vida moderna y prometedora. Y de pronto, la crisis. Los hornos se empezaron a apagar. Las laminadoras se llenaron de polvo. Comenzó la dispersión de los obreros: hacia Barcelona, hacia Valencia, con sus familias, en busca de otras máquinas.

La agresión de un mañana

En los últimos cinco años había disminuido constantemente la producción y el número de trabajadores. Los patronos se quejaban de las pérdidas del negocio; rebajaban jornales, aumentaban horas de trabajo, culpaban a los obreros de la imperfección de la obra.

En tanto, España, todo un país rural, necesitaba nuevos edificios, nuevos materiales de construcción, nuevos centros urbanos. España necesitaba ponerse, industrialmente, en marcha, pero los patronos tenían

que vivir su vida cómoda y sin preocupaciones excesivas.

Levantaron bandera de traición unos hombres en julio de 1936. Fue entonces cuando los obreros de Sagunto, pertenecientes a las dos centrales sindicales, tomaron en sus manos la dirección de la fábrica.

Ver de cerca

Pero la guerra empezó a crepitar a lo lejos. No se pensó en que la llama llegaría hasta el Mediterráneo. Esto nos ha pasado repetidamente: no hemos sabido atraer hacia nosotros, con la imaginación, la realidad lejana. Hemos aguardado a sentir en nuestro propio costado, contra nuestros sentidos, en nuestra propia carne. Y entonces, apresuradamente, hemos tenido que movilizar a toda prisa todas las fuerzas.

Los hornos empezaron a encenderse con demasiada lentitud, es verdad. Faltaban materias primas, faltaba una coordinación total en el

hacer la guerra. Había demastado a que atender en el momento para poder pensar en el día siguiente. Fue preciso que el Gobierno interviniera, que proporcionara materias primas, que nombrara una dirección.

No se trata ya de hacer perfiles, puentes o edificios. Había que fabricar materiales de guerra, y hacerlo a todo rendimiento.

Posibilidades

La fábrica tenía grandes posibilidades. A la hora de su instalación se había calculado que podría producir seiscientos toneladas de acero elaborado. Los obreros asimilaban rápidamente la nueva técnica. Se les elevaron los salarios hasta 25 pesetas a los de primera categoría. Se encendió el primer alto horno, luego el segundo...

No faltaba nada. De los altos hornos, el mineral de hierro pasaba a los hornos Siemens, y de allí, convertido en acero candente, a las laminadoras. Había grandes turbinas y generadores, baterías para la destilación de los productos del carbón y la fabricación de Cok, todo montado conforme a los últimos adelantos de la técnica. Sólo faltaba montar la maquinaria complementaria. Pronto pasarían a los depósitos de guerra millones de proyectiles y, en medio de los combates, aparecerían cientos de carros blindados con el acero de Sagunto. Con una gran chapa entre las manos, el obrero de la fábrica podía decir: «también con este escudo se defiende España».

El ritmo del peligro

La producción empezó a aclararse en agosto. Todos los brazos de acero y todos los brazos humanos se dieron al trabajo. Se empezó a trabajar en tres turnos. Sagunto revivía. De la fábrica al pueblo pasaban, trepidando las motos, y los grandes camiones partían pesadamente cargados de los nuevos productos.

El ritmo se fue acelerando conforme a la proximidad del peligro y a la urgencia de las necesidades. Ya no quedaba ninguna máquina inactiva. El enemigo asomaba, en invasión, por el frente de Teruel, empujado en llegar hasta el mar. Codiciaba la fábrica, codiciaba las tierras, codiciaba los hombres para esclavizarlos. Empezaron a volar nubes de aviones negros, que venían del mar. Comenzó la devastación de los pueblos de la costa.

El peligro no interrumpió el trabajo de la fábrica. Por el contrario, fue entonces cuando se trabajó con mayor intensidad. Las casas del pueblo eran un objetivo para la aviación italiana. Un obrero encontraba, una mañana, la suya deshecha y los restos de su mujer y sus hijos entre los escombros. Y a la tarde, volvía al lado de la prensa con el alma más templada por la cólera, sabiendo que era allí donde contribuiría a vengar a los caídos.

El trabajo bajo tierra

Ni una sola deserción, ni un desmayo. Cuanto más difíciles eran las circunstancias, mayor aplomo y decisión sacaron los obreros. Diariamente aparecían los aviones de Mallorca (de Roma), a veces dos o tres veces al día. Descargaban y se iban satisfechos de su hazaña. El pueblo empezó a parecer pura ruina. Las brigadas de desescombro sacaban de entre las piedras y los ladrillos triturados, ensangrentados miembros de seres inocentes. Los supervivientes huían a los campos y a otros pueblos. Las bombas caían persistentemente en torno a la fábrica.

Pero la producción no podía paralizarse. Había que reinstalar la maquinaria, esta vez bajo tierra, acorazada por ella misma. Había que abrir en las profundidades una cavidad igual, a la cual descender para seguir trabajando, produciendo materiales con que contener, en el frente, las nuevas oleadas de invasión. Y quizá, también, hacer una depuración en el interior, a fin de que nada, ni nadie, pudiese entorpecer el ritmo y la eficacia del trabajo.

Así se continuó produciendo en la fábrica de Sagunto, como se combate en una trinchera o en un bloque que se nos ha encargado defender. Los Savia continuaban surgiendo de las olas, los legionarios presionaban desde el norte y desde el nordeste. Precisamente por esto, no podía haber descanso en el trabajo ni en el combate.

L. N. C.

LA UNIDAD, fundamento de la victoria

Dice el camarada González Peña, presidente de la U. G. T.

Se fue posible en los primeros días de la sublevación militar, cuyo segundo aniversario conmemoramos en este 19 de julio, detener el triunfo de las armas rebeldes, se debe principalmente a que el arrojo y el heroísmo de las masas antifascistas lanzadas a la lucha tenían como única preocupación y no pretendían otra finalidad inmediata que la defensa de la República y el mantenimiento de nuestro régimen democrático.

La unidad de pensamiento de todos los combatientes republicanos concentrado en esa máxima aspiración de ser pueblo libre, hizo posible la efeméride de nuestra guerra, en la que a los dos años de intensa y cruel lucha el pueblo sin armas, atacado por superiores potencias militares extranjeras, ha conquistado todas las seguridades de su triunfo.

La unidad de todas las antifascistas, de todos los demócratas, no es ni ha sido nunca postulado de un solo partido o aspiración y consigna de una sola organización obrera. La necesidad de la unidad viene impuesta de siempre por las propias circunstancias de la lucha dentro de la actual sociedad.

Para que del terreno de la teoría lo llevemos definitivamente al de la práctica es necesario que todos, absolutamente todos cuantos de ella necesitamos, estemos dispuestos a realizarla.

sin otras miras ni más finalidad que la de conseguir la mayor eficacia y el máximo rendimiento del esfuerzo que a todos nos exige la defensa de los principios políticos que nos son comunes.



En las filas de nuestro Ejército Popular luchan juntos y juntos pierden su heroica sangre el soldado cuyo idealismo le lleva al campo del anarquismo y el soldado que mantiene su fe religiosa como fundamento de sus principios morales y determinante de su concepción política. Al lado del soldado marxista combate y cae en la lucha el soldado ambientado en el republicanismo pequeñoburgués. Y todos ganados por el máximo afán, conducidos por el máximo ideal de defender la República democrática y la independencia de nuestra patria.

A fortalecer el Frente Popular, gestor de un Gobierno de unidad nacional; a estrechar la unión entre todos los antifascistas hasta lograr que no exista la menor fisura entre sus componentes, deben dedicarse las mayores atenciones y las mejores voluntades, libres todos de egoísmos partidistas, como condición indispensable para acelerar el triunfo de las armas de la República y de la democracia.

Avances de la unidad sindical en los dos años de guerra

Palabras del camarada Vázquez, secretario de la C. N. T.

Ha sido un constante anhelo del proletariado español, ver plasmada en hechos La Alianza de las Sindicales. Lo ha sido, porque la clase obrera se ha dado perfecta cuenta de lo que significa la Unidad de Acción entre la C. N. T. y la U. G. T.

material de guerra. Para evitar y corregir muchos de los defectos, se hace preciso llevar, a estos órganos de dirección, a hombres verdaderamente fieles, antifascistas probados, activos. Con la mayor cantidad de conocimientos técnicos posible, pero, sobre todo, antifascistas. Y no se nos diga que esto no es posible. Nuestro gran Ejército, prueba lo contrario. En él, junto a los militares profesionales, fieles a la República, luchan otros militares salidos de la entraña del pueblo. Jefes, oficiales y comisarios, antes obreros, comparten hoy las responsabilidades de la dirección de la lucha. Lo mismo puede conseguirse en el terreno económico. Es necesario que el pueblo tenga la seguridad de que la actuación de los sabotadores no va a ser posible. Y la manera de conseguirlo, es muy sencilla: que la dirección de todos los órganos de nuestra economía se encuentre en manos de quienes no la han de traicionar por su honradez, firmeza y fidelidad al pueblo.

Nosotros ya en el Congreso de Zaragoza, en mayo de 1936, acordamos plantear a la U. G. T. la realización de la Alianza. Desde entonces fuimos ardientes defensores de ella. Llegó el 19 de julio, y sentimos con más intensidad aún el logro de esta aspiración popular. Pasaron meses de continuadas propagandas y se forjó el clima favorable para iniciar el camino de la Acción Unificada. Firmó por fin, en julio de 1937, el pacto llamado de «no agresión»; preámbulo obligado de un pacto amplio y programático. Este llegó meses más tarde. Hoy podemos sentirnos orgullosos de ver cómo las



dos Organizaciones Sindicales laboran juntas. Quedan aún resquicios y reminiscencias del pasado, que determinan incidentes ligeros. Pero lo cierto es que se superan y no es dudosa la afirmación de que pronto no se producirá ninguno.

Claro que en ello mucho depende de la gestión y entusiasmo con que trabajan y resuelven los problemas los Comités de Enlace de la Base. Y en que el Comité de Enlace ponga todo el calor, la atención y el esfuerzo en lograr la aplicación paulatina, pero rápida de los diferentes apartados del pacto.

Esto dará confianza a los obreros. Y... no olvidemos que la unidad de Acción entre las dos Potentes Sindicales, es la garantía rotunda de nuestra victoria sobre el fascismo, a través del aprovechamiento y canalización de esfuerzos del proletariado, que para realizarlos, sólo quiere se le garantice, no será esteril su sacrificio y que será respetada en todo lugar su personalidad.

M. R. VÁZQUEZ

11. El Ejército español, al servicio de la nación misma, estará libre de toda hegemonía de tendencia o partido, y el pueblo ha de ver en él el instrumento seguro para la defensa de sus libertades y de su independencia.

La obra del Ministerio de Agricultura

En dos años de guerra ha sido transformada la explotación del campo español

En el territorio republicano le han sido arrebatadas sus más fuertes bases al fascismo

Desde el día siguiente de la sublevación empezó el Gobierno de la República a preocuparse de la entrega de la tierra a los campesinos. Mucho antes de esta fecha, es cierto, la República había votado una ley de Reforma Agraria, pero la serie inacabable de trabas que los terratenientes habían sabido oponer a su aplicación, hacían ésta nula.

A los veinte días de lucha, el 8 de agosto, se publicaba el primer decreto declarando incurso en responsabilidad criminal a todo cultivador, propietario, colono, arrendatario o aparcerero que abandonase o hubiera abandonado su explotación rural, organizando la entrega de esas fincas a los trabajadores de los términos correspondientes. El 16 de este mismo mes, por un nuevo decreto se regula el acceso a la propiedad de los pequeños arrendatarios y aparceros que venían siendo explotados por los caciques. Pero el jalón fundamental en la transformación del campo fué el decreto del 7 de octubre dado por el ministro de Agricultura, camarada Vicente Uribe, disposición con la que se llega a la meta de las posibilidades jurídicas cifradas en el artículo 44 de la Constitución de la República. Por él se acuerda la expropiación sin indemnización a favor del Estado de las fincas pertenecientes a quienes hubieran intervenido en el movimiento insurreccional y se expresan las disposiciones para que esas fincas sean entregadas a los braceros del término municipal de su emplazamiento.

No bastaba con dar la tierra a los campesinos. Había que dotarlos de los medios necesarios para cultivarla. El Ministerio de Agricultura no ha descansado en este sentido en los dos años transcurridos. Ha importado abonos, ha adquirido semillas, ha organizado el suministro de préstamos en metálico, ha facilitado, en fin, en aquellas regiones donde era preciso, al agricultor los medios para combatir las distintas plagas del campo por medio de sueros, vacunas, etc. Para esto ha tenido que vencer toda una serie de grandes dificultades. Sólo con un esfuerzo sin tregua y un entusiasmo enorme ha sido posible superar todos los obstáculos que salían al paso de su importante labor. De la envergadura de ella puede dar una idea este simple dato: las toneladas de simiente distribuidas, pasan de 30.000. De esta forma el Ministerio de Agricultura consiguió no sólo mantener, sino superar la producción agrícola normal.

Complemento necesario a esta

labor, era la de organización económica de los agricultores en entidades fuertes, de carácter colectivo o cooperativo que les permitiesen obtener todas las ventajas de la gran explotación y del gran comercio sin perder sus características de trabajadores individuales dentro de las asociaciones de explotación colectiva. A lograr este fin tiende el decreto del 27 de agosto sobre cooperativas. En él se encuadran todas las modalidades de la agrupación para el trabajo del campo, desde la simple asociación para adquirir productos en común, hasta la explotación colectiva de la tierra o la cooperación industrial para la transformación de productos en sus formas más complicadas.

Pero como tampoco el Ministerio podía ser indiferente a los esfuerzos realizados por grupos de campesinos que, abandonados en medio de las tierras que cultivaban por los que fueron sus propietarios, habían sabido organizarse por sí solos y formar colectividades para resolver los problemas más agudos del primer momento, el decreto del 8 de julio de 1937 daba estado legal a las colectivizaciones realizadas hasta su promulgación. Esto no hubiera sido suficiente, si tal medida no fuera seguida de los conducentes a dar una mejor técnica y normas de trabajo a los labradores.

Para conseguir este fin era necesario en España crear una verdadera enseñanza agrícola que de hecho no existía. El 25 de febrero de 1938 el ministro de Agricultura da un decreto por el que se regula la enseñanza en el campo y se crea la cátedra ambulante para que los técnicos se pongan en contacto directo con los agricultores. Se organizan cursos en las granjas y estaciones científicas y se establecen granjas-escuelas para obreros del campo. Se forman capataces agrícolas y se multiplica el número de las escuelas de Licenciados agrónomos. Asimismo se reforma la enseñanza de ingenieros agrónomos para que, sin merma de su preparación científica, tengan un contacto más inmediato con la realidad a que han de aplicarse sus conocimientos.

A grandes rasgos esta es la labor más importante realizada por el camarada Uribe desde el Ministerio de Agricultura. Hemos hecho el bosquejo general de ella, sin aludir a problemas, también de un máximo interés, que el Ministerio ha tenido que ir resolviendo. Por ejemplo, los planteamientos en el terreno de los abastecimientos por las necesidades de la guerra. De Agricultura depende

nada menos que el abastecimiento de trigo y harina. Hubo que intervenir su comercio y circulación, calcular las cantidades de importación, etc. En este mismo aspecto de los abastecimientos hay que señalar las expediciones de viveros realizadas para Madrid, cuando la capital sufrió el más duro asedio del enemigo.

Por medio de la Comisión Nacional de Cultivos, creada en marzo de 1937, se han señalado por el Ministerio cuáles son las producciones que hay que incrementar y las que deben ser reducidas para ajustar la producción al consumo interior y al comercio de exportación. Este organismo ha fijado también un plan de agricultura de guerra.

La intensa labor del Ministerio de Agricultura, que tan felices resultados ha conseguido, constituye una de las más importantes realizadas por el Gobierno de la República durante la guerra. Así lo reconocía, al elogiarlo, en uno de sus últimos discursos ante las Cortes, el jefe del Gobierno.



LAS MUJERES Y LOS NIÑOS APORTAN SU ESFUERZO A LA LUCHA, TRABAJANDO EN EL CAMPO (Foto Walter).

LA JUVENTUD EN ESTA FECHA DICE: ¡España será para los españoles!

por SANTIAGO CARRILLO

Secretario general de la J. S. U. de España

Ante la invasión de Italia y Alemania, que quiere hacer desaparecer España como nación, transformándola en una colonia, la juventud considera que la unión de todos los hombres y de todos los pueblos de la España libre es el arma imprescindible para resistir y vencer al enemigo. Hoy todos los jóvenes de Madrid, de Levante, de Cataluña están dominados por una misma fiebre de lucha, pelean con igual heroísmo por la independencia de España, por la libertad de Cataluña, por una República democrática que permita y ayude la realización de todos los anhelos de la joven generación de nuestro país.

Ante el peligro presente, el Gobierno presidido por el doctor Negrín ha conseguido una unidad más estrecha que nunca de todos los pueblos de España. Por esto, porque todo nuestro pueblo y nuestra juventud están unidos en la lucha, confiamos de un modo absoluto en la victoria, tenemos una fe inquebrantable en que aplastaremos al enemigo, y por eso consideramos como enemigos de España a todos los que piensan en capitulaciones y compromisos, que no serían sino una vil traición que nos llevaría a la derrota, es decir a la desaparición de España del mapa político de Europa.

¡Todos los españoles
contra el invasor!

La idea de la defensa de la patria, de la República democrática, magníficamente plasmada en los trece puntos del Gobierno, no sólo ha movido todos los recursos de la zona leal, sino que va ganando terreno en la zona facciosa, donde los españoles auténticos, engañados quizá algunos durante cierto tiempo, se ven hoy apiñados por los ejércitos invasores y comprenden que sólo nuestras armas victoriosas podrán liberarles del yugo extranjero. Esto se ha manifestado ya en la zona facciosa por una serie de síntomas que demuestran que crece de día en día la descomposición de la retaguardia enemiga.

Ahora es necesario, sobre la base de la unidad nacional para la defensa de España, movilizar a todas las masas del pueblo y de la juventud para la realización de las tareas prácticas de la resistencia, superar la capacidad técnica y política de nuestro Ejército y reforzar cada vez más la unidad del pueblo en el Frente Popular y de la juventud en la Alianza Juvenil Antifascista.

Elevación técnica y política del Ejército

La transformación de las antiguas milicias en un Ejército regular popular es evidentemente el paso más decisivo dado por el pueblo español en la lucha contra el invasor. La unidad de todas las fuerzas combatientes bajo un mando único ha salvado Madrid y a la patria y ha puesto a España en condiciones de resistir victoriosamente al enemigo. Nuestra tarea de hoy es trabajar por todos los medios para conseguir que nuestro Ejército sea cada vez más disciplinado, más capaz técnicamente y políticamente. Un Ejército que sólo obedezca al Gobierno y no tiene más jefes que sus jefes regulares, a la par que vive intensamente ligado a las masas del pueblo. Bajo la firme

dirección del doctor Negrín, el hombre en el cual todos los soldados y todos los hijos de nuestro pueblo tienen su confianza porque saben su firme decisión de no traicionar las libertades patrias, en este segundo aniversario, empapado del heroísmo con que resisten los soldados de la República en Levante, la juventud española siente como nunca la seguridad y la fe en la victoria.

Una retaguardia activa

El Ejército para llevar adelante la lucha necesita detrás una retaguardia que le sostenga con su trabajo y su aliento, que le suministre reservas, que le proporcione municiones y víveres. Una retaguardia organizada en que se utilicen los esfuerzos y las energías de todo el mundo. Se ha hecho mucho en poco tiempo, pero todavía queda por hacer mucho más.

Desde el punto de vista de la unidad del pueblo, se han conseguido bastantes avances, pero hace falta reforzar cada día más esta unidad. La fusión del Partido Socialista y Comunista, la creación de un único partido del proletariado es una necesidad de nuestra lucha y una condición para el reforzamiento de la unidad del pueblo.

¡Venceremos!

España no está sola. Nos apoyan cada día con más fuerza masas proletarias y democráticas del mundo entero. La juventud se moviliza intensamente en todos los países, compitiendo por ayudarnos. Es preciso hacer cada día más grande esa ayuda juvenil creando en todos los países el frente único de todos los jóvenes socialistas y comunistas y de los jóvenes demócratas y progresivos para ayudar

a la juventud española. Tenemos también la ayuda inestimable del país del socialismo, la patria de la juventud feliz, la Unión Soviética, hacia la cual todos los españoles honrados sienten un cariño y una gratitud imperecedera. En el segundo aniversario de la guerra, con más firmeza y más seguridad que nunca, nosotros estamos seguros de que España será en definitiva para los españoles.



SANTIAGO CARRILLO
secretario general de la Comisión Ejecutiva de la J. S. U. (Foto Walter)

El viaje de los reyes de Inglaterra a Francia

Paris, 18.—Las cartas que el señor Daladier ha dirigido a Chamberlain y que éste ha dirigido a Daladier despiertan gran curiosidad en los círculos diplomáticos. Es evidente, por las manifestaciones de satisfacción que hace la Prensa inglesa y francesa, que las cartas preparan la entrevista de los ministros de Negocios extranjeros de los dos países durante la visita de los reyes de Inglaterra a Paris.

La atmósfera francoinglesa frente al gran acontecimiento diplomático de mañana es más que cordial. Parece que han vuelto los tiempos de la entente, en la época de Eduardo VII. y los periódicos de los dos países celebran la unión estrecha entre los dos regímenes liberales, tan necesaria frente a la situación actual.—Agencia España.

12. El Estado español se reafirma en la doctrina constitucional de renuncia a la guerra como instrumento de política nacional. España, fiel a los pactos y tratados, apoyará la política simbolizada en la Sociedad de Naciones, que ha de seguir siendo su norma, reivindica y mantiene los derechos propios del Estado español y reclama, como potencia mediterránea, un puesto en el concierto de las naciones, dispuesta siempre a colaborar en el afianzamiento de la seguridad colectiva y en la defensa general de la paz.

Para contribuir de una manera eficaz a esta política, España desarrollará e intensificará todas sus posibilidades de defensa.



EN EL CAMPO, MILES DE MUJERES, RINDEN SU BATALLA

(Foto Walter)

Discurso del Presidente de la República

(Viene de la página 2)

han sufrido lesiones, en el orden material y en el orden moral, mucho mayores que las que hubieran podido sobrepasarlas de la República, aunque la República hubiera sido revolucionaria, y no moderada y parlamentaria como realmente era.

El daño ya está causado; ya no tiene remedio. Todos los intereses nacionales son solidarios, y, donde uno quiebra, todos los demás se precipitan en pos de su ruina, y lo mismo le alcanza al proletario que al burgués; al republicano que al fascista; a todos igual. Durante cincuenta años, los españoles están condenados a pobreza estrecha y a trabajos forzados si no quieren verse en la necesidad de sustentarse de la corteza de los árboles. Y el proletario que percibiera o perciba un salario de veinticinco pesetas será más pobre que cuando percibía uno de cinco o seis, y el millonario de pesetas se contentará con ser millonario de perra chica o de centimo todo lo más. Esto ya no tiene remedio. Añádase a eso la empresa de desnacionalización, la empresa de desespañolización, aneja e inherente a la presencia de los Gobiernos y de las tropas extranjeras en España, la cual empresa no se caracteriza ni denota principalmente en el orden militar, ni siquiera en el orden político o internacional, con ser tan grave. Donde se denota y se muestra la guerra clavada implacablemente en lo más vivo del ser español es en el orden económico. Las sumas gastadas por Italia y Alemania en España no las perdonarían ni los esfuerzos hechos, ni abandonarían las posiciones tomadas, y, si los planes de los agresores se realizasen durante dos otras generaciones lo más fructífero del trabajo español iría a las arcas de Roma y Berlín para quienes estarían trabajando los españoles, como les ocurrió a algunas de las naciones vencidas en la Gran Guerra hasta que se declararon en quiebra, porque España en esas condiciones sería una nación vencida y sojuzgada.

NUESTRA GUERRA ES UNA GUERRA DE DEFENSA

Por esto, afirmo, que muchos, cuando no todos, de los que han calentado y sustentado la guerra civil en España y todavía la sostienen, descubren ahora que en la guerra han comprometido y perdido mucho más de lo que imaginaban comprometer o poder perder. Y cuántos, cuántos, y no de los mejores, darían ahora algo bueno por volver al mes de julio de 1936, y lo pasado, pasado, y que se borrase esta pesadilla y, sobre todo, que se borrase la responsabilidad de haberla desencadenado. La guerra civil está agotada en sus móviles, porque ha dado exactamente todo lo contrario de lo que se proponían sacar de ella, y ya a nadie le puede caber duda de que la guerra actual no es una guerra contra el Gobierno, ni una guerra contra los Gobiernos republicanos, ni siquiera una guerra contra un sistema político; es una guerra contra la nación española entera, incluso contra los propios fascistas, en cuanto españoles, porque será la nación entera, y está siendo, quien la sufra en su cuerpo y en su alma.

Yo afirmo que ningún credo político, venga de donde viniere, aunque hubiese sido revelado en una zarza ardiendo, tiene derecho, para conquistar el poder, a someter a su país al horrible martirio que está sufriendo España. La magnitud del dilate, el gigantesco error, se mide más fácilmente con una consideración menos dramática, casi vulgar. Hace dos años que empezó este drama, motivado aparentemente en el orden político por no querer respetar los resultados del sufragio universal en el mes de febrero del 36. Han pasado dos años. Y cabe discutir que, con la fugacidad de las situaciones políticas en España, con las fluctuaciones propias de las instituciones democráticas y de las variantes de la voluntad del sufragio popular, si en vez de cometer esa locura, se hubiera seguido en el régimen normal, a estas horas es casi seguro que estaríamos en vísperas de una nueva consulta electoral, en la cual todos los españoles libremente podrían probar sus fuerzas políticas en España. ¿Qué negocio ha sido éste de desencadenar la guerra civil en España?

Si convierto ahora la mirada a otros puntos del horizonte, es de advertir, hablando siempre con la misma lealtad, que en cuanto el Estado republicano y la masa general del país se reanudarán del aturdimiento, de la confusión causados por el golpe de fuerza, empezaron a reanudar aquellos vínculos que la espada cortó. Y ciertas verdades, que habían sido inundadas por el aluvión, volvieron a poder verse a flote y a entrar en nueva vigencia, y, por fortuna, hoy nadie las desconoce; por fortuna, porque no se pueden infringir impunemente. Destaca entre ellas que todos los españoles tenemos el mismo destino. Un destino común, en la prospera y en la adversa fortuna. Cualesquiera que sean la profesión religiosa, el credo político, el trabajo y el acento. Y que nadie puede echarse a un lado y retirar la

puesta. No es que sea ilícito hacerlo; es que, además, no se puede. Que el Estado, en sus fines propios es insustituible, y no hay Estado, digno de este nombre, sin sus bases funcionales, cuales son el orden, la competencia y la responsabilidad; que no puede fiarse nada a la indisciplina ni al arbitrio personal, ni confiarse nada a la improvisación, como no se quiera decir que improvisación es hacer pronto y bien las cosas que la torpeza o la desidia hacían tarde y mal; fuera de ello, en la vida no se improvisa nada, y cuando se habla de improvisación se dice un vocablo vicioso o vacío, y cuando la improvisación se confunde con el arbitrio, se consiguen tonterías, novatadas y fracasos. Y por último que nuestra guerra, tal como nosotros la entendemos y padecemos, es una guerra de defensa y su justificación única reside, precisamente en la defensa del derecho estatuido para la garantía de la libertad de toda la nación y de la libertad política de sus miembros, sin que sea lícito anteponer al fin único de la guerra fines secundarios, ni hacer desviar hacia ellos la guerra misma, por respetables y venerables que sean esos fines.

Muchas veces, o si no muchas, algunas, me he hecho intérprete de estas verdades ante el público en general. Hace más de año y medio, en aquellos días rudísimos, cuando la política y la guerra conjugaban su silueta sombría, alcé la voz en Valencia para recordar a todos, con aprobación del Gobierno, que el Estado republicano sostiene la guerra porque se la hacen, que nuestros fines de Estado eran restaurar en España la paz y un régimen liberal para todos los españoles; que nosotros no soportaremos ningún despotismo ni de un hombre, ni de un grupo, ni de un partido, ni de una clase; que los españoles somos demastados hombres para someternos, calladamente, a la tiranía de la pistola o a la sinrazón de la ametralladora; que en la guerra no se ventila una cuestión de amor propio; que el triunfo de la República no podría ser el triunfo de un caudillo ni de un partido, sino el triunfo de la nación entera, restaurada en su soberanía y en su libertad. Sin amor propio, porque en una guerra civil — yo lo digo desde lo más profundo de mi corazón — no se triunfa personalmente sobre un compatriota.

Y más tarde, también en Valencia, me levanté para decir que no es aceptable una política cuyo propósito sea el exterminio del adversario, exterminio ilícito y, además, imposible, y que si el odio y el miedo han tomado tanta parte en la incubación de este desastre, habría que disipar el miedo y habría que sobressanar el odio, porque por mucho que se maten los españoles unos contra otros, todavía quedarían bastante que tendrían necesidad de resignarse — si éste es el vocablo — a seguir viviendo juntos, si ha de continuar viviendo la Nación.

LA EJEMPLAR CIUDADANIA DEL EJERCITO

Y hablando en Madrid al Ejército que defiende la capital, un Ejército español, como todos los nuestros, les dije, sacando a luz su más íntimo sentir, corroborado por las lágrimas y por los aplausos de aquellos valientes soldados, que estaban luchando en causa propia, que se identificaba con la causa nacional, y que luchaban por su libertad, pero también por la libertad de los que no quieren la libertad. Y ellos lo aceptan y lo saben. Esta es la grandeza incondicional del Ejército español, del Ejército de la República, el Ejército que es ahora verdaderamente la Nación en armas, en cuyas filas tanto el burgués como el proletario, tanto el intelectual como el manual, luchan y mueren juntos y aprenden a conocerse y a saber que por encima de todas las diferencias de clase y por encima de todos los contrastes de teorías políticas, está, no sólo la indomable condición humana que a todos nos iguala, sino la emoción de ser españoles, que a todos nos dignifica. (Aplausos.)

Este Ejército que, con su tesón, con su espíritu de sacrificio, con su terrible aprendizaje está formando y ha formado el escudo necesario para que entretanto la verdad y la justicia se abran paso en el mundo, forja con sus puños y calienta con su sangre el arquetipo de una nación libre. Su causa, por española que sea, tiene una repercusión en todo el mundo. Hacia estos combatientes va no sólo nuestra admiración, sino nuestro profundo respeto. Tejed con vuestro aplauso la corona cívica que merece su ejemplar ciudadanía. (Gran ovación.)

LA RECONSTRUCCION DE ESPAÑA

Ellos forjan el porvenir y yo del porvenir no sé nada. El papel de profeta no me cumple. Y como, además, estoy en mi patria, no quiero forzar la veracidad del adagio. Del porvenir ha hablado el Gobierno, y está más en su función. Hace pocas semanas, el Gobierno de la República ha promul-

gado una declaración política que ha hecho bastante ruido, y yo lo celebro. En esa declaración política, lo que yo encuentro es la pura doctrina republicana — yo nunca he profesado otra —, y al prestarle mi previo asentimiento a esa declaración sin ninguna reserva, no hice más que remachar y repasar todos mis pensamientos y palabras de esos años. Para llenarla de contenido cada día más, para realizarla a fondo, no deben ponerse obstáculos al Gobierno, a éste o a otro Gobierno que sustente la misma doctrina.

Y es de advertir que no puede haber ningún Gobierno que no lo sustente. En esa declaración, hablando del porvenir, el Gobierno alude, más que alude, nombra expresamente la colaboración de todos los españoles el día de mañana después de la guerra en la obra de reconstrucción de España. Ha hecho bien el Gobierno en decirlo así. La reconstrucción de España será una tarea aplastante, gigantesca, que no se podrá fiar al genio personal de nadie, ni siquiera de un corto número de personas o de técnicos, tendrá que ser obra de la colmena española en su conjunto, cuando reine la paz, una paz que no podrá ser más que una paz española y una paz nacional, una paz de hombres libres, una paz para hombres libres. (Muy bien.) Y entonces, cuando los españoles puedan emplear en cosa mejor este extraordinario caudal de energías que estaba como amortiguado y que se ha desparramado con motivo de la guerra; cuando puedan emplear en esa obra sus energías juveniles, que por lo visto son inextinguibles, con la gloria duradera de la paz, sustituirá la gloria sinfín y dolorosa de la guerra. Y entonces se comprobará una vez más lo que nunca debió ser desconocido por los que lo desconocieron: que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo. Allí está la base de la nacionalidad y la raíz del sentimiento patriótico, no en un dogma que excluya de la nacionalidad a todos los que no la profesan, sea un dogma religioso, político o económico. ¡Eso es un concepto islámico de la nación y del Estado! Nosotros vemos en la patria una libertad, fundiendo en ella no sólo los elementos materiales de territorio, de energía física o de riqueza, sino todo el patrimonio moral acumulado por los españoles en veinte siglos y que constituyen el título grandioso de nuestra civilización en el mundo.

Habla de reconstitución el Gobierno. Y, en efecto, reconstitución será en todo aquello que atañe al cuerpo físico de la nación: a las obras, a los instrumentos de trabajo, etc.; pero hay otro capítulo, en otro orden de cosas, en que no podrá haber reconstrucción; tendrá que ser construcción desde los cimientos, nueva. Y esto, por motivos, por causas que no dependen de la voluntad de los hombres ni de los programas políticos, ni de las aspiraciones de nadie. En primer lugar, la conmoción que ha producido la guerra, echando por el suelo todas las convenciones sociales en vigor (no me refiero a las convenciones de tipo jurídico, sino a las convenciones de la vida social, del trato entre hombres) echándolas por el suelo y poniendo a cada cual en el trance terrible de optar entre la vida y la muerte. Todo el mundo, altos y bajos, han mostrado ya, sin disfraz, lo que llevan dentro, lo que realmente son, lo que realmente eran. De suerte que hemos llegado, por causas no precisamente de las operaciones militares, sino de toda la conmoción que ha producido y produce la guerra, a una especie de valle de Josafat, como después del acabamiento del mundo, en el que nadie puede engañarse ni engañarnos: todos sabemos ya quién éramos todos. Muchos se han engrandecido; otros, y no pocos, se han envilecido. ¡Dichoso el que muere antes de haber enseñado el límite de su grandeza! Muchos no han muerto, por desgracia para ellos. (Muy bien; grandes aplausos.) Esta situación de orden moral creará en el porvenir de España una situación, digamos, incómoda, porque, en efecto, es difícil vivir en una sociedad sin disfraz, y cada cual tendrá delante ese espejo mágico, donde ya no se verá con la fisonomía del mañana, sino donde, siempre que se mire, encontrará lo que ha sido, lo que ha hecho y lo que ha dicho durante la guerra. (Muy bien, muy bien.) Y nadie lo podrá olvidar, no por espíritu de venganza, sino como no se pueden olvidar los rasgos de la fisonomía de una persona.

Además de este fenómeno, de muchas y muy dilatadas y profundas consecuencias, como probará el porvenir; además de este fenómeno de orden psicológico y moral respecto de las personas, hay otro mucho más importante. Nunca ha sabido nadie ni ha podido proceder nadie lo que se funda con una guerra ¡nunca! Las guerras, sean o no exteriores y, sobre todo, las guerras civiles, se promueven o se desencadenan con ellos o los otros programas, con estos o los otros propósitos, hasta donde llega la agudeza, el genio o el talento de las personas; pero jamás en ninguna guerra se ha podido descubrir desde el primer día cuáles

van a ser sus profundas repercusiones en el orden social y en el orden político y en la vida moral de los interesados en la guerra. Conste que la guerra no consiste sólo en las operaciones militares, ni en los movimientos de los ejércitos, ni en las batallas. No; eso es el signo y la demostración de otra cosa mucho más profunda y más vasta y más grande; ese es el signo de dos corrientes de orden moral, de dos oleadas de sentimiento, de dos estados de ánimo que chocan, que se encrespan, que luchan el uno contra el otro, y de los cuales se obtiene una resultante que nadie ha podido nunca calcular. Nadie, nunca.

Guerras emprendidas para imponer en el mundo la unidad dogmática, han producido la proclamación de la libertad de conciencia en Europa y el Estatuto político de los países disidentes de la unidad católica; guerras emprendidas para imponer la monarquía universal, han producido el levantamiento liberal, entre otros del pueblo español; guerras emprendidas para abatir un militarismo, lo han dejado más vivo, lo han hecho reñonar más vigoroso y han hecho triunfar una revolución social; nuestras propias guerras son ejemplo de lo que digo. Y no me refiero tampoco a la estructura política ni a las constituciones o a los decretos que vayan a hacer los gobiernos de mañana. No, no es eso; es la conmoción profunda en la moral de un país, que nadie puede constreñir y que nadie puede encauzar. Después de un terremoto, es difícil reconocer el perfil del terreno. Imaginad una montaña volcánica, pero apagada, en cuyos flancos viven, durante generaciones, muchas familias pacíficas. Un día, la montaña entra de pronto en erupción, causa estragos, y cuando la erupción cesa y se disipan las humaredas, los habitantes supervivientes miran a la montaña y ya no les parece la misma; no reconocen su perfil, no reconocen su forma. Es la misma montaña, pero de otra manera, y la misma materia en fusión que expelle el cráter cuando cae en tierra y se solidifica, forma parte del perfil del terreno y hay que contar con ella para las edificaciones del día de mañana.

Este fenómeno profundo, que se da en todas las guerras, me impide a mí hablar del porvenir de España en el orden político y en el orden moral, porque es un profundo misterio, en este país de las sorpresas y de las reacciones inesperadas, lo que podrá resultar el día en que los españoles, en paz, se pongan a considerar lo que han hecho durante la guerra. Yo creo que si de esta acumulación de males ha de salir el mayor bien posible, será con este espíritu, y desventurado el que no lo entienda así. No tengo

el optimismo de un Pangloss ni voy a aplicar a este drama español la simplísima doctrina del adagio, de que «No hay mal que por bien no venga». No es verdad, no es verdad.

Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la maza del escarmiento, el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído empujados en la batalla, luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón. (Aplausos.)

Terminado el discurso, el señor Azana pasó de nuevo al despacho del alcalde, donde conversó unos minutos con las personalidades que habían presidido el acto.

Una manifestación de combatientes

Iba a salir el jefe del Estado cuando irrumpió en la Plaza de la República una nutrida manifestación de soldados, clases y oficiales que, llegados de las trincheras, portaban gran cantidad de ramos de flores, con los colores republicanos y de Cataluña, y una pancarta que decía:

«Los combatientes del frente saludan a la ciudad de Barcelona».

Los manifestantes, que llegaban entonando el Himno del Ejército, fueron acogidos con una estruendosa ovación por el enorme gentío que llenaba la amplia plaza. La banda de la Escolta Presidencial entonó el Himno Nacional. Fue un momento de gran emoción.

Los soldados, pertenecientes al Ejército del Ebro, pasaron al Ayuntamiento, donde saludaron a los Presidentes Azana y Companys, haciendo entrega al alcalde de las flores de que eran portadores.

El jefe del Estado tomó el coche, siendo despedido con los honores de ordenanza.

También dos años de lucha contra los agentes del enemigo

VAMOS a comenzar el tercer año de lucha por nuestra España, por nuestras libertades. Durante estos 24 meses hemos tenido que hacer frente a numerosas ofensivas lanzadas desde fuera de España, desde la España reaccionaria, desde nuestro propio campo.

Este ha sido un gran triunfo de los defensores de España pero la lucha continúa, y ninguno de los enemigos combatidos ha sido aniquilado por completo. Por el contrario, hemos de tener muy en cuenta al enemigo agazapado, infiltrado, o simplemente disimulado en nuestras filas de vanguardia o retaguardia.

No despreciamos, pues, al enemigo por pequeño que sea. Pequeño en número ha sido siempre en España el grupo o banda de traidores. Sin embargo, la experiencia nos demuestra cual es la importancia que su trabajo, dirigido por el fascismo, ha tenido en los meses pasados y podría volver a tener si nuestra negligencia volviera a hacerlo posible. En el Pleno de nuestro Comité Central, celebrado en Valencia en noviembre de 1937, el camarada Antón ha señalado delitos concretos que el pueblo conoce por experiencia demasiado dolorosa. Había pasado el 8 de mayo de Barcelona; pruebas irrefutables pusieron en evidencia la dirección fascista de la banda de traidores movida por la Gestapo y la Ova y controlada directamente desde una agencia que el fascismo instaló en Biarritz.

Posteriormente llegaron los descubrimientos de la relación que en el frente del Este sostenían militares del P. O. U. M. con el enemigo.

Estos hechos pasados han de ser-

vinos de lección, pues lo que más importa ahora es que la experiencia nos sirva para construir, sobre ella, un frente más sólido y un impulso general más poderoso contra los provocadores y los agentes del enemigo. No pensemos, por un momento, que el enemigo ha renunciado a trabajar en nuestra retaguardia.

Disuelta, aparentemente, la banda traidora, algunos de sus miembros continúan actuando como agentes de Franco. Que esto sea grave bien es la atención de todo el pueblo no es una afirmación gratuita. Fuera de España, donde, naturalmente, tienen mayor libertad de acción, trabajan con la extraordinaria actividad que les permite su número y el dinero procedente de Roma y de Berlín. ¿No nos dice nada el viaje de Doriol a la España franquista? Apenas disimulan ya su papel.

Aquí, dentro de nuestra España, hemos de avivar mucho los sentidos, y estar siempre dispuestos a sacar a la superficie (esto es, a la disposición de las autoridades) a todos los que por cualquier método dificulten nuestra acción y sirvan al enemigo. A éste hemos de combatirlo en todos los tiempos y en todos los campos. No se nos puede escapar ningún detalle; en la guerra — y en una guerra desigual y difícil como la que sostenemos — todos los pormenores tienen importancia.

Así sigue y así seguirá adelante nuestro pueblo: luchando incansablemente contra sus enemigos jurados, contra sus verdugos potenciales, contra los que quieren pisotearle y someterle a la esclavitud. ¡Contra los agentes del fascismo, ninguna debilidad, ninguna vacilación!

13. Amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España. Después de una lucha cruenta como la que ensangrienta nuestra tierra, en la que han resurgido las viejas virtudes de heroísmo e idealidad de la raza, cometerá un delito de traición a los destinos de nuestra Patria aquel que no reprima y ahogue toda idea de venganza y represalia, en aras de una acción común de sacrificios y trabajos que por el porvenir de España estamos obligados a realizar todos sus hijos.

Por qué vamos a vencer

En su discurso del 18 de junio, el presidente del Gobierno hizo la siguiente afirmación:

«¡Sí, tenemos motivos para confiar en la victoria! Nosotros participamos plenamente de este criterio. ¿Por qué? Porque la República tiene recursos, que si se administran bien, conjugándolos con los grandes valores del pueblo, la conclusión no puede ser otra.

Estos recursos no son una ficción; para valorarlos es necesario dirigir una mirada retrospectiva y ver qué teníamos como Ejército el 18 de julio del 36. No teníamos nada; mejor dicho, la República quedó sin Ejército, pero poseía en potencia a todo un pueblo dispuesto a dar su vida por las esencias de la República. Y en orden al Ejército, comprobamos a los dos años de guerra que la República ha dado pasos de gigante para dotarse del arma fundamental para vencer: el Ejército. Y tenemos un Ejército que en orden a su capacidad, combatividad y disciplina, no desmerece de los demás de Europa.

Claro está que los que queremos ganar la guerra, a pesar de reconocer la grandiosidad de nuestro Ejército, consideramos que aún tiene debilidades, pero también tenemos la convicción de que rápidamente vayan siendo corregidas. Conseguir poseer un Ejército fuerte, disciplinado, con Mandos capaces, es sinónimo de victoria. Porque la guerra no se gana o se pierde por el hecho de que las partes contendientes tengan más o menos territorio en su poder. La guerra tocará a su fin el día en que uno de los dos Ejércitos sea aniquilado. Y esto, lo mismo puede ocurrir en Levante, en Cataluña, que en Castilla.

Si, por otra parte, examinamos los recursos materiales y medios económicos con que cuenta la España republicana y las posibilidades de movilizarlos y utilizarlos, esta confianza en la victoria halla nuevos motivos de fortalecimiento. Dentro de la zona leal contamos con recursos industriales que nos permiten desarrollar una potente industria de guerra. Grandes pasos se han dado en este sentido también. Para comprobarlo debemos mirar al pasado. Todo cuanto poseemos en industria de guerra se debe al gran esfuerzo del pueblo para crearlo. Pero, lo mismo que nos ocurre con el Ejército, consideramos que puede y debe hacerse mucho más. El principio fundamental para ello consiste en que lo mismo que en el Ejército se ha podido llegar a establecer una sola dirección, en el orden industrial, si queremos acelerar la fecha del triunfo, se necesita que todos los recursos industriales y económicos se conjuguen bajo una sola dirección.

El tercer aspecto que garantiza la victoria es el de la unidad de todo nuestro pueblo. ¿Qué hemos conseguido en este orden? En primer lugar, que socialistas y comunistas se abracen fraternalmente para la aplicación común de una política de guerra, inherente a los momentos en que vive nuestro país. En segundo lugar, que la C. N. T. y la U. G. T., que en determinados lugares del país antepusieron sus intereses de hegemonía a los de la unidad, que imposibilitaban un trabajo sindical común, en orden a los intereses de la guerra y del pueblo, hayan liquidado estos intereses particulares y existido hoy una estrecha compenetración en la que se funde el deseo y el entusiasmo por mejorar la cordialidad entre los obreros de ambas Centrales y el afán de superar la producción. Y en tercer lugar, en orden a la unidad, contamos con un arma formidable para la convivencia y armonía de todos los antifascistas, arma con la que cuenta el Gobierno de Unión Nacional para la ejecución de su política, basada en los trece puntos: el Frente Popular.

Anima nuestra convicción en la victoria el hecho de comprobar el fuerte espíritu de nuestro pueblo y su comprensión sobre el carácter de nuestra lucha. El pueblo español sabe lo que se juega, conoce los peligros que amenazan la independencia de la patria, la libertad y el bienestar de los ciudadanos. Esta convicción fortalece su espíritu, rechazando toda idea de capitulación, acogiendo con serenidad todos los reveses, todas las dificultades y poniendo en práctica, con decisión y heroísmo, la consigna de «resistir».

El factor internacional está jugando un enorme papel. Cada día aumenta el movimiento de solidaridad y de ayuda al pueblo español. Grandes masas populares se movilizan en los principales países democráticos del mundo, que impiden a los Gobiernos democráticos realizar, como desean, su política de complacencia y de tolerancia a los atropellos de Alemania e Italia contra el pueblo español. Las masas reclaman y exigen que sean respetados los derechos establecidos en los Tratados internacionales y en el Pacto de la Sociedad de Naciones. Cada día el grito de «armas para España» y «que se abran las fronteras», es más unánime.

Con esta perspectiva, con estos elementos, a pesar de la intervención de Italia y Alemania, venceremos. Nuestra patria será libre, para los españoles exclusivamente para los españoles!

Manuel DELICADO



1808-1936

Nuestras guerras de independencia

En la magnitud de la lucha empeñada contra traidores de casa e invasores extranjeros, la efeméride cobra realce y encierra sabias y sorprendentes enseñanzas. He aquí algunos acontecimientos análogos que después de más de un siglo se repiten en nuestro suelo para seguir la trayectoria que entonces siguieron, de final precipitado y desastroso para el invasor y coronación del esfuerzo popular que supo y sabe resistir y que por ello alcanzará la victoria.

Como las tropas napoleónicas ocuparon las primeras fortalezas de San Sebastián, Pamplona, Barcelona y Figueras, con engaño y con apariencias de amistad, que tal táctica siguió Duquesne, los militares traidores, hasta los días más inmediatos a la sublevación estallaron personándose en los Ministerios y Gobiernos civiles, haciendo protestas de lealtad y reiterando su incondicional adhesión a la República.

Como en el 2 de Mayo, el 18 y el 19 de julio, el pueblo, a pecho descubierto, colmado de arrojo y valentía, ayudado de los contingentes militares que hicieron honor a la promesa hecha y a su condición de españoles, libró la gran batalla cuajada de hechos heroicos y de altivez épica.

Como en la Moncloa y en el Prado, en Badajoz, en Zaragoza, en Coruña, en cuantos lugares dominó la facción, los fusilamientos en masa de españoles, hombres y mujeres, pusieron láminas de tragedia y espanto en las ciudades de España.

Como en el Bruch y en Bailén, en Peguerinos, en Guadalajara, en Pozoblanco, la masa popular española derrotó a las fuerzas extranjeras, que corrieron presas de pánico y miedo.

Con más fortuna que Zaragoza y Logaña, Madrid, reencarnando en el heroísmo de aquellas ciudades, libró a sus calles y plazas, paseos y parques, hogares y monumentos de la raza, de la mancha y el ultraje extranjeros.

Como en Zaragoza y Alhucera, el Ejército Regular de España, creado durante la campaña, en milagrosa improvisación, inflige derrotas al invasor en Brunete, Belchite y Teruel, en brillante conjunción de disciplina, tenacidad y capacidad de mandos.

Así como Napoleón tuvo que acudir con 200.000 hombres, repartidos en siete cuerpos de ejército, con mariscales comandores de la victoria en los campos de Europa, ahora Alemania e Italia multiplican el envío de material y de hombres, redoblan el esfuerzo, y en su carne presienten que su alarde se hará polvo ante la resistencia pertinaz, dura y admirable del pueblo español.

Y así como en aquella lucha, de alternativas variadas, fue en 1811, en el cuarto año de guerra, cuando más sueto dominaba el extranjero, no obstante tener tan cerca la derrota, así hoy, independientemente de la superficie dominada por la traición y las tropas invasoras, la moral del Ejército Popular se mantiene firme hasta conseguir que el enemigo se desplome verticalmente y salte hecho añicos en corto tiempo, cuando más seguro parecía y más victorioso.

